

Gabriel García Márquez

De viaje por los países scialistas



Lectulandia

En el verano de 1957, Gabriel García Márquez, periodista colombiano y joven escritor, se embarca en un viaje de tres meses por los países de la Cortina de Hierro. De ese viaje surgieron escritos sobre los países visitados, que fueron publicados en Colombia y Venezuela al año siguiente.

Su aventura la realiza por países que acaban de sufrir (o acaban de liberarse) de la figura de Josef Stalin (había muerto hacía 4 años), en especial la Unión Soviética, de quien era jefe de gobierno, y a dos años del triunfo futuro de la Revolución Cubana. Reunido en Francfort con una amiga francesa y un periodista italiano, los tres deciden en el aburrimiento en que se encuentran cruzar a Alemania Oriental. Toman un vehículo y recorren Alemania Occidental hasta la frontera.

Al cruzar hacia el otro lado, pareciera como si hubieran llegado a la versión bizarra de los germanos: la edad de piedra hacía imperio entre ellos. Gente gris, sombría, sorprendida sobremanera por la presencia de extranjeros, a quienes miran como si fueran extraterrestres. Comenzando por los soldados que los reciben en la aduana, en donde deben tomar sus nombres con una pluma y un tintero, como hombres anteriores a la Primera guerra.

Continúan su camino, rodando por una tierra silenciosa sobremanera, hasta llegar a Berlín. El impacto es sobrecogedor. Las diferencias entre el capitalismo histérico del lado Occidental y el comunismo deprimente del Oriental son demasiado abismales. Y hablamos de un Berlín en donde el paso entre ambas zonas aún se puede hacer por metro, por debajo, a manera de paso de catacumba, pero se puede hacer. Estamos a algunos años aún del levantamiento del Muro, de las fugas suicidas (como los que huyen de Cuba flotando en tablas). La burocracia reina en la ciudad, así como la ausencia de asideros. Se ha calculado que si estalla una guerra Berlín durará 20 minutos. Pero si no estalla, dentro de cincuenta, cien años, cuando uno de los dos sistemas haya prevalecido sobre el otro, las dos Berlines serán una sola ciudad. Una monstruosa feria comercial hecha con las muestras gratis de los dos sistemas, dice García Márquez. En menos de cuarenta ocurrió la profecía del colombiano.

De Berlín se marchan a Leipzig, en donde lo decrepito, lo viejo, cubre todo. El alcoholismo, el desespero, el horror, la lástima. Hablamos de una Alemania que en unos cuantos años será la primera potencia de Europa del Este, en lo

económico y deportivo. Pero ésta es la Alemania que quedó después de la guerra y la ocupación de los rusos.

Es la no experiencia socialista: el socialismo no se impone, y además, ya la historia nos enseña, debe gestarse en términos democráticos reales.

Gabriel García Márquez

De viaje por los países socialistas

90 días en la «Cortina de hierro»


ePub r1.0

Titivillus 20.10.2022

Gabriel García Márquez, 1958

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



- 2 -	- 3 -
Por orden del Gobierno Nacional se concede el presente pasaporte a	FOTOGRAFIA
GABRIEL JOSE GARCIA MARQUEZ	
acompañado de	Nacido en PASADACA - MADRIDENA
	el 9 de Mayo de 1928
	Cédula 30.07.32 DE CARTAGENA
Dado en BOGOTÁ	Profesión PERUQUISTA
a 12 de ENERO de 1955	Estado civil SOLTERO
REPUBLICA DE COLOMBIA MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES	



I

La cortina de hierro es un palo pintado de rojo y blanco

La cortina de hierro no es una cortina ni es de hierro. Es una barrera de palo pintada de rojo y blanco como los anuncios de las peluquerías. Después de haber permanecido tres meses dentro de ella me doy cuenta de que era una falta de sentido común esperar que la cortina de hierro fuera realmente una cortina de hierro. Pero doce años de propaganda tenaz tienen más fuerza de convicción que todo un sistema filosófico. Veinticuatro horas diarias de literatura periodística terminan por derrotar el sentido común hasta el extremo de que uno tome las metáforas al pie de la letra.

Eramos tres a la aventura, Jacqueline, francesa de origen indochino, diagramadora en una revista de París. Un italiano errante, Franco, corresponsal ocasional de revistas milanesas, domiciliado donde lo sorprenda la noche. El tercero era yo, según está escrito en mi pasaporte. Las cosas empezaron en un café de Franckfort, el 18 de junio a las 10 de la mañana. Franco había comprado para el verano un automóvil francés y no sabía que hacer con él, de manera que nos propuso «ir a ver qué hay detrás de la cortina de hierro». El tiempo —una tardía mañana de primavera— era excelente para viajar.

La policía de Franckfort ignoraba los trámites para pasar en automóvil a la Alemania Oriental. Los dos países no tienen relaciones diplomáticas ni comerciales. Todas las noches sale un tren para Berlín por un corredor ferroviario en el que no se exigen más requisitos que un pasaporte en regla. Pero ese corredor es un túnel nocturno que empieza en Franckfort y termina en Berlín-oeste, una minúscula isla occidental rodeada de oriente por todas partes.

La carretera es el único medio de penetrar realmente en la cortina de hierro. Pero las autoridades fronterizas son tan estrictas que al parecer no valía la pena arriesgarse a la aventura sin una visa formal y con un automóvil

matriculado en Francia. El cónsul de Colombia en Franckfort es un hombre prudente. «Hay que tener cuidado, —nos dijo, con su cauteloso español de Popayán—. Imagínense ustedes, todo eso en poder de los rusos». Los alemanes fueron más explícitos. Nos advirtieron de que en caso de que pudiéramos pasar serían decomisadas las cámaras fotográficas, los relojes y todos los objetos de valor. Nos previnieron de que lleváramos comida y gasolina suplementaria para no estacionar en los 600 kilómetros que hay de la frontera hasta Berlín, y que en todo caso corríamos el riesgo de ser ametrallados por los rusos.

No quedaba otro recurso que el azar. Frente a la amenaza de una nueva noche en Franckfort con otra película alemana en alemán, Franco tiró el viaje a cara o sello. Salió sello.

—O. K., —dijo—. En la frontera nos hacemos los locos.

Las dos Alemanias están cuadrículadas con la magnífica red de autopistas que construyó Hitler para movilizar su potente maquinaria de guerra. Fue un arma de doble filo pues ella facilitó la invasión de los aliados. Pero fue también una formidable herencia para la paz. Un automóvil como el nuestro puede viajar por allí a un promedio de 80 kilómetros. Nosotros hicimos 100 con el objeto de llegar a la cortina de hierro antes del anochecer.

A las ocho atravesamos la última aldea del mundo occidental, cuyos habitantes, los niños en particular, nos lanzaron al paso un saludo cordial y desconcertado. Algunos de ellos no habían visto en su vida un automóvil francés. Diez minutos después un militar alemán, exacto a los nazis de las películas no sólo por el mentón cuadrado y el uniforme lleno de insignias sino también por el acento de su inglés, examinó los pasaportes de una manera completamente formal. Luego nos hizo un saludo castrense y nos autorizó a atravesar la zona de nadie, los 800 metros en blanco que separan los dos mundos. No había allí campos de tortura ni los famosos kilómetros y kilómetros y kilómetros de alambre de púa electrificado. El sol del atardecer se maduraba sobre una tierra sin cultivar, todavía despedazada por las botas y las armas como al día siguiente de la guerra. Ésa era la cortina de hierro.

Estaban comiendo en la frontera. El soldado de guardia, un adolescente metido en un uniforme pobre y sucio, un poco demasiado grande para él, como las botas y el fusil-ametralladora, nos hizo señas de estacionar hasta cuando el personal de aduana acabara de comer.

Esperamos más de una hora. Ya era de noche pero las luces continuaban apagadas. Al otro lado de la carretera estaba la estación del ferrocarril, un

polvoriento edificio de madera con las ventanas y las puertas cerradas. La oscuridad sin ruidos exhalaba un vaho de comida caliente.

—Los comunistas también comen, dije, para no perder el humor.

Franco dormitaba sobre el volante.

—Sí, —dijo.

A pesar de lo que dice la propaganda occidental. Un poco antes de las diez se encendieron las luces y el soldado de guardia nos hizo acercar al farol para examinar los pasaportes. Examinó cada página con la atención a un tiempo astuta y aturdida de quienes no saben leer ni escribir. Luego levantó la barrera y nos indicó que estacionáramos diez metros más adelante, frente a un edificio de madera con techo de zinc, parecido a los salones de baile de las películas de vaqueros. Un guardia desarmado, de la misma edad del anterior, nos condujo hasta una ventanilla donde nos esperaban otros dos muchachos en uniforme, más aturdidos que duros, pero sin el menor asomo de cordialidad. Yo estaba sorprendido de que el gran portón del mundo oriental estuviera guardado por adolescentes inhábiles y medio analfabetos.

Los dos soldados se sirvieron de un plumero de palo y un tintero con tapa de corcho para copiar los datos de nuestros pasaportes. Fue una operación laboriosa. Uno de ellos dictaba. El otro copiaba los sonidos franceses, italianos, españoles, con unos rudimentarios garabatos de escuela rural. Tenía los dedos embadurnados de tinta. Todos sudábamos. Nuestra paciencia soportó hasta el desdichado instante de dictar y escribir el lugar de mi nacimiento: «Aracataca».

En la ventanilla siguiente declaramos nuestro dinero. Pero el cambio de ventanilla fue una cuestión de fórmula: la operación la ejecutaron los dos mismos guardias de la primera ventanilla. Por último —en una tercera ventanilla— tuvimos que llenar por señas un cuestionario en alemán y ruso con todos los pormenores del automóvil. Después de media hora de gestos extravagantes, de gritos y maldiciones en cinco idiomas, nos dimos cuenta de que estábamos enredados en un sofisma económico. Los derechos del automóvil costaban veinte marcos orientales. Los bancos de Alemania Occidental dan cuatro marcos occidentales por un dólar. Los bancos de Alemania Oriental, también por un dólar, dan sólo dos marcos orientales. Pero el marco occidental y el marco oriental están a la par. El problema consistía en que si pagábamos con dólares, los derechos del automóvil costaban diez dólares. Pero si pagábamos con marcos occidentales sólo costaban veinte marcos occidentales, es decir, nada más que cinco dólares.

A esas alturas —exasperados y muertos de hambre— creíamos haber pasado todos los filtros de la cortina de hierro cuando apareció el director de la aduana. Era un hombre rústico de formas y maneras, vestido con un pantalón de dril sucio de cuarenta centímetros de bota y un raído saco de paño cuyos deformados bolsillos parecían llenos de papeles y migajas de pan. Se dirigió a nosotros en alemán. Comprendimos que debíamos seguirlo. Salimos a la desierta carretera iluminada apenas por las primeras estrellas, atravesamos los rieles, dimos la vuelta por detrás de la estación del ferrocarril, y penetramos a un largo comedor oloroso a alimentos acabados de consumir, con las sillas amontonadas sobre mesitas para cuatro personas. A la puerta había un guardia armado de fusil-ametralladora junto a una mesa con libros de marxismo y folletos de propaganda política en exhibición. Franco y yo caminábamos con el director. Jacqueline nos seguía a pocos metros arrastrando los tacones en las sonoras tablas del piso. El director se detuvo y le ordenó con un gesto brutal que viniera a nuestro lado. Ella obedeció y los cuatro seguimos en silencio a través de un laberinto de corredores desiertos hasta la última puerta del fondo.

Entramos a una pieza cuadrada, con un escritorio junto a una caja fuerte, cuatro sillas en torno a una mesita con folletos de propaganda política, y un aguamanil y una cama contra la pared. En el muro, sobre la cama, un retrato del secretario del partido comunista de Alemania Oriental, recortado de una revista. El director se sentó al escritorio con los pasaportes. Nosotros ocupamos las sillas. Yo me acordaba de las aldeas de Colombia, de los juzgados rurales donde no se hace nada durante el día pero que de noche sirven para las citas de amor concertadas en el cine. Jacqueline parecía impresionada.

No puedo precisar cuánto tiempo permanecemos en ese cuarto. Uno tras otro tuvimos que responder a la misma encuesta formulada en alemán por el funcionario más torpe que recuerde en mi vida. Al principio fue brutal. Le explicamos por todos los medios que no éramos espías capitalistas y que sólo aspirábamos a dar una vuelta por la Alemania Oriental. Yo tenía la impresión de que él pensaba en un alemán blindado contra el cual rebotaban las palabras inglesas, francesas, italianas, españolas, e inclusive los gestos más expresivos. Aquel diálogo de locos lo exasperó. Se sublevo contra él y luego contra su propia ineficacia cuando tuvo que romper tres veces las usas estropeadas por los borrones y las enmiendas.

En el turno de Jacqueline la atmósfera se hizo menos dura porque el director se sintió tardíamente interesado por sus rasgos indochinos. Nos

explicó por señas que ella podía encontrar en el viaje «un amor de cabello rubio y ojos azules» y en prueba de su admiración personal le concedió una visa gratuita. Cuando abandonamos la oficina nos encontrábamos en el límite de la fatiga y la exasperación, pero aún debimos perder media hora más porque el director trataba de explicarme con señas, con pedazos de alemán y de inglés, una frase que al fin logramos entender literalmente: «El sol de la libertad brillará en Colombia».

Jacqueline, que era la más despierta, se hizo cargo del timón, y Franco se sentó a su lado para evitar que se durmiera. Iba a ser la una. Yo me extendí en el asiento posterior y me dormí al rumor de los neumáticos que se deslizaban suavemente sobre la autopista lisa, brillante, absolutamente desierta. Cuando desperté empezaba a amanecer. En sentido contrario al nuestro pasaban unos vehículos enormes y despaciosos cuyos faros con viseras, orientados hacia abajo, apenas alcanzaban a distinguirse a las primeras luces de la madrugada. No pude definir las formas del convoy interminable.

—¿Qué es eso?, pregunté.

—No sabemos, respondió Jacqueline, tensa en el timón. Han estado pasando toda la noche.

Sólo a partir de las cuatro, cuando la espléndida mañana de verano reventó sobre las inmensas llanuras sin cultivar, nos dimos cuenta de que eran camiones militares rusos. Pasaban a intervalos de media hora, en convoyes de veinte y treinta unidades, seguidos por algunos automóviles de fabricación rusa, sin matrícula. En ciertos camiones viajaban soldados sin armas. Pero la mayoría estaban cubiertos con tela impermeable de color militar.

La soledad de la autopista era más apreciable por el contraste con la Alemania Occidental donde hay que abrirse paso a través de los automóviles americanos de último modelo. A pocos kilómetros de Heidelberg está el cuartel general del ejército americano con un cementerio de automóviles de más de 3000 metros a ambos lados de la carretera. En cambio en Alemania Oriental se tiene la impresión de haber equivocado la ruta y de viajar por una autopista que no conduce a ninguna parte. Las vallas es lo único que disipa un poco la idea de soledad. En lugar de los avisos publicitarios de las rutas occidentales, allí hay gigantescas caricaturas del presidente Adenauer con cuerpo de pulpo exprimiendo con sus tentáculos al proletariado. Todas las metáforas de la literatura de choque del comunismo resueltas a brocha gorda y con colores llamativos, pero con el presidente Adenauer como representante único y ejecutor absoluto de las atrocidades capitalistas.

Nuestro primer contacto con el proletariado del mundo oriental se presentó de una manera imprevista. A las ocho de la mañana encontramos una bomba de gasolina al borde de la autopista, y un poco más allá un restaurante con un letrero en neón todavía encendido: «Mitropa». Es el distintivo de los restaurantes del estado. Franco llenó los tanques. Luego hicimos un balance de nuestros marcos y decidimos correr el riesgo de una nueva escena de locos para desayunar.

Nunca olvidaré la entrada a ese restaurante. Fue como darme de bruces contra una realidad para la cual yo no estaba preparado. Cierta vez me metí sin preparación a un vericuelo de Nápoles en el momento en que sacaban por la ventana de un tercer piso un ataúd amarrado con cuerdas, mientras abajo, en el callejón atestado de niños y mendigos y de carritos con cerdos descuartizados, la multitud trataba de dominar a la esposa del muerto que se despedazaba los vestidos, se arrancaba los pelos y se revolcaba por tierra dando aullidos. La impresión del restaurante fue distinta pero igualmente intensa: yo nunca había visto tanto patetismo concentrado en el acto más simple de la vida cotidiana, el desayuno. Un centenar de hombres y mujeres de rostros afligidos, desarrapados, comiendo en abundancia papas y carne y huevos fritos entre un sordo rumor humano y en un salón lleno de humo.

Nuestra entrada puso fin al murmullo. Yo, que tengo muy poca conciencia de mis bigotes y de mi saco rojo a cuadros negros, atribuí aquél suspenso al tipo exótico de Jacqueline. A través de ese silencio, sintiendo en la piel un centenar de miradas furtivas, caminamos hacia la única mesa libre situada junto a un descolorido tocadiscos de a medio marco la pieza. El repertorio nos era familiar: mambos de Pérez Prado, boleros de Los Panchos, y sobre todo, discos de *jazz*.

Una sirvienta uniformada de blanco nos sirvió pan y un café negro con un intenso sabor de chicoria, pero evidentemente —en relación con el salario medio de Francia— mucho más barato que en París, y según pudimos comprobarlo más tarde con relación a los salarios de Alemania Oriental, mucho más barato que en cualquier país de Europa. En el momento de pagar, como los marcos orientales no alcanzaron, la mesera aceptó un marco occidental y nos hizo firmar en un papel ordinario la constancia del cambio.

Franco examinaba la clientela con una expresión deprimida. Hay instantes de la sensibilidad que no se pueden reconstruir y explicar. Aquella gente estaba desayunando con las cosas que constituyen un almuerzo normal en el resto de Europa, y compradas a un precio más bajo. Pero era gente estragada,

amargada, que consumía sin ningún entusiasmo una espléndida ración matinal de carne y huevos fritos.

Franco tomó el último sorbo de café y se tanteó los muslos en busca de los cigarrillos. Pero no los encontró. Entonces se incorporó de una manera ostensible, se dirigió al grupo más cercano y pidió por señas un cigarrillo. Yo apenas alcancé a darme cuenta de que los hombres de las mesas vecinas se precipitaron sobre nosotros con cajas de fósforos, cigarrillos sueltos y paquetes sin abrir, en una alborotada manifestación de generosidad colectiva. Un momento después, desplomada en el asiento posterior del automóvil que volaba hacia Berlín, Jacqueline hizo el único comentario que yo consideraba justo en ese instante:

—Pobre gente.

II

BERLÍN ES UN DISPARATE

El único rastro de Europa en Berlín Occidental es la chamuscada catedral con una torre despuntada por las bombas. Los norteamericanos, como los niños, tienen horror de los murciélagos. En lugar de apuntalar los pocos paredones que quedaron en pie después de la guerra y hacer con ellos una ciudad de remiendos, aplicaron un criterio más higiénico y mucho más comercial: borrón y cuenta nueva.

El primer contacto con esa gigantesca operación del capitalismo dentro de los dominios del socialismo me produjo una sensación de varío. Toda la mañana estuvimos buscando la ciudad, dando vueltas dentro de ella sin encontrarla. Es asimétrica, sin pies ni cabeza, pero sobre todo carece todavía de un centro donde se experimente la emoción de haber llegado.

Las extensas zonas sin reconstruir son parques provisionales. Hay calle que parecen transplantadas, en bloque desde Nueva York. En algunas partes la voracidad comercial va más aprisa que la técnica y se han instalados grandes negocios un año antes de que se retiren los andamios. Al lado de una pirueta de la arquitectura moderna —un rascacielos que parece una sola ventana de vidrio— hay una aldea de barracas donde almuerzan los albañiles. Una multitud ansiosa, atropellada, circula sobre plataformas de madera, entre la vibración de los taladros, del olor del asfalto hirviendo, de las grúas que evolucionan por encima de las estructuras metálicas y los grandes anuncios de Coca-cola. De esa bulliciosa operación quirúrgica empieza a surgir algo que es todo lo contrario de Europa. Una ciudad resplandeciente, aséptica, donde las cosas tienen el inconveniente de parecer demasiado nuevas.

Se ha dicho que ésa es la experiencia arquitectónica más interesante de Europa. Es evidente. Desde un punto de vista técnico Berlín Occidental no es una ciudad si no un laboratorio. Los Estados Unidos llevan la batuta. No tengo datos de la cantidad de dólares invertidos en la reconstrucción ni de la forma en que se han hecho las inversiones. Pero los resultados están a la vista.

Yo creo humildemente que es una ciudad falsa. Los turistas norteamericanos la invaden en verano, se asoman al mundo socialista, y aprovechan la oportunidad para comprar en Berlín Occidental artículos importados de los Estados Unidos que allí son más baratos que en Nueva York. Uno no se explica cómo puede sostenerse un hotel tan bueno como los mejores de los Estados Unidos, con piezas modernas, televisión, cuarto de baño y teléfono por cuatro marcos diarios, es decir, un dólar. En la congestión del tránsito no hay un automóvil que no sea de último modelo. Los anuncios de los almacenes, la propaganda, la carta en los restaurantes, están escritos en inglés. En el territorio de Alemania Occidental hay cinco emisoras donde nunca se ha transmitido una palabra en alemán. Cuando uno advierte todo eso y piensa además que Berlín Occidental es un islote enclavado en la cortina de hierro, que no tiene relaciones comerciales a 500 kilómetros a la redonda, que no es un centro industrial considerable, que el intercambio con el mundo occidental se hace en aviones que aterrizan y decolan en el aeródromo situado en el centro de la ciudad, a un ritmo de un avión cada dos minutos, uno está obligado a pensar que Berlín Occidental es una enorme agencia de propaganda capitalista. Su empuje no corresponde a la realidad económica. En cada detalle se advierte el deliberado propósito de ofrecer una apariencia de prosperidad fabulosa, de desconcertar a la Alemania Oriental que contempla el espectáculo con la boca abierta por el ojo de la cerradura.

El límite oficial entre los dos Berlín es la puerta de Brandemburgo, donde flota la bandera roja con la hoz y el martillo. A 50 metros hay un letrero alarmante: «Atención, usted va a entrar en el sector soviético». Nosotros llegamos frente a ese letrero al atardecer, después de haber conocido a Berlín Occidental. Por puro instinto, Franco disminuyó la velocidad. Un policía ruso nos hizo señas de detenernos, inspeccionó el automóvil con una mirada enteramente administrativa y luego nos dio la orden de seguir adelante. El paso es tan sencillo como esperar un verde en el semáforo. Pero el cambio se nota. Y es brutal. Entramos directamente a la «Unter Den Linden», la gran avenida bajo los tilos, considerada en otra época como una de las más hermosas del mundo. Ahora sólo quedan troncos de columnas ahumadas, portales en el vacío, cimientos cuarteados por el musgo y la hierba. Ni un solo metro cuadrado ha sido reconstruido.

A medida que se penetra en el Berlín Oriental se comprende que hay más que una diferencia de sistemas, dos mentalidades opuestas a cada lado de la puerta de Brandemburgo. Los escasos bloques intactos del sector oriental tienen todavía los impactos de la artillería. Los almacenes son sórdidos,

parapetados detrás de las troneras abiertas por los bombardeos, y con artículos de mal gusto y de una calidad mediocre. Hay calles enteras con edificios desfondados de cuyos pisos superiores, sólo queda el cascarón. La gente sigue viviendo apelmazada en los pisos inferiores, sin servicios sanitarios ni agua corriente, y con la ropa puesta a secar en las ventanas como en los vericuetos de Nápoles. De noche, en lugar de los anuncios de publicidad que inundan de colores el Berlín Occidental, del lado oriental sólo brilla la estrella roja. El mérito de esa ciudad sombría es que ella sí corresponde a la realidad económica del país. Salvo, la avenida Stalin.

La réplica socialista al empuje del Berlín Occidental es el colosal mamarracho de Avenida Stalin. Es aplastante, tanto por las dimensiones como por el mal gusto. Una indigestión de todos los estilos que corresponde al criterio arquitectónico de Moscú. La avenida Stalin es una inmensa perspectiva con residencias parecidas a las de los pobres ricos de provincia, pero amontonadas una encima de otra, con incalculables toneladas de mármol, de capiteles con flores, animales y máscaras de piedra y agotadores portales con estatuas griegas falsificadas en cemento armado.

El criterio de quienes concibieron ese esperpento es elemental. La gran avenida de Hitler fue la «Unter Den Linden». La gran avenida del Berlín socialista —más grande, más ancha, mas pesada y más fea— es la avenida Stalin. En Berlín Occidental se construye una ciudad para ricos, los mismos que se dieron cita antes de la guerra en la «Unter Den Linden». La avenida Stalin es la residencia de 11 000 trabajadores. Hay restaurantes, cines, *cabarets*, teatros, al alcance de todos. Cada uno de ellos es un despilfarro de cursilería: muebles forrados en peluche violeta, alfombras verdes con bordes dorados, y sobre todo, espejos y mármoles por todos lados, hasta en los servicios sanitarios. Ningún obrero en ninguna parte del mundo y por un precio irrisorio vive mejor que en la avenida Stalin. Pero contra los 11 000 privilegiados que allí viven, hay toda una masa amontonada en las buhardillas, que piensa —y lo dice francamente— que con lo que costaron las estatuas, los mármoles, el peluche y los espejos, habría alcanzado para reconstruir decorosamente la ciudad.

Se ha calculado que si estalla una guerra Berlín durará 20 minutos. Pero si no estalla, dentro de cincuenta, cien años, cuando uno de los dos sistemas haya prevalecido sobre el otro, las dos Berlines serán una sola ciudad. Una monstruosa feria comercial hecha con las muestras gratis de los dos sistemas.

Ya en la actualidad —y no sólo por su aspecto exterior— Berlín es un disparate. Para apreciar su vida íntima, para mirarla por el revés y descubrir

las costuras, hay que meterse al Metro. Una hora antes de suicidarse, ya con los rusos en la puerta de su casa, Hitler dio orden de inundar el Metro para que la gente que se había refugiado en él saliera a pelear a la calle. Por eso es sórdido y húmedo, pero es el medio que utiliza el pueblo de Berlín —la gente pobre de ambos lados— para sacar partido de la sorda contienda que los dos sistemas libran en la superficie. Hay gente que trabaja en un lado y vive en el otro, arreglándose de la mejor manera posible para aprovechar lo mejor de cada sistema. En ciertos sectores basta con atravesar la calle. Una acera es socialista. La otra es capitalista. En la primera, las casas, los almacenes, los restaurantes pertenecen al estado. En la segunda son de propiedad privada. En teoría, quien vive en una acera y atraviesa la calle para comprar un par de zapatos, comete por lo menos tres delitos de cada lado.

Pero en Berlín todas las disposiciones son teóricas. Hay acuerdos muy precisos para impedir la especulación, la fuga de capitales, la desmoralización de los sistemas. En principio no se puede gastar en un lado y devengar en el otro. Cada operación comercial debe estar precedida de una justificación de la fuente de ingresos. Pero en la práctica las autoridades se hacen de la vista gorda. Lo único que interesa son las apariencias. El pueblo de Berlín, que podía pasar de lado a lado caminando por la calle, respeta las reglas del juego y pasa por el Metro, por donde todo el mundo sabe que se pasa, pero se ignora oficialmente.

La prueba más escandalosa de esa encarnizada batalla se nos ofreció en el momento de comprar marcos orientales en un Banco de Berlín Occidental. Nos hicieron la liquidación a 17 marcos orientales por dólar. Franco creyó honestamente que el funcionario estaba equivocado: el cambio oficial es de 2 marcos por dólar. Pero el funcionario nos explicó que el curso normal no se tenía en cuenta en Berlín Occidental, cuyos bancos —a la vista de todo mundo y en una operación perfectamente legal— dan 17 marcos orientales por dólar. Casi ocho veces más del cambio oficial. En teoría era una operación inútil. Nosotros no podríamos comprar nada en Alemania Oriental sin demostrar que el dinero había sido devengado en el país. Pero nada más que en teoría. Con veinte dólares cambiados en Berlín Occidental recorrimos de arriba abajo la Alemania Oriental. Hechas las cuentas, una pieza en el mejor hotel, con baño, radio, teléfono y desayuno en la cama, nos costaba 75 centavos colombianos. Un almuerzo completo en los mejores restaurantes, veinte centavos colombianos, incluido el servicio, las estatuas, los espejos y la música de Strauss.

Quienes no tienen las claves de esa ciudad donde nada es completamente cierto, donde nadie sabe muy bien a qué atenerse y los actos más simples de la vida cotidiana tienen algo de juego de manos, viven en un estado de ansiedad permanente. Se sienten sentados en un barril de pólvora. Parece que nadie tuviera la conciencia tranquila. Una noticia que en París se interpreta como una nueva necedad de los cancilleres repercute en Berlín con el estruendo de un cañonazo. El estallido de una llanta puede ocasionar un pánico.

Leipzig es otra cosa. Después de cuatro horas de automóvil a través de una retorcida alameda, entramos a Leipzig por una calle angosta y solitaria, apenas con espacio para los rieles del tranvía. Eran las 10 de la noche y empezaba a llover. Las paredes de ladrillos sin ventanas, las bombillas tristes del alumbrado público me recordaban las madrugadas bogotanas en los barrios del sur.

En el centro, la ciudad disfrutaba de una paz sospechosa. La iluminación era tan escasa como en los suburbios. La única señal de vida eran los anuncios en neón en los bares del estado —«H. O.»— con muy poca clientela civil y algunos soldados. Después de buscar inútilmente un restaurante abierto —un «Mitropa»— nos decidimos por un hotel. El personal de la administración sólo hablaba alemán y ruso. Era el mejor hotel de Leipzig montado sobre los mismos conceptos de la decoración de la avenida Stalin. En el mostrador, una exhibición de todos los periódicos comunistas del occidente recibidos por avión. Una orquesta de violines tocaba un valse nostálgico en el bar iluminado con arañas de vidrio, pesadas y declamatorias, donde la clientela consumía en silencio champaña sin helar con un aire de distinción lúgubre. Las mujeres otoñales, lívidas de polvo de talco, llevaban sombreros pasados de moda. La música flotaba en un perfume intenso.

Un grupo de hombres y mujeres en uniformes de caza, impecables en sus largas chaquetas rojas, con gorras negras y botas de montar, tomaba té con galletitas en un rincón de la sala. Sólo faltaban los enormes perros blancos manchados de negro para que aquel grupo pareciera descolgado de una litografía inspirada en lo más revenido de la aristocracia inglesa. Nosotros —en blue Jeans y mangas de camisa, todavía sin lavarnos el polvo de la carretera— constituíamos el único indicio de la democracia popular.

Nosotros habíamos ido a ver. Pero después de 24 horas en Leipzig ya no se trataba simplemente de ver sino de entender. Quince días antes —como un truco de la casualidad— habíamos estado en Heildelberg, la ciudad estudiantil de Alemania Occidental, impresionante como ninguna otra en Europa por su

diafanidad y su optimismo. Leipzig es también una ciudad universitaria, pero una ciudad triste, con viejos tranvías atestados de gente desarrapada y deprimida. No creo que haya más de veinte automóviles para medio millón de habitantes. Para nosotros era incomprensible que el pueblo de Alemania Oriental se hubiera tomado el poder, los medios de producción, el comercio, la banca, las comunicaciones, y sin embargo fuera un pueblo triste, el pueblo más triste que yo había visto jamás.

Los domingos, la multitud se vuelca en los jardines de diversión donde se toca música de baile, se toman bebidas gaseosas y se pasa en fin una tarde agotadora por un precio muy reducido. En la pista de baile no cabe ni un alfiler, pero las parejas apelmazadas, casi inmóviles, tienen el mismo aire de disgusto de la multitud enlatada en los tranvías. El servicio es lento y hay que hacer colas de media hora para comprar el pan, los billetes del tren o las entradas a un cine. Nosotros necesitamos dos horas, en un jardín de diversión donde había que abrirse paso con los codos por entre los enamorados y los viejos matrimonios con sus niños, para comprar una limonada. Una organización como ésa, férrea pero ineficaz, es lo más parecido a la anarquía.

No podíamos entender. Aquello era como haber ido al cine por matar al tiempo y haberse encontrado con una película de locos, sin pies ni cabeza, con un argumento hecho exclusivamente para desconcertar. Porque es por lo menos desconcertante que en el mundo nuevo, en pleno centro de la revolución, todas las cosas parezcan anticuadas, revenidas, decrépidas.

Franco y yo nos habíamos olvidado de Jacqueline. Todo el día anduvo detrás de nosotros, rezagada, observando sin interés las polvorientas vitrinas donde se exhiben a precios escandalosos artículos de pacotilla. Al almuerzo dio muestras de vida: protestó por la falta de Coca-cola. Por la noche, en el restaurante de la estación, después de una hora de espera, sofocados por el humo, por el olor, por la música de la orquesta que le entraba a la clientela por un oído y le salía por el otro, Jacqueline se exasperó:

—Éste es un país atroz, dijo.

Franco estuvo completamente de acuerdo. Al día siguiente muy temprano salió a buscar explicaciones. Recordó que en Leipzig funciona la Universidad Marx-Lenin, donde estudian marxismo muchachos venidos de todo el mundo. Es un ambiente de paz y meditación, con discretos edificios entre árboles, lo más parecido a un seminario católico. Tuve la suerte y el placer de encontrar allí un grupo de estudiantes suramericanos. Gracias a ellos, nuestras observaciones —que hubieran podido ser subjetivas— se afirmaron sobre

bases concretas. Y gracias también, naturalmente, a la terrible fiestecita que tuvimos esa noche en casa de *Herr* Wolf.

III

LOS EXPROPIADOS SE REÚNEN PARA CONTARSE SUS PENAS...

Herr Hermann Wolf nos cayó en circunstancias imprevistas. Después de comida Jacqueline se fue al hotel. Franco y yo continuamos con un estudiante chileno que en adelante se llamará Sergio, con la advertencia de que es un nombre falso. Es un hombre de 32 años, abogado, con una beca de la Alemania Oriental para una especialización en economía política. Hace dos años salió clandestinamente de su país. Desde entonces está en Leipzig.

A las once, la ciudad dormía. Sergio nos llevó a un *cabaret* del estado, —«Femina»—, el único sitio de diversión abierto hasta las dos de la madrugada. Yo creía haber visto ese lugar en otra parte, hasta cuando Franco me recordó que en realidad no lo había visto: lo había leído en alguna novela existencialista. La iluminación indirecta, cárdena sobre paredes negras, acentuaba el ambiente espectral y los motivos superrealistas pegados en el muro. Al fondo de un salón con mesas para cuatro, estaba la pista de baile, circular, y después la plataforma de la orquesta en un trópico de cartón piedra. Tocaban un mambo.

Ocupamos una mesa cerca a la pista. Un mozo de frac, ceremonioso y de maneras equívocas, se entendió con Sergio en alemán. El ambiente estaba para opio pero pedimos cognac. Mientras tanto, Franco pasó al salón del fondo en busca de los servicios sanitarios. Cuando regresó a la mesa Sergio bailaba un *swing* con una muchacha de la mesa vecina. Yo empezaba a aburrirme.

—Anda al sanitario, dijo Franco. Aquello es sensacional.

Yo pasé el salón del fondo. Había tres puertas marcadas: W. C. En la puerta del centro, reservada a las operaciones mayores, estaba lo que debía ver: un taxímetro conectado a la cerradura. Una mujer instalada en un escritorio esperaba la salida del cliente. El taxímetro marcaba 30 *pfennig*.

Cuando el cliente salió puso los 30 *pfennig* en el platillo del escritorio y agregó una propina para la mujer.

Al regreso me di cuenta de que el salón del fondo se prolongaba hacia la derecha en una laberíntica mezcolanza de la Divina Comedia y Salvador Dalí. Hombres y mujeres postrados de la borrachera protagonizaban escenas de amor, lentas y sin imaginación. Era gente joven. Yo no había visto nada igual en Saint Germain-des-Pres donde el existencialismo es un dispositivo que se monta en verano para los turistas. Hay más autenticidad en los bares de Via Margutta, en Roma, pero con menos amargura. No era un burdel, pues la prostitución está prohibida y severamente castigada en los países socialistas. Era un establecimiento del estado. Pero desde un punto de vista social era algo peor que un burdel.

Al extremo del laberinto, iluminado con candelabros entre cortinas negras, el amor continuaba en un bar reservado. Algunos hombres solos bebían cognac. Otros dormían con la cabeza apoyada en el bar. Yo ocupé un taburete y pedí un cognac. Franco llegó en el instante en que uno de los hombres golpeó contra el mostrador la copa empuñada. Se hizo añicos. El hombre ni siquiera se miró la mano ensangrentada. Indiferente a la furiosa parrafada que le soltó la encargada del bar, sacó un pañuelo y lo empuñó en la mano herida. Con la otra tiró sobre el mostrador un rollo de billetes, sin contarlos, sin pronunciar una palabra.

—Qué horror, murmuró Franco. Nunca había visto gente tan desesperada.

Yo no sentía horror. Sentía lástima. Volví a la pista de baile dispuesto a irme al hotel. Pero la muchacha que había bailado con Sergio estaba sola en nuestra mesa. La invité a bailar. Sergio bailaba con una rubia inquietante, mucho más alta que él. El contacto con mi pareja producía una impresión desapacible. «Esta vieja no tiene huesos», le dije a Sergio al pasar. Él soltó una carcajada.

—Exacto, dijo. Es contorsionista en un circo.

Debió traducirle el diálogo a la rubia porque ella rió a su vez. En su risa me di cuenta de que no era nada sofisticada y mucho más joven de lo que me pareció a primera vista. Yo volví a la mesa. Franco conversaba con el mesero de frac. Invitó a bailar a la contorsionista y antes de levantarse me dijo en francés, para que no entendiera el mesero:

—Este tipo tiene deseo de contar todo.

Hablaba italiano. Su compostura, sus ademanes de prestidigitador, todo se fue al diablo cuando le dije que era periodista de Colombia, América del Sur, interesado en la situación de las democracias populares. Empezó por decirme

que había aprendido el italiano en un campo de concentración. Después se descosió la pechera acartonada y sin solución de continuidad me ordenó: «Toque esta camisa. —Yo la toqué: era de tela burda—. Pues bien —siguió diciéndome— esta camisa me cuesta el sueldo de un mes». En una especie de gozosa liberación siguió haciéndome un inventario de todo lo que llevaba encima, Por último se quitó el zapato para mostrarme la media rota en el talón.

—De acuerdo, le dije. Pero la comida es más barata que en occidente.

Él se encogió de hombros. «La comida no es todo», explicó. Se abrió de brazos en una actitud meridional y exclamó:

—En el campo de concentración comía mal pero era más feliz que aquí.

Franco volvió a la mesa sin la contorsionista. Terminada la tanda Sergio vino a decirnos que la rubia nos invitaba a terminar la fiesta en casa de sus amigos. Eran dos mujeres más y un hombre. Pasamos a su mesa. Sergio hizo las presentaciones. Primero las mujeres. Luego el hombre, un alemán de 45 años, sin nada de particular, salvo la espontaneidad de su sonrisa. Ése era *Herr Wolf*.

Me pareció un grupo de gente sana, simple, muy diferente del resto de la clientela. La mujer mayor era la esposa de *Herr Wolf*. Las otras dos, la rubia y una morena de 17 años, eran estudiantes de educación física. La explicación de que esa familia saludable se encontrara en aquel podridero la conocí después. En Alemania Oriental hay una categoría social parasitaria: los expropiados. Son los burgueses de los tiempos de Hitler cuyos bienes han sido nacionalizados previa indemnización. Muy pocos aceptaron el puesto que el gobierno les ofreció en sus antiguos negocios. Prefirieron vivir de sus rentas en la esperanza de que se caiga el régimen. El gobierno ha fundado hoteles, bares y restaurantes de lujo para las delegaciones extranjeras y los funcionarios oficiales, donde las cosas cuestan un ojo de la cara. Como son sitios muy caros para el pueblo, sólo los expropiados pueden frecuentarlos, y el gobierno está encantado porque es una manera de recobrar el dinero de las indemnizaciones. Los expropiados se reúnen a contarse sus penas, a cuchichear contra el gobierno, a rascarse unos a otros como los burros y a devolver la plata al estado a cambio de una noche de valeses tristes y de champaña sin hielo. Uno de esos sitios era nuestro hotel.

Pero las indemnizaciones no son hereditarias. Los expropiados tienen hijos, parásitos adolescentes que ayudan a los viejos a gastarse la plata mientras están vivos. Es una generación ignorante, sin perspectivas, sin ningún gusto por la vida, criada en un ambiente de resentimientos, en la

evocación diaria de un pasado esplendoroso. Detestan los valeses tristes y consideran que la champaña tiene muy poco alcohol. Para desconectarlos de la sociedad, el estado creó esos *cabarets* donde se saca el dinero hasta en los servicios sanitarios, una especie de campo de concentración donde los hijos de los expropiados se encierran a podrirse vivos.

Herr Wolf no pertenece a esa clase. En su juventud tuvo un almacén de discos. Fue oficial de comunicaciones en la guerra. Ahora trabaja en un taller de artículos eléctricos y su mujer es responsable de un internado de señoritas. Viven en un entresuelo de dos cuartos, cocina eléctrica y nevera, pero sin servicio sanitario, en el mismo edificio del internado. Los domingos, *Herr Wolf* se pone un vestido de campesino típico, baja las escaleras saltando deportivamente y se va a cultivar remolachas en el huerto. A su esposa —que es más que alegre, alegrona— le gusta la fiesta. Un sábado de cada mes *Herr Wolf* la lleva a bailar. Si alguna de las muchachas del internado se ha quedado sin programa se la llevan consigo. Esa noche se llevaron a dos. Como el único lugar abierto hasta la madrugada era el *cabaret* «Femina», allá fueron a parar, sin que nadie pensara en el peligro de la contaminación.

Sergio se había hecho pasar por periodista. Los estudiantes extranjeros prefieren conservar el incógnito para no tropezar con la gente que detesta al gobierno. Cuando la rubia le dijo a *Herr Wolf* que todos éramos periodistas extranjeros, él se sintió seguro, olfateó la ocasión de desahogarse contra el gobierno, y nos invitó a que fuéramos a terminar la fiesta en su casa.

Herr Wolf no es un conspirador. Es un buen ciudadano que se da cuenta de las cosas y las interpreta con buen humor. Desde la primera botella de cognac empezó a burlarse de la situación. Su esposa nos preparó un café imposible con sabor de chicoria. «Está preparado de mala fe, —dije yo, para provocar a *Herr Wolf*—. Me perdonan», replicó él muerto de risa. «Esa porquería es lo único que se encuentra en Alemania». Yo sabía que era cierto. Desde nuestra llegada a Leipzig habíamos renunciado al café.

El radio trasmitía un programa de músicaailable y después de cada tanda un boletín oficial. *Herr Wolf* lo apagaba mientras pasaba el boletín. «No hablan sino de esa asquerosa política», decía, y Sergio nos confirmaba: era propaganda del régimen. A las tres de la madrugada se transmitió el último despacho y la estación se despidió con el himno nacional. Entonces yo sugerí que buscáramos una estación extranjera para seguir bailando. *Herr Wolf* resplandeció de felicidad. En la onda de las estaciones extranjeras sólo se escuchaba un ruido agudo e intermitente como las conversaciones del pato

Donald. Yo lo comprobé con mis propias manos: las estaciones del exterior estaban intervenidas.

No era incomprensible que *Herr Wolf* detestara el régimen. Lo alarmante era que las dos muchachas que no conocían otra cosa, que eran educadas por el estado con un sueldo y la promesa de un porvenir seguro, eran tan intransigentes como *Herr Wolf*. Se sentían avergonzadas por la calidad de sus trajes, deseaban saber algo de París, donde se leen novelas de todo el mundo y el nylon es un producto popular. Franco les dijo que era cierto, pero les recordó que los estudiantes no tienen sueldo en los países capitalistas. Eso no les importaba. La respuesta de ellas, de la mayoría de los estudiantes que conocimos e inclusive de los estudiantes de marxismo de la Universidad Marx-Lenin, fue aproximadamente la misma:

—Que no nos paguen nada pero que nos dejen decir lo que nos da la gana.

Sorprendido por esa subversión unánime yo recordé que las últimas elecciones habían dado un resultado del 92% favorable al gobierno. *Herr Wolf*, muerto de risa y dándose golpes de pecho, manifestó:

—Yo voté por el gobierno.

Las elecciones fueron libres. Pero hubo un jurado de votación en cada cuadra con la lista completa de los vecinos. *Herr* bajó a votar a las 10 de la mañana. «De todos modos —nos explicó— un policía hubiera venido a las tres de la tarde a recordarme mis deberes de ciudadano». El voto es secreto, pero *Herr Wolf* prefirió votar por el gobierno para evitar complicaciones.

Yo le grité a Sergio:

—Dile a *Herr Wolf* que yo digo que él es un cobarde.

Herr Wolf se rió. «Eso dicen todos los extranjeros, —replicó—. Yo quisiera verlos aquí en un día de elecciones». Tal vez nadie podía entenderlo mejor que un colombiano. El orden público en Alemania Oriental se parece mucho al de Colombia en los tiempos de la persecución política. La población tiene terror a la policía. En Weimar Franco detuvo el automóvil frente a un agente para que dos muchachas alemanas que nos acompañaban le preguntaran una dirección. Ellas se negaron. Preferían preguntárselo a cualquiera que no fuera un policía.

Al amanecer, cuando todos estábamos medio borrachos y *Herr Wolf* no cuidaba el volumen de sus palabras, sonó el timbre de la puerta. Fue un momento dramático. Por primera vez vi serio a *Herr Wolf*, que ordenó silencio y murmuró: «¡La policía!». Las dos muchachas saltaron hacia el dormitorio. Nosotros asumimos una actitud de suecos mientras la esposa de *Herr Wolf* fue a abrir la puerta. Era el agente del periódico oficial que llevaba

la edición de ese día y solicitaba el pago de la suscripción mensual. La suscripción no es obligatoria, pero todos los meses el agente llama a la puerta para preguntar gentilmente si quieren renovarla. Nadie dice que no. La mujer de *Herr Wolf*, todavía temblorosa, tiró el periódico sobre la mesa y confesó que en dos años de suscripción no habían leído ni los titulares.

Esa mañana, desayunando en el restaurante de la estación, Franco tuvo un ligero altercado con Sergio. Lo acusó de no haberse enfrentado a *Herr Wolf*. Sergio es comunista. Franco opinaba que los estudiantes debían asumir una actitud enérgica frente a los elementos subversivos. Completamente sereno, con un acento de sincera pesadumbre, Sergio exclamó:

—Todo lo que *Herr Wolf* ha dicho es la verdad.

No sólo Sergio sino un apreciable número de estudiantes de la Universidad son de la misma opinión. Consideran que en Alemania Oriental no hay socialismo. No es una dictadura del proletariado sino de un grupo comunista que ha tratado de seguir al pié de la letra las experiencias soviéticas, sin tomar en cuenta las circunstancias especiales del país. Hitler eliminó los buenos comunistas. Los sobrevivientes, que vieron a tiempo los errores del gobierno actual, fueron eliminados por el grupo dominante. La juventud marxista está convencida de que la realidad no corresponde a la doctrina pero no se aventura a los riesgos de una rectificación.

Los obreros están bien pero carecen de conciencia política. Hacen consideraciones absolutas y no entienden por qué el gobierno les dice que el proletariado está en el poder y tienen que trabajar como burros para comprar un vestido que les cuesta el sueldo de un mes. En cambio los obreros de la Alemania Occidental, que son explotados, tienen más confort, mejor ropa y derecho de huelga. El pueblo no se resigna a llevar la carga para que las generaciones futuras vivan mejor. Nadie trabaja con entusiasmo: la industria de confecciones, sin el estímulo de la competencia, fabrica unos horribles vestidos de espantapájaros. Como no hay patrones, como nadie los despiden, como no entienden qué significa el socialismo sin zapatos, los encargados del servicio se cruzan de brazos, mientras los clientes esperan y no les importa que hagan cola toda la tarde de un domingo para tomarse una limonada. Desde los ministerios hasta las cocinas hay un complejo embrollo burocrático que sólo un régimen popular podría desenredar.

El arma legal sería la huelga. Pero el derecho de huelga no existe porque el régimen es dogmático: dicen que es un disparate que estando el proletariado en el poder los proletarios hagan huelga para protestar contra sí mismos. Es un sofisma. «La revolución —nos decían los estudiantes

marxistas— no se ha hecho en Alemania. La trajeron de la Unión Soviética en un baúl y la pusieron aquí sin contar con el pueblo».

El pueblo no ve el desarrollo de la industria pesada, le importa un pito los huevos fritos al desayuno y lo único nuevo que ve es que Alemania está partida en dos y hay soldados rusos con ametralladoras. Los habitantes de Alemania Occidental ven exactamente lo mismo: el país dividido y soldados americanos en automóviles de último modelo. Ninguno de los dos protesta porque saben que perdieron la guerra y por el momento tienen la cabeza bajo el ala. Pero en secreto todos saben lo que quieren, antes de hablar de socialismo o de capitalismo: la unificación de Alemania y la evacuación de las tropas extranjeras.

Yo creo que en el fondo de todo hay una pérdida absoluta de la sensibilidad humana. La preocupación por la masa no deja ver al individuo. Y eso, que es válido con respecto a los alemanes, es válido también con respecto a los soldados rusos. En Weimar la gente no se resigna a que un soldado ruso con ametralladora guarde el orden en la estación del ferrocarril. Pero nadie piensa en el pobre soldado. Precisamente en Weimar pasamos una noche por un parque cerrado del cual salían las notas de una marcha militar. Era una fiesta en el casino de los oficiales rusos. Nos invitaron a entrar, por señas, y allí adentro encontramos un ambiente cordial, saludable, un poco campechano. La pista de baile, hecha de barro amasado, estaba rodeada de grandes retratos en colores de los jerarcas soviéticos. La orquesta militar inició una pieza anticuada, muy parecida al charleston, que los oficiales con sus mujeres bailaban a saltitos. Uno de ellos, agobiado de condecoraciones, sacó a bailar a Jacqueline. Una matrona evangélica vestida de campesina ucraniana se acercó a Franco y con una graciosa reverencia, los grandes volantes de la falda sostenidos con la punta de los dedos, lo invitó a bailar. Yo hice lo mismo con la esposa de otro oficial. Había en la pista un entusiasmo violento, demasiado saludable, que nosotros tratábamos de digerir a la fuerza.

En medio de aquella nostálgica evocación de la tierra natal, dos soldados bailaban juntos, medio dormidos por una borrachera boba.

Cuando fui a sentar mi pareja, Sergio hablaba con un oficial que sabía un poco de alemán. Dijo que nos envidiaba porque íbamos para Moscú. Debí traducir la noticia al ruso, porque un grupo de oficiales con sus mujeres se acercaron a nosotros como para ver de cerca esos privilegiados en viaje hacia la Unión Soviética. Siguieron conversando con Sergio a través del militar que hablaba alemán. Algunos de ellos, decían, llevaban dos años de gestiones para ser removidos de Alemania, donde vivían como parásitos, sin hacer nada,

rodeados de fotografías de paisajes rusos y añorando el momento de regresar a su país.

La conversación fue interrumpida por Jacqueline, quien buscaba un intérprete para saber qué había querido decirle su oficial durante el baile. Ruborizado hasta las orejas, el oficial repitió la frase en ruso. El militar que sabía alemán se la tradujo a Sergio, éste la repitió en español y Franco se la hizo llegar a Jacqueline en francés. Todo el mundo soltó la carcajada. Era una declaración de amor. Al darse cuenta de que la concurrencia había comprendido, el oficial se puso a saltar como un niño, muerto de risa y con la nariz atomatada:

—Si lo sabe mi mujer me mata, —gritaba—. Que no lo sepa mi mujer.

Ésos son los militares rusos. Se aburren como ostras en un país cuya lengua ignoran, donde saben que se les detesta. Se les ve aparecer con una cara de cemento armado, impresionantes, hasta cuando uno descubre que su aspecto feroz es pura timidez. Particularmente los soldados son montaraces, cimarrones, buenotes, sacados a lazo de las remotas aldeas soviéticas. No es mentira: cuando entraron a Berlín despedazaban los lavamanos porque creían que eran instrumentos de guerra. Algunos de esos están todavía en Alemania, sin mujeres, emborrachándose solos y bailando unos con otros en los casinos. Esa costumbre de bailar dos hombres, que es corriente en la Unión Soviética, es en Alemania Oriental una necesidad impuesta por el medio.

Nosotros los encontrábamos en parejas, merodeando en torno a las muchachas que se detenían a ver las vitrinas después del cine. Se les hace la boca agua pero no se atreven a acercarse porque saben que las muchachas los reciben con dos piedras en la mano. Hasta las escasas prostitutas clandestinas los evitan por temor de ser denunciadas. Hace un año, en Weimar, dos de esos soldados no soportaron más. Después de haber bebido y bailado toda la noche en una fiesta de hombres solos, salieron a la calle y violaron la primera mujer que encontraron a la mano. El guayabo fue atroz: para escarmiento de la tropa fueron fusilados en presencia de sus compañeros.

IV

PARA UNA CHECA LAS MEDIAS DE NYLON SON UNA JOYA.

Hace dos años solicité en la embajada soviética de Roma una visa para viajar a Moscú como enviado especial de una agencia de prensa. En cuatro visitas sucesivas respondí cuatro veces a la misma encuesta formulada por cuatro funcionarios diferentes. Por último me prometieron enviar por correo una respuesta que todavía no ha llegado. En París fueron más breves y más explícitos. En el complicado edificio de la calle Grenelle me hicieron pasar por tres salones decorados con litografías de Lenin y el mismo funcionario que me recibió en el primero me respondió en el último en un francés apenas inteligible: sin una invitación de un organismo soviético era inútil solicitar la visa.

La situación ha cambiado en el último año. En París se organizan caravanas turísticas que en 15 días visitan a paso de conga los puertos del mar Báltico y el mar Negro. Es un viaje peligroso para un periodista honesto: se corre el riesgo de formarse juicios superficiales, apresurados y fragmentarios, que los lectores podrían considerar como conclusiones definitivas.

Cuando se me presentó en Berlín la oportunidad de asistir al VI Congreso de la juventud de Moscú, pensé que aquello era peor que las caravanas turísticas. En lugar de 500 seríamos 40 000. La Unión Soviética se había preparado dos años para recibir a los delegados de todo el mundo y ésa era una razón para pensar que en vez de la realidad soviética íbamos a encontrarnos con una realidad fabricada para los extranjeros. Eso es comprensible. Los países socialistas saben que la mayoría de quienes asisten a los festivales no son comunistas, que van preparados para descubrir defectos y que no tienen suficiente formación para interpretar derechamente sus experiencias. Más aún: en el festival de Moscú se exigió concretamente que se acreditara la menor cantidad posible de comunistas. «La astucia de los polacos no tiene límites, —me decía hace dos años en Roma una muchacha

italiana que asistió al festival en Varsovia—. Para hacernos creer que en Polonia hay libertad religiosa, abrieron las iglesias y pusieron por todas partes funcionarios públicos disfrazados de curas». La verdad es que la reconstrucción de Varsovia empezó por los templos católicos y que los sacerdotes no comprometidos en política disfrutaban de una libertad absoluta. Los capitalistas más honestos menospreciaron el esfuerzo nacional de la reconstrucción y se contentaron con saber que en Varsovia no hay automóviles, que la gente está mal vestida y que los ascensores se atascan entre dos pisos. En Varsovia cuchicheó todo el mundo porque el primado de Polonia, cardenal Myszenki, estaba en la cárcel. En cambio nadie observó —ni siquiera los delegados comunistas— que también estaba preso Ladislav Gomulka, el dirigente comunista que un año después del festival había de ser liberado por el pueblo para que se hiciera cargo de los destinos de Polonia.

Algunos gobiernos occidentales aprovechan los 15 días del festival para infiltrar espías con instrucciones precisas. En Moscú circuló una hoja impresa en inglés con consignas contra la Unión Soviética. Igual cosa ocurrió en los festivales anteriores. A sabiendas de que esas cosas suceden, los países socialistas —con todo el derecho— se las arreglan para que los delegados encuentren una nación vestida con ropas de pontificar en un multitudinario domingo de 15 días. Yo no quería conocer una Unión Soviética peinada para recibir una visita. A los países, como a las mujeres, hay que conocerlos acabados de levantar.

Franco era de otra opinión. Él pensaba —y ahora me doy cuenta de que tenía razón— que la superficialidad de los juicios se debe en parte a los mismos delegados. Hay que saber lo que es un festival para entender que se pueda estar 14 días en una ciudad sin conocerla. En Moscú hubo un festival de cine con cuatro funciones diarias. Un festival mundial de teatro al mismo tiempo que unas olimpiadas y 325 exposiciones de pintura, fotografía, arte folclórico y vestidos típicos de todo el mundo. Una competencia de música y danzas, con seis sesiones diarias, se desarrollaba al mismo tiempo que los seminarios de arquitectura, artes plásticas, cine, literatura, medicina, filosofía y electrónica. Hubo conferencias sobre infinidad de temas tratados por especialistas de todo el planeta. Cada organismo soviético importante organizó una recepción con invitados de todas las delegaciones. Cada una de las 382 delegaciones invitó a una recepción a las otras delegaciones. Sólo la delegación francesa —sin contar los representantes culturales, deportivos y científicos— tenía casi 3000 miembros. En las horas menos recargadas había que escoger entre el circo chino, una visita con Pablo Neruda, una entrada al

Kremlin, una muestra de la cocina japonesa, una invitación a una granja colectiva, las marionetas checas, el *ballet* hindú, un encuentro de fútbol entre húngaros e italianos o una entrevista privada con una delegada sueca. Todo eso apelotonado en un estrecho margen de 15 días y en una ciudad aplastante donde se necesita una hora para llegar a cualquier parte. Yo creo sinceramente que algunos delegados no tuvieron tiempo de ver un ruso.

Franco pensaba que podría aprovecharse la confusión. Había que desinteresarse de los espectáculos y salir a la calle a hablar con la gente venida de todos los rincones de la Unión Soviética, ávida de hablar con los extranjeros después de 40 años de desconexión total con el resto del planeta. Había que escoger entre el festival y una idea bastante aproximada de la realidad soviética. Nosotros sacrificamos el festival.

Si la visa soviética me costó seis años de insistencia, en cambio la visa polaca la obtuve en 10 minutos y sin pronunciar una palabra. Yo había logrado que se me admitiera como observador en el congreso Internacional de Cinematografía, en la comfortable compañía de 22 delegados. La credencial estaba escrita en polaco, de manera que me presenté al consulado con dos fotografías y puse la invitación sobre el escritorio del portero. A través de la puerta del despacho oí la voz del cónsul que se comunicaba por teléfono con Varsovia y que pronunciaba mi nombre de una manera bastante arbitraria. Un cuarto de hora después tenía la visa polaca en el bolsillo.

Jacqueline, cuyas vacaciones habían terminado, regreso a París. Franco depositó el automóvil en un garaje de Berlín y seguimos en tren hacia Praga. No teníamos la visa checa. El viaje duró 15 horas, pero cuatro de ellas las pasamos en la frontera, en un tren vacío que fue sometido a un control riguroso. En el último pueblo alemán hicimos una estación de dos horas, a pesar de que las formalidades de aduana se cumplieron en cinco minutos. Al atardecer el tren se movió. Abandonó la estación lentamente, a una velocidad menor que la marcha de un hombre, y así pasó a través de una aldea con letreros en alemán. Al otro extremo de la aldea se detuvo frente a un puente con un letrero en checo escrito a pincel sobre un fondo de tela roja. Sobre el puente había media docena de soldados con ametralladoras. El tren reanudó la marcha cuando los soldados verificaron si no había nadie escondido en los ejes de los vagones. Luego se repartieron a los dos lados del tren y lo escoltaron caminando a paso normal a través de un sendero disimulado entre la hierba. Un kilómetro más adelante estaba la primera estación checa. Allí esperamos otras dos horas.

Lo único notable era la música de los altoparlantes y las mujeres embutidas en uniformes de ferroviarios. Es corriente ver una mujer con pantalones. Pero es un poco extraña la impresión de verlas con un uniforme entero, camisa, corbata y zapatos masculinos, y un moño disimulado con la gorra. Después había de darme cuenta que el servicio de todas las estaciones checas está a cargo de mujeres vestidas de esa manera. Hacía calor... Mi deformación de encontrar parecidos entre las cosas europeas y mis pueblos de Colombia, me hizo pensar que aquella estación ardiente, desierta, con un hombre dormido frente a un carrito de refrescos con frascos de colores, era igual a las polvorientas estaciones de la Zona Bananera de Santa Marta. La impresión fue reforzada por los discos: boleros de los Panchos, mambos y corridos mexicanos. El bolero «Perfidia» fue repetido varias veces. Pocos minutos después de la llegada transmitieron «Miguel Canales», de Rafael Escalona, en una interpretación notable que yo no conocía. Traté de bajar para ver el disco pero el vagón estaba con llave. Una mujer ferroviaria me indicó por señas que no podía descender mientras no estuvieran revisados los pasaportes.

Los agentes de aduana eran dos, jóvenes, cordiales, con impecables uniformes de verano, ligeros y confortables como los del ejército norteamericano. Uno de ellos hablaba francés. Nos pidió la visa checa. Yo le dije que no la teníamos y el agente no pareció sorprendido. Después de entenderse con su compañero se llevó los pasaportes. Volvió más tarde a decirnos que estaban en comunicación telefónica con Praga. A la media hora teníamos una visa de tránsito con derecho a permanecer 15 días en Checoeslovaquia.

Aquella simplificación de los trámites estableció un primer contraste con el burocratismo de la Alemania Oriental. Luego encontramos otros. Los refrescos, la excelente cerveza checa, se venden en vasos de cartón con una advertencia impresa: «Destruya este vaso después de usarlo». Esas precauciones higiénicas se encuentran por todas partes. Los restaurantes son limpios, claros, eficaces, y los servicios sanitarios mejores que en cualquier país de Europa Occidental. Mucho mejores —naturalmente— que en París.

Terminado el control, una puerta debió abrirse en alguna parte, porque una multitud salió atropellándose de los pasadizos subterráneos para subir al tren. Los hombres estaban vestidos con ropa de buena calidad. Las mujeres en su inmensa mayoría llevaban pantalones de hombre, confeccionados para hombres, con bragueta y los botones del lado derecho. Particularmente los niños estaban vestidos con cuidado y buen gusto. Los militares cargados de

maletas y bultos, con sus mujeres y sus hijos, hacían vida común con la multitud.

Un momento después el tren se deslizaba por una región agrícola mecanizada, aprovechada hasta el último centímetro. Por todas partes se veían gigantescas obras de ingeniería hidráulica acabadas o en construcción. En las cercanías de Praga los campos de cultivo fueron sustituidos por centros industriales. En la primera noche nos cruzamos con un tren interminable cargado de autobuses nuevos y maquinaria agrícola sin usar. Franco trató de abrir la ventanilla. Un checo como de cuarenta años, en cuyas rodillas dormía una niña arropada con una gabardina, observó sus esfuerzos por bajar el cristal bloqueado. Le indicó a Franco en francés:

—Haga presión hacia adelante.

Nuestro compañero de viaje nos explicó que los buses y la maquinaria agrícola eran material de exportación para Austria. Nos dijo que Checoslovaquia era el surtidor de maquinaria de muchos países occidentales y de todo el mundo socialista, incluyendo la Unión Soviética. Era un agente de comercio que regresaba de Francia en el cuarto viaje que hacia este año al exterior. Nos manifestó que no era comunista, que la política lo tenía sin cuidado, pero que se sentía bien en Checoslovaquia. No le interesaba tentar fortuna en América. Su pasaporte tenía una limitación: sólo podía utilizarlo para viajes relacionados con sus actividades comerciales. Esta vez le habían permitido llevar a su hija de doce años a conocer a París. Varias semanas más tarde, en mi viaje de regreso a Francia, también encontré en el tren una familia checa que venía de vacaciones. Un francés les hizo una confidencia: en París hay un sitio donde se cambia dinero checo a un precio tres veces más alto que el oficial. El checo rehusó el ofrecimiento.

—Eso perjudica nuestra economía, dijo.

Es un caso particular que contrasta con la actitud de algunos profesionales de Alemania Oriental. Los directores de teatro y los médicos de ese país ganan sueldos desproporcionados. El estado los educa, los especializa, y luego tiene que pagarles muy caro para que no emigren al occidente. Yo no encontré ningún checo que no estuviera más o menos contento con su suerte. Los estudiantes manifiestan apenas su inconformidad con el innecesario control de la literatura y la prensa extranjeras y las dificultades para viajar al exterior.

La noche en que llegamos a Leipzig Franco pensó que nuestra primera impresión se debía a las apariencias: la iluminación triste y la llovizna. A Praga llegamos a las once de la noche, con la misma llovizna, y nos

encontramos con una ciudad viva, alegre, que correspondía a la que vimos doce horas después, en una espléndida mañana de verano. La oficina de información internacional de la estación nos mandó al Hotel Pálace, el mejor de Praga. Allí nos informaron que hay dos tipos de cambio: el cambio normal, aproximadamente cuatro coronas por dolar, y el cambio turístico, que es el doble. La diferencia consistía en que al cambio turístico nos daban el sesenta por ciento en bonos que sólo podían ser gastados dentro del hotel. Hechas las cuentas, por cuatro dólares podíamos tomar una pieza con baño, teléfono y las tres comidas. La cena fue servida con un excelente vino francés que no se encuentra por ese precio en los restaurantes baratos de París.

A la medianoche recorrimos el centro de la ciudad. En los cafés de la avenida Wenseslav un chorro de música que se mezclaba al rumor de la multitud que salía del cine y el teatro. Tomando cerveza en las terrazas abiertas bajo los árboles, esa multitud pensaba en España después de haber asistido a los dos espectáculos que agotaron localidades en la última temporada: «La muerte de un ciclista», la película de Barden, y «Mariana Pineda», el drama de García Lorca.

Un grupo que salió de un cine entró a un *cabaret* situado en el mismo edificio. Consultamos los precios. La entrada valía cinco coronas y la cerveza cuatro. Era uno de esos *cabarets* de tipo internacional que durante el verano europeo cuestan una fortuna. Una cantante con un descote en pantalla panorámica cantaba la versión checa de «Siboney».

Pedimos cerveza. Yo tomé la mía lentamente tratando de descubrir un detalle que me permitiera pensar que no estábamos en una ciudad capitalista. Franco sacó a bailar una muchacha de la mesa vecina. Era martes. La clientela no estaba tan bien vestida como lo habría estado en Italia en iguales circunstancias. Era más bien la clase media colombiana en un baile de sábado. Al finalizar la tanda, Franco vino a presentarme su pareja. Hablaban en inglés. La invitamos a sentarse. Ella fue a la mesa vecina a ponerse de acuerdo con sus compañeros de fiesta y volvió a la nuestra con su vaso de cerveza. Yo dije a Franco:

—No encuentro ningún indicio de la diferencia de sistema.

Él me hizo caer en la cuenta: los precios. Cuando salí a bailar me advirtió: «Fíjate en la cantante». Yo lo hice mientras bailaba. Era una rubia platinada, muy baja a pesar de los tacones, vestida con un traje de noche azul marino. No descubrí nada especial. Franco insistió:

—Mira la punta de sus pies.

Allí estaba lo que debía ver: las medias de nylon raídas en los dedos.

Yo protesté: no podía partirse un pelo en cuatro para descubrir las fallas de un sistema. En París hay una multitud de hombres y mujeres que duermen en las aceras envueltos en periódicos, aún en invierno, y sin embargo no se ha hecho la revolución. Pero Franco insistió en que era una apreciación importante. «Hay que saber valorar los detalles, —dijo—. Para una mujer que se preocupa de su suerte una media raída es una catástrofe nacional». Terminó su cerveza y volvió a la pista.

Bailó dos tandas sin volver a la mesa. Por su manera de bailar pensé que se estaba entendiendo muy bien con su pareja, una muchacha muy delgada, muy fina, con un buen sentido del humor. Desaparecieron largo rato. Cuando volvieron a la mesa comprendí que habían estado bebiendo en el bar porque Franco estaba medio borracho. Tomó una cerveza más. Luego, con la voz enternecida por la borrachera, le propuso a su pareja en el oído que lo acompañara al hotel. Ella se rió, y remedando la ternura de Franco murmuró en su oreja:

—Anda a la otra mesa y pídele permiso a mi marido.

La atmósfera se desarmó. Mas tarde los dos grupos se reunieron. La muchacha contó la anécdota y todo el mundo se rió. A Franco se le bajó la cerveza a los pies pero el marido de la muchacha se encargó de sortear la situación. Propuso que fuéramos a ver el amanecer desde el castillo de la ciudad vieja. Compró dos botellas de vodka polaco y a las tres de la madrugada empezamos a subir por callejuelas empedradas, cantando corridos mexicanos. De pronto la pareja de Franco se sentó en la acera, se quito las medias y las guardó en la cartera.

—Hay que cuidarlas, —nos dijo—. Las medias de nylon cuestan un dineral.

Dorado de felicidad, Franco me dio un golpe en la espalda. Yo lo comprendía. Era el mismo alborozo que yo experimenté en Niza —la playa más cara de Europa— cuando descubrí que al subir la marea los detritus de la ciudad salen a flote en el agua donde nadan los millonarios.

V

LA GENTE REACCIONA EN PRAGA COMO EN CUALQUIER PAÍS CAPITALISTA

Praga ha asimilado las influencias más indigestas sin engordar demasiado y sin úlceras en el estómago. Es un término medio entre la antigüedad mejor conservada y el presente más cuerdo. Hay una callecita —la calle de Los Alquimistas— que es uno de los pocos museos hechos con sentido común. Lo hizo el tiempo. En el siglo xvii había allí unas tiendecitas donde se vendía inventos maravillosos. Los alquimistas se quemaban las pestañas en la trastienda buscando la piedra filosofal y el elixir de la vida eterna. La ingenua clientela que esperó el milagro con la boca abierta —que sin duda ahorró dinero para comprar el elixir de la vida eterna cuando lo pusieran en la vitrina — se murió esperando con la boca abierta. Después se murieron también los alquimistas y con ellos sus fórmulas magistrales que no eran otra cosa que la poesía de la ciencia. Ahora las tiendecitas están cerradas. Nadie ha tratado de falsificarlas para impresionar a los turistas. En lugar de dejar que se llenen de murciélagos y telarañas para que se les vea la edad, las casitas son pintadas todos los años con amarillos y azules rudimentarios, infantiles, y siguen pareciendo nuevas, sólo que no con una novedad de ahora sino del siglo xvii. No hay placas ni referencias eruditas. Uno pregunta a los checos: «¿Qué es esto?». Y los checos responden con una naturalidad tan humana que lo hacen sentirse a uno en el siglo xvii: «Ésta es la calle de Los Alquimistas».

Así es Praga: su antigüedad no parece anacrónica. En los vericuetos de la ciudad vieja se encuentran en un mismo caserón una cervecería histórica con reproducciones de Picasso y un almacén de calculadoras eléctricas. Uno pregunta a los checos por qué tiene a Picasso en una cervecería antigua, y los checos responden: «Es que a alguna gente le gusta a Picasso». Los contrastes no son violentos. La ciudad está hecha con los elementos de la tradición discretamente aprovechados, con un orden y un buen gusto al cual no se le ven las cuerdas, como no se le ven las cuerdas al sistema, al régimen

comunista, a la revolución, a la industria —que es la mejor equilibrada de Europa— ni a las marionetas checas que son las mejores del mundo.

Nosotros pasamos en Praga varios días a la deriva y no encontramos un grueso indicio que nos permitiera pensar que estábamos en una ciudad de Europa occidental. Hay un orden natural, espontáneo, sin policías armados. Es el único país socialista donde la gente no parece sufrir de tensión nerviosa y donde uno no tiene la impresión —falsa o cierta— de estar controlado por la policía secreta.

La influencia soviética es difícil de determinar a pesar de que se dice que los gobernantes checos son los más fieles a Moscú. La estrella roja está en las locomotoras, en los edificios públicos, pero no parece postiza. Nosotros no vimos un solo militar soviético. Los mármoles y la aplastante pastelería de Moscú no han trastornado la unidad arquitectónica de Praga. Hay una personalidad nacional fuerte y dinámica que se manifiesta en cada detalle y que elimina esa impresión de servilismo oficial, voluntario, lagarto, que vimos en Alemania Oriental y que habíamos de encontrar después en Hungría.

Hace pocos días los obreros de una fábrica de Varsovia le preguntaron a Gomulka por qué las democracias populares no tenían un nivel de vida tan alto como los países capitalistas. «No todos los países capitalistas tienen un nivel de vida más alto que las democracias populares, —respondió Gomulka—. Y sin duda ninguna lo tiene más alto que Checoeslovaquia». No tengo datos que permitan confirmarlo, pero el aspecto exterior de la multitud, la apariencia general de la calle, permiten pensar que Gomulka no anda lejos de la razón. En Checoeslovaquia la gente no se interesa mucho por la política. En las otras democracias populares ésa es una asfixiante obsesión: no se habla de otra cosa. Entre los estudiantes que logramos frecuentar advertimos una preocupación primordial por sus conocimientos y muy poco interés por la política. Manifiestan francamente su inconformidad por el control de las publicaciones extranjeras y el aislamiento forzoso del país. Algunos —de convicciones políticas evidentes— consideran que la censura es necesaria en las otras democracias populares pero absolutamente superflua en Checoeslovaquia. Nosotros tuvimos oportunidad de conocer al traductor de García Lorca un profesor de español, de 35 años, impresionantemente tímido y nervioso, de una seriedad intelectual admirable. Conoce a fondo la literatura española y está interesado de una manera especial por la novela suramericana. Dos libros colombianos traducidos al checo y definitivamente agotados en pocas semanas, fueron objeto de sus comentarios entusiastas: «La Vorágine»,

de José Eustasio Rivera y «Cuatro años a bordo de mí mismo», de Eduardo Zalamea Borda.

La gente reacciona en Praga como en cualquier país capitalista: Esto — que podría parecer una tontería— es interesante, pues en la Unión Soviética reaccionan de otra manera. En Praga y en Moscú hicimos la prueba del reloj. Es sencilla: Franco y yo adelantamos nuestros relojes en una hora, subimos a un tranvía y viajamos de pié, agarrados a la barra, de manera que nuestros relojes fueron perfectamente visibles. Un hombre —50 años, gordo, nervioso— nos miró con un aire de aburrimiento. De pronto miró mi reloj: las 12:30. Se sobresaltó. Con un gesto mecánico levantó el puño de su camisa y leyó la hora en su reloj: las 11:30. Se acercó el reloj al oído, comprobó que estaba andando, pero sus ojos ansiosos, desolados, buscaron en torno suyo el reloj más cercano y se encontraron con el de Franco. También allí eran las 12:30. Entonces se abrió paso con los codos, descendió antes de que el tranvía se detuviera y se perdió a saltitos entre la multitud.

En París y en Roma la reacción es la misma. En Moscú yo tuve el reloj en las horas más arbitrarias, anduve con él por todas partes y la gente se acercaba a examinarlo pero con una curiosidad distinta. Eso nos permitió saber que la producción de relojes es muy escasa en la Unión Soviética. Poca gente los usa. Lo que les llamaba la atención de los nuestros era su apariencia dorada, su forma, su calidad, pero me parece que a nadie se le ocurrió mirar la hora. Los soviéticos pagaban lo que uno les pidiera por un reloj de pulso. En los tranvías de Praga la gente vive sus pequeños problemas: los señores aparentan no ver a las señoras para no cederles el puesto, las señoras se embrollan buscando el dinero en la cartera, no aprietan a tiempo el botón de la parada y luego insultan al conductor. En Moscú no tienen el reflejo de leerlos periódicos por encima del hombro del vecino: la actualidad periodística no se sigue de cerca, no constituye sobresalto de todos los días como en occidente. Los moscovitas —que en la calle son locuaces y comunicativos— viajan en el Metro con el mismo fervor con que viajan las señoras occidentales en el tranvía metafísico de la misa de cinco.

Hay en Checoslovaquia una cosa notable, diferente a todo lo que yo había visto hasta entonces: los militares. Es sorprendente la manera como están incorporados a la vida civil. En la estación del ferrocarril hacen cola para comprar los tiquetes, se pelean con los civiles por un puesto en el vagón, cargados de maletas y cacharros, y ponen la gorra para guardar el puesto mientras llevan a orinar a los niños. No parecen militares sino civiles vestidos de militar. En el comercio de Praga hacen el mercado con sus mujeres,

llevando de un lado el niño menor y del otro lado la bolsa con los pañales y el tetero. Yo vi un oficial con la gorra en la mano, llena de tomates, esperando que su mujer desenredara la cremallera de una bolsa para meterlos. Otro tenía a su hijo acaballado en la nuca para que pudiera ver por encima de la multitud una vitrina de marionetas. Se puede pensar que esto es una falta de dignidad profesional. Es más probable que sea una valerosa prueba de dignidad humana.

Después de haber atravesado a Checoslovaquia en cuatro sentidos, con absoluta libertad, tengo la impresión de que allí lo único que llama la atención en un extranjero son los bluejeans. La gente se detenía a reírse francamente, a preguntarnos de qué planeta nos habíamos descolgado, a causa de los bluejeans. Los checos no sólo tienen buena ropa sino que se advierte una preocupación evidente por vestirse bien. Yo vi muchas mujeres tan bien vestidas como en París. Un extranjero vestido de una manera normal puede pasar inadvertido. Eso no sucede en la Unión Soviética y en las otras democracias populares, donde habría que ponerse un vestido muy viejo, muy ordinario y muy mal hecho, para no llamar la atención.

Franco se quedó en Praga pues no tuvo manera de justificar su viaje en el consulado de Polonia. Acordamos que nos encontraríamos a mi regreso para viajar juntos a Moscú. Me parece que su aguda capacidad de observación me hizo mucha falta en Varsovia. En el vagón me acompañó un viejo campesino con toda su familia —la mujer y ocho hijos, tres sobrinos y un cerdito de pocos días—. Ellos solos ocupaban el compartimiento. El viejo me contó su vida haciendo dibujos con el dedo en el vidrio de la ventanilla. Vivía en una casa muy grande a pocas horas de la frontera polaca.

La tierra no está colectivizada en esa región, la producción es individual, pero el estado facilita la maquinaria y cómpralos productos. Me invitó a que fuera a su casa en Navidad para comernos el cerdito. Cuando descendió del tren —en una estación pobre y muy limpia— me advirtió por la ventanilla que tuviera cuidado con el pasaporte: los polacos los persiguen para fugarse del país.

A medida que nos acercábamos a la frontera polaca el número de pasajeros se hizo más escaso. Al anochecer me encontré completamente solo en el tren. Me acosté a dormir. El contralor checo me despertó para pedirme el tiquete. Después de escrutar mi cara me habló en italiano. Había estado en Milán durante la guerra. Allí se casó. Ahora tenía cuatro hijos que hablaban indiferentemente el checo y el italiano. Dos de ellos estaban de vacaciones en Milán y los otros en un campo de verano del estado. Como no tenía nada que

hacer, compró en la próxima estación dos docenas de cerveza y siguió contándome su vida hasta la frontera. Yo le pregunté si estaba contento de su país y él desplegó su sonrisa orificada y me dijo, textualmente: «¿Qui siamo tutti comuniste, capisci?». También él —y esto me alarmó— me hizo la advertencia espontánea de que tuviera cuidado con el pasaporte en Polonia.

«Los polacos no son comunistas, —me explicó—. Ellos dicen que lo son pero van a misa todos los domingos».

También esta vez tuvimos que esperar cuatro horas en la frontera. Es desesperante: en Europa occidental uno se da cuenta de las fronteras por el cambio de idioma en los letreros. Los trenes no se detienen. Los europeos necesitan visas para muy pocos países e inclusive los franceses pueden entrar a Italia sin pasaporte, con la carta de identidad. En la cortina de hierro el paso de una frontera es un acontecimiento. Hay que declarar el dinero a la entrada del país y presentar a la salida las constancias del cambio bancario, para que las autoridades sepan que no se está especulando con el dinero extranjero. Pero inclusive esos trámites no demoran más de 10 minutos. Los trenes esperan dos horas en la última estación de un país, atraviesan la frontera custodiados por militares, y demoran otras dos horas en la primera estación del otro país.

En territorio polaco los agentes que me pidieron el pasaporte debieron darse cuenta de que se trataba de una visa especial —cosa que yo ignoraba— porque me pidieron la credencial del Congreso de cine. Se llevaron todos los papeles. Un momento después vino un agente que hablaba francés y me hizo pasar a un vagón polaco. Yo protesté: los vagones polacos son los más incómodos de Europa. El agente me explicó que el cambio era indispensable. Anotó el número del puesto que ocupé y me advirtió al despedirse:

—No se mueva de ese puesto. En Varsovia espere que todo el mundo descienda del tren.

Durante la noche fui despertado varias veces por los pasajeros que trataban de acomodarse sin encender las luces. Al amanecer, el vagón de primera clase estaba lleno de gente vestida como en un vagón de cuarta clase, las mallas atestadas de maletas y bultos amarrados con cuerdas. La mayoría empezó a leer desde cuando salió el sol, antes de las cuatro de la mañana. Dos pasajeros —un hombre y una mujer— leían novelas de Jack London. Una mujer con traje sastre, de buena calidad pero gastado por el uso y con un sombrero de vampiresa de cine mudo hundido hasta las pestañas, examinó mi reloj con una insistencia indiscreta. Después me di cuenta de que no sólo ella

sino también la gente que leía descuidaba por momentos la lectura para examinar el reloj.

Cerca de las ocho abrieron los paquetes del desayuno: pan negro, salchichón y frutas. Algunos destaparon latas de conserva. Yo no tenía provisiones ni dinero polaco, de manera que asistí al desayuno colectivo con unos terribles deseos de estar en Italia donde los pasajeros de tercera reparten la comida entre los compañeros de viaje. Los polacos comían en silencio. Levantaban la cabeza para masticar, mientras contemplaban mi reloj con la expresión igualmente vaga y concentrada con que se ve una película. Yo disimulé mi incomodidad mirando el campo, tan pobre, tan diferente al de Checoslovaquia. La escasa maquinaria agrícola era muy vieja y muchos campesinos —la mayoría mujeres— trabajaban la tierra con métodos primitivos. Antes de llegar a Varsovia la mujer de sombrero me preguntó intempestivamente si hablaba francés. Mi voz fue un acontecimiento en el vagón. Los libros se cerraron. No había el menor indicio de hostilidad sino una curiosidad un poco ansiosa en las miradas. Me preguntó mi nacionalidad. Yo no sé si los polacos tienen una estimación especial por los suramericanos o si están convencidos de que nos estamos muriendo de hambre, pero lo cierto es que cuando revelé mi nacionalidad todos tuvieron el mismo reflejo: abrieron sus paquetes y me abrumaron con cosas de comer con una generosidad exagerada y conmovedora. La mujer del sombrero me tradujo una pregunta del hombre que leía a Jack London:

—¿Usted es rico?

Los otros esperaron la respuesta. Como yo respondí negativamente ellos no parecieron desilusionados sino incrédulos. La mujer insistió en que yo debía ser fabulosamente rico puesto que llevaba reloj de oro. Expliqué que era simplemente dorado. Para demostrarlo rayé el baño de oro con una navaja, pero ellos no parecieron convencidos. El diálogo fue muy cordial. A pesar de eso no he podido saber en qué punto cometí una falla. En algún momento los polacos empezaron a conversar entre ellos. Yo estaba un poco embotado por el malestar de la cerveza. No recuerdo exactamente lo que dije, pero sé que no me prestaron la menor atención. Inclusive me parecieron hostiles. En el resto del viaje no volvieron a dirigirme la palabra, salvo una vez, en la estación de Varsovia. Ellos empezaron a echar sus maletas por la ventana. Yo permanecí inmóvil de acuerdo con las instrucciones del agente de aduana. No tenía ninguna dirección. Pensaba meterme en el primer hotel que encontrara y buscar más tarde a los organizadores del congreso. La última muchacha que

abandonó el vagón se sorprendió de mi inmovilidad y me soltó una frase en polaco. Sólo pude entender una palabra.

—Varsava.

Yo le hice señas de que sabía que ya estábamos en Varsovia pero que debía permanecer en mi puesto. Ella me soltó otra parrafada. Yo me alcé de hombros y ella hizo exactamente la misma cosa. Al salir tiró con fuerza la puerta del compartimiento.

Cuando el tren se desocupó, un polaco muy joven, vestido a la italiana, rubio, muy limpio, entró directamente a mi puesto. Me saludó en perfecto español con una ligera cadencia argentina. Era Adán Waclawek, encargado de asuntos sudamericanos en un periódico de Varsovia. Desde la frontera habían transmitido mis datos y debieron pensar que el mejor interprete para un periodista suramericano era un periodista polaco que había pasado mucho tiempo en la Argentina y conocía al dedillo la situación de la América del Sur.

Me condujo al hotel. Por la ventanilla del automóvil vi una ciudad escueta, con grandes vacíos materiales, pero con mucha gente. Todo estaba perfectamente seco pero —no se por qué— me pareció que en Varsovia había estado lloviendo sin tregua durante muchos años. Al pasar frente al Palacio de la Cultura —un pastel de crema de 36 pisos— Adán Waclawek dijo, con una intención indefinible: «Es un regalo de la Unión Soviética». No sé todavía si fue un reconocimiento o una disculpa. Mas adelante reconocí un edificio huevo, de cinco pisos, el único de Varsovia cuya fotografía está en todos los vagones del ferrocarril y en los consulados occidentales. «Es un almacén del estado», me informó el intérprete espontáneamente. Yo tuve la impresión de que estaba sufriendo. Por lo menos en el sector que atravesábamos no había nada que ver. Había una desolación dolorosa. «Es una bella ciudad», dije, no sé por qué, pero seguramente porque no podía resistir más el silencioso sufrimiento de Adán Waclawek. «No es cierto, —dijo él—. Todavía no se puede decir ni siquiera que sea una ciudad». Luego me habló de la reconstrucción: los nazis no dejaron piedra sobre piedra. Debo reconocer que Adán Waclawek no tenía suerte esa mañana. El camino de la estación al hotel era precisamente el menos reconstruido.

En el hotel «Bristol» había una pieza reservada y en la administración del hotel un sobre con 300 zlotis. No me tomé el trabajo de averiguar su equivalencia en dólares pero me alcanzó cómodamente para los gastos menores durante mi permanencia en Polonia. Adán Waclawek me instaló en la pieza, me dio algunas instrucciones preliminares y me anunció que volvería a buscarme después del almuerzo. Creo que eso hacía parte del malestar de la

cerveza: la impresión de que el intérprete tenía órdenes de vigilarme. Todo funcionaba con una perfección sospechosa. Rápidamente me cambié de ropa y abandoné el hotel con el propósito de conocer a Varsovia por mi cuenta y riesgo.

VI

CON LOS OJOS ABIERTOS SOBRE POLONIA EN EBULLICIÓN

Durante algún tiempo conservé el recuerdo de que la multitud de Varsovia camina en fila india y arrastra trastos de cocina, latas vacías, toda clase de cacharros metálicos que hacen un ruido destemplado y continuo sobre el pavimento. Después me expliqué objetivamente esa visión de pesadilla. En Varsovia hay muy pocos automóviles. Cuando no pasan los antiguos tranvías reformados, cojeando por el exceso de pasajeros, la ancha y arbolada avenida Marszalkowa pertenece por completo a los peatones. Pero la multitud densa, desarrapada, que dedica más tiempo a mirar las vitrinas que a comprar en los almacenes, conserva la costumbre de circular por las aceras. La impresión es que camina en fila india, porque no se desparrama en la calle vacía. No hay pitos, ni motores de explosión, ni pregones callejeros. El único ruido que se oye es el rumor puro de la multitud: un ruido continuo de trastos de cocina, latas vacías y toda clase de cacharros metálicos.

En algunos sectores esa impresión desaparece a causa de los camiones con altoparlantes que transmiten música popular y especialmente —otra vez— canciones suramericanas. Pero esa alegría, forzosa impuesta por decreto, no se refleja en la multitud. Uno se da cuenta desde el primer momento de que la vida es dura, de que se ha sufrido mucho con las grandes catástrofes y de que hay un drama nacional de minúsculos problemas domésticos. El comercio es tan pobre como en Alemania Oriental, salvo las librerías que son los establecimientos más modernos, más lujosos, limpios y concurridos. Varsovia está llena de libros y sus precios son escandalosamente bajos. Un autor muy cotizado es Jack London. Hay salones de lectura abiertos y ocupados desde las 8 de la mañana, pero los polacos no se conforman con sentarse en ellos sino que llenan con la lectura, todos los vacíos de la vida. En las colas que se forman para esperar el tranvía —duran el día entero— o para comprar los

artículos de primera necesidad, los polacos leen libros, revistas, folletos de propaganda oficial, con una abstracción que tiene algo de religioso.

Yo no pude entender qué hace tanta gente en la calle. Está comprobado que la desocupación no es problema en Polonia. Pero a la multitud se le va la vida mirando vitrinas. Los almacenes del estado ofrecen cosas nuevas que parecen viejas y a precios elevados. La gente se amontona en las puertas antes de que sean abiertas. Yo estuve varias horas mezclado con la densa clientela del almacén más fotogénico de Varsovia subiendo y bajando las escaleras mecánicas y puedo decir que la gente recorre el almacén y sale con las manos vacías. Es como si el hecho de convencerse de que la plata no alcanza para comprar fuera también una manera de hacer el mercado.

Los sacerdotes y monjas se mezclan a la multitud en proporción tan notable como en Roma. Se les encuentra por todas partes, en las conferencias políticas, en las reuniones culturales, hojeando en las librerías una revista con los feroces bigotes de Stalin en la portada. En la avenida Marszalkowa me sorprendió un Cristo coronado de bombillas eléctricas a cuyos pies ardían dos lámparas de aceite. Algunos transeúntes se detenían un momento frente a él para santiguarse. Más tarde había de acostumbrarme a esas imágenes religiosas enclavadas en una capital socialista. Hay imágenes de la Virgen de construcción reciente. Uno de los primeros edificios reconstruidos fue la catedral. Las iglesias están abiertas todo el día y desde la calle se ve a los electores del secretario del partido comunista, Ladislav Gomulka, postrados y con los brazos abiertos frente a Cristo. Al final de nuestra visita turística a la catedral de Varsovia, una anciana que rezaba en voz alta frente al altar mayor se incorporó a nuestro paso y nos pidió una limosna. Debo decir que es el único mendigo que vi en la cortina de hierro.

El aspecto general es de una profunda pobreza. Más impresionante que en Alemania Oriental y en Hungría. Pero hay un hecho en favor de los polacos: sometidos a prolongadas privaciones, destrozados por la guerra, rematados por las exigencias de la reconstrucción y los errores de sus gobernantes, ellos tratan de seguir vivos con una cierta nobleza. Están remendados pero no rotos. Son pobres hasta un extremo imposible de describir, pero se ve que afrontan la pobreza con una rebeldía que no es por lo menos evidente en Alemania Oriental. Dentro de sus ropas viejas y sus zapatos gastados los polacos conservan una dignidad que infunde respeto.

La reconstrucción de Varsovia es un esfuerzo nacional con muy pocos antecedentes. El *Ghetto* es ahora una plaza desierta y pelada, lisa como una mesa de carnicería. Así estaba el centro de la ciudad la mañana de la

liberación. No sólo no había ciudad: no había ni siquiera polacos. Los que quedaron —ayudados por los que se repatriaron más tarde— se empeñaron en reconstruir piedra por piedra una ciudad de la cual no había quedado piedra sobre piedra y lo hicieron con una especie de ferocidad vengativa, con la misma temeridad simbólica con que la caballería polaca se enfrentó a lanza con los tanques de Hitler. Primero se reconstruyó la ciudad sobre el papel: planos, fotografías, documentos históricos. Una comisión de académicos vigiló la autenticidad de la reconstrucción de manera que la nueva ciudad fuera exacta a la antigua. Para rehacer la muralla medieval fue preciso fabricar un tipo especial de ladrillo cuya fórmula había desaparecido hace siglos.

Es curioso el efecto de esa ciudad hecha sobre fotografías. Las callecitas medievales huelen a pintura fresca. Las fachadas de 400 años no han sido todavía terminadas. En los andamios hay pintores nacidos en 1925 que han tenido que inventar de nuevo técnicas y fórmulas olvidadas para repintar murales que mañana por la mañana tendrán 300 años. Esa empresa titánica ha sido hecha a costa de pan y zapatos.

En la unidad arquitectónica de Varsovia hay un accidente: el Palacio de la Cultura regalo de la Unión Soviética y copia fiel del ministerio de educación de Moscú. Los polacos —a quienes no se les puede hablar de los rusos porque se desatan en improperios— terminarán por dinamitarlo. Se dice que Stalin lo hizo poner allí sin consultar con la opinión de Polonia, como agradecimiento a los gobernantes que bautizaron con su nombre la plaza más grande de Varsovia. Ahora la plaza se llama Plaza de la Cultura, pero el palacio sigue allí, inquebrantablemente staliniano, con la estrella roja en la cúspide. En ese inmenso mamarracho vacío donde uno se pierde tan fácilmente como en la catedral de San Basilio de Moscú, hay salas de conferencias, teatros, cines, sedes de organizaciones culturales. Los sábados en la noche, en verano, el gobierno instala un sistema de altoparlantes por donde sale un torrente de *jazz* que la juventud baila hasta la una de la mañana. «Todos nuestros esfuerzos se fueron al diablo» me decía un profesor de historia que participó en la reconstrucción. «El Palacio de la Cultura nos abrió una tronera en la tradición».

Algunos polacos no creen ni siquiera que sea un regalo. Piensan que fue una obra de los antiguos gobernantes para adular a Stalin. Quienes admiten que fue un regalo encuentran en él otro motivo de resentimiento contra los rusos: cuando se construyó el Palacio de la Cultura los polacos vivían como ratas en los cascarones de los edificios destruidos. No se entiende por qué la

Unión Soviética hizo un regalo tan costoso y tan inútil en un momento en que Polonia padecía —como padece aún— la escasez de viviendas. Desde cuando Gomulka llegó a su puesto y el país empezó a disfrutar de la libertad de expresión, se inició un proceso público contra el Palacio de la Cultura y es un proceso que todavía no ha terminado. Hace pocas semanas se le preguntó a Gomulka en una manifestación: «¿Es cierto que el Palacio de la Cultura fue un regalo de la Unión Soviética?». —Gomulka prefiere no afrontar ese tema—. Es cierto» respondió y se anticipó a cualquier comentario malicioso:

—A caballo regalado no se le mira el diente.

Una noche encontré en el hotel un mensaje de Adán Waclawek. Debí interpretarlo mal porque pensé que se trataba de una conferencia. No tuve tiempo de comer. Tomé un taxi, le hice ver la dirección al chófer y él me depositó sin más comentarios frente a un sombrío edificio rodeado de árboles en las afueras de Varsovia. Era una fiesta de gala. Yo estaba en bluejeans pero no me ocupé de ese detalle burgués porque había oído decir que en las democracias populares se podía asistir a las fiestas de cualquier manera. Hace tres años la delegación soviética al festival de Venecia invitó a los periodistas a una recepción en el hotel Excelsior. Quienes se presentaron en camisa de verano fueron rechazados en la puerta por un sirviente de librea. «Cuando vayan a Moscú pueden entrar como quieran, —nos dijo un miembro de la delegación—. Aquí se impone el traje de etiqueta y nosotros respetamos las costumbres del país». En Varsovia no se cumple esa regla que yo había confundido en mala hora con un principio doctrinario. Los hombres se habían vestido de negro y las damas, con modelos copiados de las revistas francesas, se habían echado encima sus escaparates de joyas.

Yo no tenía tiempo de regresar al hotel. Adán Waclawek insistió en que la cosa no tenía importancia, de manera que yo me instalé con los otros invitados en torno a una larga mesa donde había muchas cosas de comer y, sobre todo, muchas botellas de ese diabólico vodka polaco de 46 grados. Los hombres besaban la mano de las señoras. Por la manera de darla yo me di cuenta de que las señoras esperaban que también las besáramos los extranjeros. Inclusive los grupos polacos hablaban francés entre ellos. Los temas de conversación no me parecieron espontáneos. Parecía como si cada cual se interesara primordialmente en demostrarle a los otros que su francés era mejor y que conocía a fondo las materias de conversación más rebuscadas.

Poco después me di cuenta de que en aquel ambiente de aristocracia arruinada había un rincón democrático: los chóferes de los automóviles oficiales también estaban en la fiesta. No se mezclaban al resto de la

concurrancia. Yo me fui con ellos, no porque tuviera nada contra la costumbre polaca de besar la mano de las damas, sino porque me parecía algo así como un contrasentido histórico hacerlo en bluejeans y guayabera. Los chóferes estaban vestidos como nos vestimos nosotros, los chóferes de todo el mundo y yo me sentía en mi ambiente. Inclusive intervine en la conversación con ese polaco limpio y fluido que cualquiera es capaz de hablar después del tercer vodka.

Cuando los vapores del alcohol se hicieron más densos la concurrancia se mezcló. Entonces los chóferes también besaron la mano de las señoras. Yo no pude escapar. Después había de darme cuenta de que esa costumbre, que yo consideraba un resabio de las clases expropiadas, se conserva en todos los sectores del pueblo polaco. El socialismo —que ha dado a todo el mundo los mismos derechos— no ha hecho sino ensanchar las posibilidades: ahora los chóferes podemos besar las manos de las señoras. Es inolvidable el embarazo del coronel Webbs, delegado de la Biblioteca del Congreso de Washington, un gringo platinado y práctico que viajaba con dos mudas de nylon en un maletín de la P. A. A., y que en algún momento de la fiesta se acercó a decirme: «Si yo hubiera sabido que era cuestión de besar la mano me hubiera quedado en la cama con bronconeumonía».

A mí me pareció sin embargo que aquella mezcolanza de joyas y motores de explosión no es posible en Polonia antes del tercer vodka. Los miembros de la antigua aristocracia que aún viven en Cracovia —ciudad de un conservatismo hermético— se defienden de la creciente marea del proletariado en sus residencias privadas. Algunos de ellos colaboran con el régimen. Asisten a las recepciones y se fruncen físicamente cuando se encuentran con su ministro, hijo de un zapatero de Zakopane, o con un dirigente industrial sacado con grúa del fondo de una mina. El proletariado por su parte no ha logrado vencer por completo su timidez.

El comedor del hotel «Bristol» no es caro para un obrero especializado. Los sábados en la noche se instalan en una mesa con sus mujeres vestidas con rosados brillantes y no saben muy bien que hacer con las manos. A veces las ocupan en marcar el compás de los vales que ejecuta una orquesta en traje de noche. Uno se da cuenta de que están incómodos, de que no les gusta esa atmósfera de servilleta y que se sobresaltan cuando se dispara un corcho de champaña. Los expropiados sonrían por debajo de la solapa y se atreven a decir a los extranjeros que en Polonia no prende la revolución porque los obreros tienen complejo de inferioridad.

Poco antes de terminar la fiesta, un polaco muy nervioso les dio algunas instrucciones a los chóferes. A mí me dio personalmente algunas que debieron tener un carácter muy especial porque los chóferes soltaron una carcajada. Él comprendió que yo no hablaba polaco, me identifiqué y entonces él examinó mi vestido, me abrazó con uno de esos ataques de entusiasmo de que sólo son capaces los polacos y los rusos y me dijo: «Usted es un verdadero comunista, camarada». Me mostró discretamente el resto de la concurrencia con un aire de superioridad despreciativa.

—Ésos no, —agregó—. Esos están marchando porque les conviene o porque no pueden hacer otra cosa.

Era director de una revista de arte. Me hizo un reportaje sobre la música popular colombiana y pocos días después encontré en el hotel un sobre con una tarjeta suya y el pago del reportaje: 200 zlotis. Sólo volvería a acordarme de ese dinero en la frontera, una semana más tarde.

El delegado húngaro era un viejito con algo de oso, pleno de chocheras y de dolor en los riñones, a quien yo hacía bromas a causa de su nombre: Andrea. Hablaba un poco de italiano. En la mesa se sentaba a mi lado. Yo observé que andaba por todas partes acompañado de un húngaro joven, discreto y simpático, que se hacía pasar por su intérprete, que en efecto hablaba cuatro idiomas, pero que no parecía cumplir sus funciones. Una noche necesité una máquina de escribir y le dije a Andrea —el señor Andrea— que me prestara la suya. Él consultó con su intérprete. Éste le dio el visto bueno y subió con nosotros a la pieza a buscar la máquina. Cuando la administración del hotel solicitó el pasaporte, Andrea no tenía el suyo. Lo tenía su intérprete. A la primera oportunidad le pregunté a qué se debía ese misterio. Con una ingenuidad de 75 años el señor Andrea me preguntó si yo no era comunista. Entonces me reveló el secreto: el intérprete era un detective. El señor Andrea es una autoridad en cinematecas. A pesar de que es un funcionario oficial la policía húngara —que no le tiene ninguna confianza— lo mandó a Varsovia con un detective. Se trataba de evitar que el viejo utilizara el pasaporte para fugarse de la cortina de hierro. El muchachote ortodoxo, digno de la confianza oficial, le daba hasta el dinero de los cigarrillos con una cierta solicitud maternal, con el mismo cariño con que le hubiera dado de mamar a un viejo que podía ser su abuelo.

Ése fue el único caso de control policivo que recuerde en Polonia y no dice nada de la situación polaca sino de la situación húngara. Por el contrario, es asombrosa la libertad con que los polacos se pronuncian contra el gobierno. Gomulka es intocable. Pero es el único. En el Palacio de la Cultura se está

presentando una pieza, escrita por un estudiante y representada por un grupo experimental, que es una sátira a los ministros, con nombres propios.

Ni siquiera en la Unión Soviética —donde el empuje de la juventud es indiscutible— se advierte una ebullición juvenil más intensa que en Polonia. Es superior o por lo menos más histérica que en cualquier país de Europa Occidental. Al contrario de lo que sucede en Checoslovaquia, los estudiantes polacos tienen una participación activa en la política. Todos los periódicos y revistas estudiantiles —desde cuando subió Gomulka está saliendo uno nuevo cada mes— intervienen directamente en las cosas del gobierno. La Universidad es un barril de pólvora. La situación había llegado a tal extremo que el periódico «Po Prostu» fue clausurado por el gobierno. Fue un golpe moral para el estudiantado que está aprovechando su luna de miel con la libertad de prensa para disparar por todos lados. La medida ha dado origen a violentas manifestaciones públicas.

No creo que sea simplista relacionar esa intensa actividad estudiantil con el número de librerías, el costo de los libros y la avidez con que leen los polacos. En Hungría, un comunista comentaba: «Polonia no es una democracia popular. Es una colonia cultural de Francia y todo lo que hicieron fue sacudirse de la influencia soviética para volver a la influencia francesa. — Los húngaros están bien correspondidos. Un comunista polaco comentaba—: Los comunistas húngaros son siervos voluntarios de la Unión Soviética, sectarios, dogmáticos con todos los vicios del antiguo marxismo». Un comunista polaco abrazó en Budapest a un comunista húngaro: «Estamos emocionados —le dijo— por la revolución que hizo el pueblo húngaro en octubre. —El húngaro se puso verde de rabia—. No fue una revolución», protestó. «Fue una contrarrevolución armada por la reacción». Así andan las cosas en familia. Ambos de otra parte, estaban de acuerdo en relación con Checoslovaquia: «A los checos —decían— lo único que les interesa es vender. —Yo les dije que a mi modo de ver Checoslovaquia era la única democracia popular sólida—. Eso no es una democracia popular», replicaron. Me dieron el argumento —ignoro si es cierto o si fue para ponerme de su lado — de que Checoslovaquia vendió armas a Rojas Pinilla.

Por encima de esas diferencias domésticas, es evidente que Checoslovaquia y Polonia son los únicos países socialistas que tienen los ojos vueltos hacia el occidente. La primera con mucho tacto en relación con los soviéticos, negociando a derecha e izquierda. Tiene relaciones comerciales con casi todos los países del occidente. Es la única democracia popular donde hay un cónsul colombiano, que por cierto no figura en el directorio telefónico

de Praga. Polonia en cambio se vuelve hacia el occidente a la brava, desbarrando contra los rusos y al parecer con un objetivo puramente cultural. La enseñanza del francés es una tradición que se conserva en los hogares. Hay familias de obreros —antiguos emigrados de Francia— que lo enseñan a sus hijos antes de que aprendan el polaco en la escuela. En todos los establecimientos públicos de Varsovia se habla francés.

Los escritores franceses que no tienen buena audición en su país —en especial los comunistas desgajados del partido por los sucesos de Hungría— encuentran un público formidable en Polonia. Un periódico de París publicó hace poco un titular: «Para saber lo que piensa la izquierda francesa hay que leer la prensa de Varsovia». Algunos de los últimos artículos de Sartre han sido impresos primero en polaco que en francés. En la prensa de Varsovia hay polémicas encarnizadas entre muchos de los mejores escritores franceses y escritores polacos, de la cuales no se tiene noticia en París.

Es difícil saber qué es lo que quieren los polacos. Son complicados, trabajosos de manejar, de una susceptibilidad casi femenina y con tendencias al intelectualismo. La situación en que se encuentran se parece mucho a su modo de ser. Gomulka —secretario general del partido— es un héroe nacional que nadie discute. Pero yo encontré muy pocos polacos de acuerdo con el gobierno. La prensa independiente —y algunos comunistas, como el clausurado «Po-Prostu»— se apoya en la más pura doctrina marxista para tirarle piedras al régimen. La necesidad del socialismo no se discute, pero se niega de plano la competencia de los equipos actuales. Se les acusa de no tener en cuenta la realidad del país y los mismos que formulan esa acusación organizan huelgas, manifestaciones y encuentros callejeros con la policía para exigir cosas que la situación económica no perrite.

Hay un acuerdo general: el antisovietismo. Se asegura que cuando Gomulka viajó a Moscú —después del plebiscito que confirmó su popularidad— los polacos estaban convencidos de que sería secuestrado en el Kremlin. Ellos creen a los rusos capaces de todo. Como Gomulka regresó entero con la noticia de que las tropas soviéticas no podrían evacuar a Polonia inmediatamente, muchos de quienes votaron por él se pasaron a la oposición. «Las cosas han cambiado en la Unión Soviética, —manifestó Gomulka en una entrevista con obreros—. Se acabó la época de los procesos secretos y las ejecuciones en masa». No convenció a nadie. Eso no quiere decir que los polacos prefieren a los Estados Unidos. Yo creo —por lo que he podido conversar con ellos— que son tan antiamericanos como antisoviéticos. A muchos les pregunté francamente qué querían y me respondieron: «El

socialismo». Pienso que lo quieren sin etapas: ya. La cúspide del prestigio político son Gomulka y el cardenal Vyszynsky. Están corriendo en llave y con ellos corre el país entero embrollado en una situación contradictoria que no puede durar mucho tiempo. El antiguo régimen había abolido la enseñanza religiosa y puesto al cardenal bajo vigilancia policiva en un convento. Había abolido la libertad de expresión, el derecho de huelga, la iniciativa de las masas en la construcción del socialismo: era la dictadura de un grupo a órdenes de Moscú. La policía política impuso el orden por el terror. Ladislav Gomulka —el dirigente comunista más popular— fue enviado a la cárcel. Cuando la presión de las masas liberó a Gomulka y lo llevó en hombros hasta la secretaría del partido, lo primero que éste hizo fue disolver la policía política, llamar a juicio a los responsables de los crímenes cometidos por ella y poner en libertad al cardenal. Es cierto: Gomulka y el Cardenal no han conversado nunca, se conocen por los retratos. En una actitud sin antecedentes, el primado de Polonia recorrió los púlpitos pidiendo a los católicos votar por el candidato comunista, Se embrolló con el Vaticano. Gomulka, por su parte, se embrolló con la Unión Soviética y con los duros de su partido, pero restableció la enseñanza religiosa. El pueblo ganó terreno. Gomulka ganó terreno. El cardenal Vyszynsky ganó terreno. ¿Qué diablos pasó? Una cantidad de polacos son católicos y comunistas al mismo tiempo. Asisten el sábado a la reunión de la célula y el domingo a la misa mayor.

En nuestro viaje a Cracovia fuimos acompañados por una enfermera de 20 años —de una madurez prematura, en todo sentido— miembro activo de la juventud comunista y de un movimiento de acción católica. Se llama Ana Kozlowski. Yo ocupé el trayecto —14 horas— en tratar de servir al mismo tiempo a dos señores. Ella no admite una división precisa ente la militancia comunista y la militancia católica. Piensa que en determinadas circunstancias —las circunstancias de Polonia— las dos cosas conducen al mismo fin. Le pregunté si esa teoría la había aprendido en las clases de marxismo o en las de religión. «En ninguna de las dos, —respondió ella con una asombrosa convicción—. Lo estamos aprendiendo en la experiencia polaca».

No presento el testimonio de Ana Kozlowski como una conclusión definitiva sobre la situación. Me interesa su caso. Creo que los polacos están atascados en definir matices doctrinarios mientras la situación económica adquiere proporciones dramáticas. A veces, por la vehemencia con que exponen los argumentos más simples, producen la impresión de estar inventando la pólvora. Cuando no pueden más se hacen con los dedos un revoltijo de pelos y exclaman con una convicción apasionada: «Nosotros

somos los únicos que sabemos para donde vamos». Adán Waclawek —mi intérprete— tenía nociones más claras. En cierta ocasión contemplábamos el atardecer sobre el Vístula. En los suburbios flameaban las chimeneas de las fábricas. Adán me habló de la situación de Polonia con una intensidad apasionada y no completamente limpia de patetismo. «Los comunistas occidentales nos han ocasionado un perjuicio enorme, —manifestó—. Han pintado esto como un paraíso. Los extranjeros vienen con la ilusión y a nosotros nos cuesta trabajo hacerles entender la realidad: aquí la vida es un drama de cada minuto». Contempló el remoto resplandor de las fábricas. «Pero estamos encontrando el camino, —concluyó—. Si nos dan siquiera 10 años más de paz tendremos suficiente poder para impedir la guerra por nuestra cuenta». Esa claridad es casi excepcional. En los polacos con quienes hablé en Varsovia y después en Moscú y en Budapest, yo creo haber encontrado un principio de confusión.

A Cracovia se le ve el conservatismo en la cara. Aún la vía pública, el aire libre, tienen algo de conventual. Es un reducto católico. Ana Kozlowski me contaba que los estudiantes cracovianos —educados en un estrecho círculo familiar— son resistentes al socialismo. La llegada de una delegación extranjera fue conocida por toda la ciudad. A las nueve de la noche la puerta del hotel estaba bloqueada por una multitud de niños que solicitaban autógrafos. Un delegado se hizo un turbante con una bufanda de colores y provocó un escándalo. Dos horas después las calles estaban desiertas. Algunas prostitutas otoñales, lamentablemente pintadas, merodeaban en el parquecito situado frente al hotel. Los pocos hombres que encontramos en la calle estaban completamente borrachos, con esa profunda borrachera de los cinco sentidos propia de los polacos. Ana Kozlowski se empeñó en convencerme de que el alcoholismo en Polonia no tiene nada que ver con el sistema. Es tan antiguo como la nación polaca. Pero Gomulka debe estar más preocupado que ella: hace poco subió en un 30% el precio del vodka.

Entramos a un *cabaret* donde nada ha cambiado desde el pasado siglo. La decoración de peluche es vieja, los muebles son viejos, los músicos y sus instrumentos son viejos y tocan una música que la juventud no sabe bailar. Había un fuerte olor a desinfectante. Aunque todo estaba muy limpio la atmósfera tenía algo de polvoriento. Un mesero con unos pantalones de peluche verde y una chaquetilla del mismo material —un traje de luces— se dirigió a mí en polaco. Ana me tradujo: no quería servirme porque estaba sin corbata. El mesero se dio cuenta de que yo era extranjero, me pidió excusas en francés y me explicó «que a la clientela polaca se le exigía la compostura

en el vestir para evitar que los obreros entren en ropa de trabajo». No había gente joven. Un viejito como de 80 años bailó una Polka con una mujer muy gorda embalada en un traje de flores y fueron aplaudidos por la concurrencia. Yo hice lo posible por bailar. Ana —que tampoco sabía— se excusó con el argumento de que la juventud polaca sólo sabe bailar la música moderna y en especial el *jazz*. En el curso de la pieza sostuvo un diálogo con una mujer que me había estado examinando con una franca curiosidad y que parecía divertirse mucho con sus propias observaciones. Preguntó si yo era mexicano. Ana le respondió que sí y la mujer preguntó entonces si yo no tenía revólver.

—Mucho cuidado, concluyó. Dígale que en Polonia está prohibido disparar contra los músicos.

A las cinco de la mañana salimos para el campo de concentración de Auswisch (sic). El señor Webbs —delegado de U. S. A.— me manifestó su repugnancia por aquella evocación de la carnicería científica de los alemanes. Se instaló en el autobús con la condición de que no le mostraran los hornos crematorios. Ana estaba en retardo. Desde cuando subió al autobús se fijó en las camisas que el señor Webbs y yo llevábamos esa mañana. No hizo ningún comentario mientras el señor Webbs no cambió de puesto y ella quedó sola conmigo. Entonces examinó mi camisa con una grande atención y dijo textualmente:

—Ése es el famoso nylon.

De buena fe le dije que al regreso al hotel le regalaría la camisa y en la expresión de sus ojos me di cuenta de que había metido la pata. «Es una camisa de hombre, —dijo. Y luego, sin solución de continuidad—: Nosotros necesitamos todavía cinco años para producir el nylon». Estaba convencida de que cuando Polonia produzca nylon será más barato y de mejor calidad. Mientras tanto, el hecho simple de no usarlo hace parte de la dignidad nacional. Ana evocó indignada la forma en que algunas muchachas polacas —durante el festival de la juventud—, asaltaron a los delegados occidentales para comprar camisas de nylon y relojes de pulso. Yo le pregunté si no había en su actitud mucho de nacionalismo. Ella se encogió de hombros.

—Probablemente, —dijo.

Las interminables alambradas del campo de concentración de Auswisch están intactas. Los alemanes no tuvieron tiempo de dinamitarlo. Es más impresionante que el de Mathausen —a pocos kilómetros de Viena— aunque no tiene la espectacular escalera de piedra que sube desde el fondo de la cantera hasta el campo: 1200 escalones. El de Buchenwald —en Weimar— alcanzó a ser dinamitado y los visitantes tienen que reconstruirlo mentalmente

de acuerdo con las indicaciones del guía. En Auswisch nada ha sido movido de su sitio. Los hornos crematorios están al final de un sistema de tres cuartos: el primero es una pequeña sala de baño con dos docenas de duchas. Cuando las comisiones de la Cruz Roja Internacional inspeccionaban el campo los nazis les mostraban aquellos cuartos inocentes para convencerlos de la organización de la higiene. Uno no se explica cómo esas comisiones no se daban cuenta de que no había tubos de desagüe. Nunca salió agua por esas duchas: salió gas venenoso mientras las finanzas de Hitler alcanzaron para esos lujos. Después salió sencillamente el humo de los hornos crematorios conectados al sistema de duchas. El segundo es una cámara refrigerada. Se calcula que en determinado momento los nazis ejecutaban 250 personas por día. Los hornos crematorios no daban abasto. Aún en invierno los cadáveres tenían que esperar el turno en su purgatorio refrigerado. La única diferencia entre un horno crematorio y un horno de pan es la puerta blindada. En Auswisch están todavía las parihuelas en que metían a asar los cadáveres. La operación duraba una hora. Los encargados de los hornos la ocupaban jugando al *poker* como esperan las señoras jugando canasta a que se dore el pollo. La diferencia es que el humo de los cadáveres se escapaba con las duchas para asfixiar doce personas más. Era una progresión geométrica: tres cadáveres proporcionaban el material para producir doce.

Seguí con atención las reacciones del delegado alemán. Un hombre tranquilo, con una barba roja —como Barba Azul— y una pipa eterna apagada en los labios. Siguió con un cierto aire astronómico las explicaciones del intérprete. Es una actitud clásica de los alemanes. Los comentarios sobre las atrocidades del nazismo les resbalan por el pellejo sin erizarlos y se puede decir delante de ellos lo que se quiera que no se alteran ni disculpan. En Budapest yo había de ver a un alemán en el momento en que un húngaro explicaba la inutilidad estratégica, la mala fe con que los nazis dinamitaron el puente Elizabeth, sobre el Danubio, considerado como el mejor de Europa. Alguien cometió la insensatez de preguntarle al alemán que opinaba de eso. Él respondió secamente: «Me parece deplorable. —En el campo de concentración de Buchenwald, el guía alemán nos dijo—: Nuestra desgracia es que somos científicos inclusive para organizar una matanza». En Alemania, cada vez que tenía algo que ver con ese pueblo extraordinariamente cordial, alegre, camarada, de una hospitalidad comparable apenas a la de España y una generosidad comparable apenas a la de la Unión Soviética, yo me rompía la cabeza sin poder entender los campos

de concentración. En los campos de concentración me rompía la cabeza sin poder entender a los alemanes.

El atroz cientifismo de los nazis se apreciaba muy bien en Auswisch. Las salas de cirugía donde los médicos de Himmler hacían sus experiencias de esterilización humana son impecables. Hay —intacto— un laboratorio de elaboración de sustancias humanas. Por una puerta entraba un hombre vivo y por la otra salía el bagazo. Adentro quedaba todo lo que una persona tiene de materia prima. Se organizó una próspera industria de cuero humano, de textiles de cabellos humanos, de derivados de la manteca humana. En Austria vi un enorme pedazo de jabón de pino adornado con flores. Alguien tenía motivos para creer que aquel jabón era su tío. En Auswisch hay una exposición de esos artículos y uno comprende que esa industria siniestra tenía un excelente porvenir en el mercado: una maleta fabricada con cuero de hombre es de una calidad superior. Yo no creía que un hombre sirviera para tanto que sirve inclusive para hacer maletas.

Los polacos no dan cifras. Se limitan a mostrar. Cuando uno ve esas cosas y sabe que tiene que contarlas por escrito comprende que tiene que pedirle permiso a Malaparte. Hay una galería de vitrinas enormes llenas hasta el techo de cabellos humanos. Una galería llena de zapatos, de ropa, de pañuelitos con iniciales bordadas a mano, de las maletas con que los prisioneros entraban a ese hotel alucinante y que tienen todavía etiquetas de hoteles de turismo. Hay una vitrina llena de zapatitos de niños con herraduras gastadas en los tacones: botitas blancas para ir a la escuela y porrones de botas de los que antes de morir en campos de concentración se habían tomado el trabajo de sobrevivir a la parálisis infantil. Hay un inmenso salón atiborrado de aparatos de prótesis, millares de anteojos, de dentaduras postizas, de ojos de vidrio, de patas de palo, de manos sin la otra mano con un guante de lana, todos los dispositivos inventados por el ingenio del hombre para remendar al género humano.

Yo me separé del grupo que atravesó en silencio la galería. Estaba moliendo una cólera sorda porque tenía deseos de llorar. Penetré a un corredor profundo en cuyas paredes estaban los retratos de las víctimas —inclusive 15 000 apátridas— que los liberadores del campo lograron rescatar de los archivos. Frente a uno de los retratos estaba Ana Kozlowski. Yo observé el retrato: una persona asexuada, con la cabeza pelada, enfrentada a la cámara con una mirada severa.

—¿Es hombre o mujer?, pregunté:

Ana no me miró. Me arrastró suavemente hacia la puerta.

—Hombre, —respondió—. Es mi papá.

En mi última noche en Varsovia Ana Kozlowski me llevó al hotel y me trajo los extraordinarios carteles con que se anunciaron en Varsovia las películas de Emilio Fernández, el indio mexicano. Se los encomendaron a los pintores jóvenes y ahora los originales están en un museo. Vivieron también muchos polacos despelucados, de esos que se ponen bravos en las discusiones, que dicen que hay que fusilar a los capitalistas y a última hora le demuestran a uno —con hechos— que el sentimentalismo es una enfermedad incurable, una tara de la humanidad. En el automóvil que me conducía a la estación, Adán Waclawek —quien pocos momentos antes me había dicho que era insensible a las despedidas— me soltó un discurso sentimental. «Con los americanos es distinto, —dijo—. Ustedes vienen y uno sabe de antemano que no los volverá a ver jamás». En estos casos —para no quedarme a vivir— yo acostumbro a soltar una palabrota. Eso fue lo que hice. Ya en la plataforma del tren Adán Waclawek me dio una moneda muy pequeña, brillante, una unidad de la moneda polaca que yo no había conocido. Me explicó que habían sido retiradas de la circulación porque los traficantes del mercado negro las convertían en medallas de la Virgen para venderlas a un precio mayor. Por esa noticia yo hubiera aplazado el viaje 24 horas, pero ya era imposible: mi visa estaba vencida.

—¿Es que en Polonia hay un mercado negro?, pregunté.

—Un mercado negro internacional, me respondió Adán Waclawek caminando junto con el tren que arrancaba en ese momento. Es uno de nuestros grandes problemas.

A las cuatro de la madrugada tocaron en el compartimiento-dormitorio. Era la aduana. El agente se dirigió a mí en polaco, yo hice señas de que no entendía y le di el pasaporte. El vio que estaba en regla y me hizo una nueva pregunta. El pasajero que viajaba en la litera de arriba me tradujo al español: «Le pregunta si no lleva dinero polaco». Yo dije que no. Luego me acordé de los 200 zlotis del reportaje. Dentro de cinco minutos, ese dinero —que no es exportable— no me serviría para nada. Se los di al guardia.

—No tenemos derecho a decomisarle este dinero me dijo él a través del intérprete. Ha debido gastarlo antes de salir de Polonia.

Yo no había tenido tiempo. Él dijo que estaban abriendo el restaurante de la estación y que podía comprarme alguna cosa. A mí no se me ocurría nada. Él insistió y yo me di cuenta de que lo estaba haciendo perder el tiempo.

—Cómprame cigarrillos —dije.

Volvió 10 minutos después reventando de risa. Empujó hasta el interior del camarote dos bultos de cigarrillos: 200 cajetillas. El intérprete me informó que con ese dinero hubiera podido comprar una cámara fotográfica. Yo me dispuse a dormir, pero el guardia siguió allí, escribiendo en un talonario. Me entregó el recibo. Tenía que pagar un derecho de exportación.

Le explique que mi único capital polaco eran los cigarrillos. Entre el guardia y el intérprete se estableció entonces un diálogo. El guardia reflexionó. «Yo no puedo recibir el pago en cigarrillos, —dijo—. Pero puedo comprarle 20 paquetes que es el valor de los derechos». Entonces yo conté veinte paquetes y se los entregué. Él me los pagó y yo le devolví los 20 zlotis. Después empujé hacia la puerta el resto del paquete abierto y le dije que lo fumara como recuerdo. Él respondió que no tenía derecho a aceptarlos porque ya era mercancía exportada. La situación me pareció tan divertida que resolví seguirla. Le hice ver que las 20 cajetillas que me compró habían regresado al país de contrabando. Él se encogió de hombros.

—Puedo aceptarle un cigarrillo, dijo.

Se lo di. El guardia me dio fuego y me deseó buen viaje. Dos horas después los dos bultos de cigarrillos fueron decomisados en Checoeslovaquia porque yo no tenía coronas para pagar los derechos de importación.

VII

U. R. S. S.: 22.400 000 KILÓMETROS CUADRADOS SIN UN SOLO AVISO DE COCA-COLA.

Al cabo de muchas horas vacías, sofocadas por el verano y la parsimonia de un tren sin horario, un niño y una vaca nos vieron pasar con el mismo estupor y enseguida empezó a atardecer sobre una interminable llanura sembrada de tabaco y girasoles. Franco —a quien me había reunido en Praga— bajó el vidrio de la ventanilla y me mostró el resplandor remoto de una cúpula dorada. Estábamos en la Unión Soviética. El tren se detuvo. Se abrió una compuerta en la tierra, a un lado de la vía y un grupo de soldados con ametralladoras surgió de entre los girasoles. No pudimos averiguar adonde conducía esa compuerta. Había blancos para práctica de tiro con figuras humanas recortadas en madera, pero ninguna edificación cercana. La única explicación verosímil es que allí exista un cuartel subterráneo.

Los soldados verificaron que no había nadie escondido en los ejes del vagón. Dos oficiales subieron a examinar los pasaportes y las credenciales del festival. Nos miraron con una atención aplicada, varias veces, hasta cuando se convencieron de que nos parecíamos a nuestros retratos. Es la única frontera de Europa donde se toma esa precaución elemental.

Chop —a dos kilómetros de la frontera— es la población más occidental de la Unión Soviética. La estación estaba todavía adornada con recortes de la paloma de la paz, letreros de concordia y amistad en muchos idiomas y banderas de todo el mundo, aunque hacía una semana que habían pasado los últimos delegados. Los intérpretes no nos esperaban. Una muchacha en uniforme azul nos informó que podíamos dar una vuelta por el pueblo pues el tren de Moscú no saldría hasta las nueve de la noche. En mi reloj eran las seis de la tarde. Después comprobé en el reloj de la estación que en realidad eran las ocho de la noche. Yo llevaba el tiempo de París y debía adelantar el reloj

en dos horas para acordarlo al tiempo oficial de la Unión Soviética. Eran las 12 del día en Bogotá.

En el salón central de la estación, a ambos lados de un portal que conduce directamente a la plaza del pueblo, había dos estatuas de cuerpo entero acabadas de pintar con barniz plateado: Lenin y Stalin vestidos de civil en una actitud muy doméstica. A causa del alfabeto ruso me pareció que a los avisos se les estaban cayendo las letras a pedazos y eso me produjo una sensación de ruina. Una muchacha francesa estaba impresionada por el aspecto de miseria de la gente. A mí no me pareció particularmente mal vestida. Debe ser porque ya tenía más de un mes de andar por la cortina de hierro. La muchacha estaba experimentando la misma reacción inmediata que yo sufrí en Alemania Oriental.

En el centro de la plaza —un jardín bien cuidado y de muchos colores en torno a una fuente de cemento— se paseaban algunos militares con sus niños. En los balcones de las casas de ladrillos, recién pintadas de colores alegres y primitivos y en la puerta de los almacenes sin vitrinas, la gente tomaba el fresco del atardecer. Un grupo cargado de maletas y sacos con cosas de comer esperaba el turno del único vaso frente a un carrito de refrescos. Había un aire rural, una estrechez provinciana que me impedían sentir la diferencia de 10 horas que me separaba de las aldeas colombianas. Era como la comprobación de que el mundo es más redondo de lo que uno cree y que a sólo 15 000 kilómetros de Bogotá, viajando hacia el oriente, se llega otra vez a los pueblos del Tolima.

El tren soviético llegó a las nueve en punto. Once minutos después —como estaba previsto— el altoparlante de la estación transmitió un himno y el tren arrancó entre una agitación de voces y pañuelos que nos despedían desde los balcones. Son los vagones más confortables de Europa. Cada compartimiento es un camarote íntimo con dos camas, un receptor de radio de un solo botón, una lámpara y un florero sobre la mesita de noche. Hay una sola clase. La mala calidad de las maletas, los bultos con cacharros y víveres, la ropa y el aspecto mismo de pobreza de la gente contrastaban de una manera notable con el lujo y la escrupulosa limpieza de los vagones. Los militares en viaje con sus familias se quitaron las botas y la guerrera y andaban por los corredores en camisilla y pantuflas. Después había de comprobar que los militares soviéticos tienen las mismas costumbres sencillas, domésticas y humanas de los militares checos.

Sólo los trenes de Francia son tan puntuales como los soviéticos. En nuestro compartimiento encontramos un itinerario impreso en tres idiomas

que se cumplió al segundo. Es posible que la organización de los ferrocarriles hubiera sido reajustada para impresionar a los delegados. Pero no es probable. Había cosas más esenciales que impresionaron a los visitantes occidentales y que sin embargo no fueron disimuladas. Entre ellas los receptores de radio con un solo botón: radio Moscú. Los receptores son muy baratos en la Unión Soviética, pero la libertad del auditor está limitada a escuchar radio Moscú o a no utilizar el receptor.

Es comprensible que en la Unión Soviética los trenes no sean sino hoteles ambulantes. La imaginación humana tiene dificultades para concebir la inmensidad de su territorio. El viaje de Chop a Moscú, a través de los infinitos trigales y las pobres aldeas de Ucrania, es uno de los más cortos: 40 horas. De Vladivostok —en la costa del Pacífico— sale los lunes un tren expreso que llega a Moscú el domingo en la noche después de hacer una distancia que es igual a la que hay entre el ecuador y los polos. Cuando en la península de Chukotka son las cinco de la mañana, en el lago de Baikal, Siberia, es la medianoche, mientras en Moscú son todavía las siete de la tarde del día anterior. Esos detalles proporcionan una idea aproximada de ese coloso acostado que es la Unión Soviética con sus 105 idiomas, sus 200.000 000 de habitantes, sus incoñtadas nacionalidades de las cuales una vive en una sola aldea, veinte en la pequeña región de Daguestán y algunas no han sido todavía establecidas y cuya superficie —tres veces los Estados Unidos— ocupa la mitad de Europa, una tercera parte de Asia y constituye en síntesis la sexta parte del mundo, 22.400 000 kilómetros cuadrados sin un solo aviso de Coca-Cola.

Esas dimensiones se sienten desde el momento en que se atraviesa la frontera. Como la tierra no es de propiedad privada no hay cercas divisorias: la producción de alambre de púa no figura en las estadísticas. Uno tiene la sensación de estar viajando hacia un horizonte inalcanzable, en un mundo diferente donde las cosas no están hechas a la medida humana, donde hay que cambiar por completo el sentido de las proporciones para tratar de entender el país. Uno se instala a vivir en los trenes. La única manera de viajar sin experimentar el vértigo de la distancia, la desesperación de un tiempo vacío que puede conducir al suicidio, la única posición razonable es la posición horizontal. En las ciudades más importantes hay una ambulancia en la estación. Un equipo, de un médico y dos enfermeras sube a los trenes a atender a los enfermos. Quienes presentan síntomas de enfermedades contagiosas son hospitalizados en el acto. Hay que desinfectar el tren para que no se desencadene la peste.

En la noche fuimos despertados por un insoportable olor de podredumbre. Tratamos de penetrar la oscuridad y averiguar el origen de ese tufo indefinible pero no había una remota lucecita en la noche inconmensurable de la Ucrania. Yo pensé que Malaparte sintió ese olor y le dio una explicación criminal que ahora es un capítulo famoso de su obra. Más tarde los mismos soviéticos nos hablaron de esos olores pero nadie pudo explicarnos su origen.

A la mañana siguiente todavía no habíamos acabado de atravesar la Ucrania. En las aldeas adornadas con motivos de amistad universal los campesinos salían a saludar el tren. En las plazas floreadas, en lugar de monumentos a los hombres públicos, había estatuas simbólicas del trabajo, la amistad y la buena salud, hechas con la burda concepción staliniana del realismo socialista: figuras humanas de tamaño humano pintadas con colores demasiado realistas para ser reales. Era evidente que aquellas estatuas habían sido repintadas hace poco. Las aldeas parecían alegres y limpias, pero las casas dispersas en el campo, con sus molinos de agua, sus carretas volcadas en el corral con gallinas y cerdos —de acuerdo con la literatura clásica— eran pobres y tristes, con paredes de barro y techo de paja.

Es admirable la fidelidad con que la literatura y el cine rusos han recreado esa visión fugaz de la vida que pasa por la ventanilla de un tren. Las mujeres maduras, saludables, masculinas —pañuelos rojos en la cabeza y botas altas hasta las rodillas— trabajaban la tierra en competencia con sus hombres. Al paso del tren saludaban con sus instrumentos de labranza y nos lanzaban sus gritos de adiós: " ¡Daschvidañia! ". Era el mismo grito de los niños trepados en las carretas de heno, grandes, despaciosas, tiradas por percherones titánicos con la cabeza adornada de flores.

En las estaciones se paseaban hombres en pijamas de colores vivos, de muy buena calidad. Yo creí en un principio que eran nuestros compañeros de viaje que descendían a estirar las piernas. Después me di cuenta de que eran los habitantes de las ciudades que venían a recibir el tren. Andaban por la calle en pijama, a cualquier hora, con un aire natural. Me dijeron que ésa es una costumbre tradicional en el verano. El estado no explica por qué la calidad de las pijamas es superior a la de la ropa ordinaria.

En el vagón restaurante hicimos nuestro primer almuerzo soviético, enredado en salsas fuertes, de muchos colores. En el festival —donde había caviar desde el desayuno— los servicios médicos tuvieron que instruir alas delegaciones occidentales para que no dejaran el hígado hundido en esas salsas. Las comidas —y esto aterraba a los franceses— se acompañan con agua o con leche. Como no hay postres —porque todo el ingenio de la

pastelería se ha aplicado a la arquitectura— uno tenía la impresión de que el almuerzo no se acababa nunca. Los soviéticos no toman café —que es muy malo— y cierran la comida con un vaso de té. También lo toman a cualquier hora. En los buenos hoteles de Moscú se sirve un té chino de una calidad poética, tan delicadamente aromado que dan ganas de echárselo en la cabeza. Un funcionario del vagón restaurante utilizó un diccionario de inglés para decirnos que el té es una tradición rusa que no tiene sino 200 años.

En una mesa vecina se hablaba en perfecto español con acento castellano. Era uno de los 32 000 niños, huérfanos de la guerra española, asilados en 1937 por la Unión Soviética. La mayoría de ellos, casados y con hijos, son ahora profesionales al servicio del estado soviético. Pueden escoger entre las dos nacionalidades. Una muchacha —que llegó de 6 años— es juez de instrucción en Moscú. Hace 2 años más de 3000 regresaron a España. Han tenido dificultades de adaptación. Los obreros especializados —que en la Unión Soviética tienen los sueldos más altos— no encuentran la manera de acomodarse al sistema de trabajo español. Algunos han tenido complicaciones políticas. Ahora están regresando a la Unión Soviética.

Nuestro compañero de viaje venía de Madrid con su mujer —rusa— y su hija de siete años, que como él, hablaba perfectamente los dos idiomas. Llevaba el propósito de quedarse definitivamente. Aunque conserva la nacionalidad española y habla de España, de lo eterno español —¡vamos!—, con más exaltación patrioter y más palabrotas que un español corriente, no entiende cómo se puede vivir bajo el régimen de Franco. Entendía, sin embargo, que se hubiera podido vivir bajo el régimen de Stalin.

Muchas de sus informaciones nos fueron confirmadas después en Moscú por otros españoles del mismo origen. Fueron educados en español hasta el sexto grado para que no olvidaran el idioma. Recibieron lecciones especiales de civilización española y se les infundió el fervor patriótico que todos manifiestan con el mismo entusiasmo. A ellos se debe en parte que el español sea la lengua extranjera más hablada en Moscú. Nosotros los encontrábamos revueltos con la multitud. Se acercaban a los grupos que hablaban español. En general decían estar satisfechos con su suerte. Pero no todos se referían al régimen soviético con la misma convicción. Se les preguntaba por qué habían regresado a España y algunos respondían sin mucha seguridad pero muy a la española: «Es el llamado de la sangre». Otros admitían que era simple curiosidad. Los más comunicativos aprovechaban el menor indicio de confianza para evocar con inquietud la época de Stalin. Me pareció que estaban de acuerdo en que las cosas habían cambiado en los últimos años.

Uno de ellos nos reveló que había estado cinco años en prisión porque fue descubierto cuando trataba de fugarse de la Unión Soviética metido en un baúl.

En Kiev nos hicieron una recepción tumultuosa, con himnos, flores y banderas, y muy pocas palabras de idiomas occidentales calentadas en 15 días. Nos hicimos entender para que nos indicaran dónde podíamos comprar una limonada. Fue como una varita mágica: por todas partes nos cayeron limonadas, cigarrillos, chocolates, revueltos con insignias del festival y libretas de autógrafos. Lo más admirable de ese indescriptible entusiasmo era que los primeros delegados habían pasado 15 días antes. En las dos semanas que precedieron a nuestra llegada pasó por Kiev un tren con delegados occidentales cada dos horas. La multitud no daba señales de agotamiento. Cuando el tren arrancó habíamos perdido varios botones de la camisa y tuvimos dificultades para entrar al compartimiento a causa de la cantidad de flores que habían tirado por la ventanilla. Aquello era como haber penetrado en una nación de locos que inclusive para el entusiasmo y la generosidad habían perdido el sentido de las proporciones.

Yo conocí un delegado alemán que en una estación de Ucrania hizo el elogio de una bicicleta rusa. Las bicicletas son muy escasas y costosas en la Unión Soviética. La propietaria de la bicicleta elogiada —una muchacha— le dijo al alemán que se la regalaba. Él se opuso. Cuando el tren arrancó, la muchacha ayudada por la multitud tiró la bicicleta dentro del vagón e involuntariamente le rompió la cabeza al delegado. En Moscú había un espectáculo que se volvió familiar en el festival: un alemán con la cabeza vendada paseando en bicicleta por la ciudad.

Había que ser muy discreto para que los soviéticos no se quedaran sin nada a fuerza de hacer regalos. Lo regalaban todo. Cosas de valor o cosas inservibles. En una aldea de Ucrania una vieja mujer se abrió paso entre la multitud y me regaló un pedazo de peinilla. Era el gusto de regalar por el puro gusto de regalar. Uno se detenía a comprar un helado en Moscú y tenía que comerse veinte, con galletas y bombones. Era imposible pagar una cuenta en un establecimiento público: ya habían pagado los vecinos de mesa. Un hombre detuvo a Franco una noche, le estrechó la mano y le dejó en ella una valiosa moneda del tiempo de los zares. Ni siquiera se detuvo a esperar las gracias. En un tumulto a la puerta de un teatro una muchacha que no volvió a ser vista jamás le metió a un delegado un billete de 25 rublos en el bolsillo de la camisa. Yo no creo que esa desmedida generosidad multitudinaria obedeciera a una orden para impresionar a los delegados. Pero en el caso

improbable de que así hubiera sido, el gobierno soviético debe estar orgulloso de la disciplina y la lealtad de su pueblo.

En las aldeas de Ucrania había mercados de frutas: un largo mostrador de madera atendido por mujeres vestidas de blanco, con pañuelos blancos en la cabeza, que ofrecían su mercancía con gritos acompasados y alegres. Yo creí que eran cuadros folclóricos por cuenta del festival. Al atardecer el tren se detuvo en una de esas aldeas y descendimos a estirar las piernas aprovechando que no había grupos de recepción. Un muchacho que se acercó a pedirnos una moneda de nuestro país pero que se conformó con el último botón de nuestras camisas, nos invitó al mercado de frutas. Nos detuvimos frente a una de las mujeres sin que las otras interrumpieran su pregón bullicioso e ininteligible. Se acompañaban con las palmas de las manos. El muchacho nos explicó que eran las vendedoras de las granjas colectivas. Subrayó con un legítimo orgullo pero también con una intención política demasiado evidente que aquellas mujeres no se hacían la competencia porque la mercancía era de propiedad colectiva. Por ver qué pasaba yo le dije que en Colombia era lo mismo. El muchacho se quedó frío.

La llegada a Moscú estaba anunciada para el día siguiente a las 9:02. Desde las ocho empezamos a atravesar un denso suburbio industrial. La cercanía de Moscú es una cosa que se siente, que palpita, que va creciendo adentro como una desazón. No se sabe cuándo empieza la ciudad. De pronto, en un momento impreciso, uno descubre que se acabaron los árboles, que el color verde se recuerda como una aventura de la imaginación. El interminable aullido del tren penetra por un complicado sistema de cables de alta tensión, de señales de alarmas, de siniestros paredones que trepidan en una conmoción de catástrofe y uno se siente terriblemente lejos de su casa. Después hay una calma mortal. Por una callecita humilde y estrecha pasó un autobús desocupado y una mujer se asomó a una ventana y vio pasar el tren con la boca abierta. En el horizonte, nítido y plano, como la ampliación de una fotografía, allí estaba el palacio de la Universidad.

VIII

MOSCÚ

LA ALDEA MAS GRANDE DEL MUNDO

Moscú —la aldea más grande del mundo— no está hecha a la medida humana. Es agotadora, apabullante, sin árboles. Los edificios son las mismas casitas de los pueblos de Ucrania aumentadas a tamaños heroicos. Es como si a los mismos albañiles les hubieran dado más espacio, más dinero y más tiempo para desarrollar su inquietante sentido de la decoración. En pleno centro se encuentran patios de provincia con ropa colgada a secar en alambres y mujeres que dan de mamar a sus niños. Aun esos vacíos rurales tienen proporciones diferentes. Una modesta casa de tres pisos de Moscú es tan alta como un edificio público de cinco pisos de una ciudad occidental y es sin duda más costosa, más pesada y espectacular. Algunas parecen sencillamente bordadas a máquina. El mármol no ha dejado espacio para el vidrio. No se ve el comercio. Las escasas vitrinas de los almacenes del estado —pobres y escuetas— se pierden en la aplastante arquitectura de pastelería. Por los amplios espacios destinados a los peatones circula una muchedumbre lenta, arrolladora, como un torrente de lava. Yo experimenté una emoción indefinible —que debía estar destinada a mi primer desembarco en la luna— cuando el automóvil que me condujo al hotel se aventuró por la infinita perspectiva de la avenida Gorki. Pensé que se necesitaban por lo menos 20 millones de personas para llenar a Moscú. El intérprete me confirmó modestamente que sólo tiene 5 millones y que su problema más grave es la escasez de viviendas.

No hay calles modestas. Hay un solo sistema de avenidas que convergen al centro geográfico, político y sentimental de la ciudad: la Plaza Roja. El tránsito —sin bicicletas— es abigarrado y alucinante. El nuevísimo Cadillac del embajador del Uruguay —el del embajador de U. S. A. es un modelo antiguo— contrasta con los automóviles rusos de colores neutros, copiados de los modelos americanos de postguerra, que los soviéticos conducen como si

fueran carretas de caballos. Debe ser la tradición de la troika. Ruedan apelotonados a un lado de la avenida, dando saltos y a grandes velocidades, de la periferia al centro de la ciudad. De pronto se detienen, dan la vuelta alrededor de un semáforo y se lanzan desbocadas por el otro lado de la avenida, en sentido contrario. Es indispensable llegar al centro para incorporarse a la circulación radial. Sólo cuando nos explicaron la organización del tránsito comprendimos por qué se necesitaba una hora para llegar a cualquier parte. A veces hay que recorrer un kilómetro para pasar en automóvil a la acera de enfrente.

La multitud —la más densa de Europa— no parece alarmada por la desproporción de las medidas. En la estación del ferrocarril encontramos una muchedumbre de moscovitas que seguían viviendo su vida a pesar del festival. Estaban atascados detrás de una barrera mientras se abrían las plataformas para subir a un tren y esperaban con una especie de inconciencia lerda, con los puros instintos, como espera el ganado. La desaparición de las clases es una evidencia impresionante. La gente es toda igual, en el mismo nivel, vestida con ropa vieja y mal cortada y con zapatos de pacotilla. No se apresuran ni atropellan y parecen tomarse todo su tiempo para vivir. Es la misma multitud bobalicona, buenota y saludable de las aldeas pero aumentada a una cantidad colosal. «Desde cuando llegué a Moscú —me decía un delegado inglés— tengo la impresión de estar detrás de una lupa». Sólo cuando se conversa con los moscovitas, cuando se les individualiza, uno descubre que aquella multitud pastosa está formada por hombres, mujeres y niños que no tienen nada de común y corriente.

Los retratos de tamaño heroico no son una invención de Stalin. Es algo que viene de muy lejos en la psicología de los rusos: el instinto del volumen y la cantidad. A Moscú llegaron —entre extranjeros y turistas nacionales— 92 000 personas en una semana. Los trenes que movilizaron esa enorme muchedumbre no sufrieron un contratiempo. Los 14 000 intérpretes estuvieron en el momento preciso en el lugar preciso con instrucciones concretas para evitar la confusión. Cada extranjero tuvo la certidumbre de que se le había reservado una recepción particular. No hubo inconvenientes de abastecimiento, servicios médicos, transporte urbano y espectáculos. Ningún delegado recibió una consigna individual. Parecía que cada cual actuaba por su cuenta, sin límites ni control y sin saberlo cada cual formaba parte de un delicado sistema. Se impuso la ley seca. Cada delegación disponía de un número proporcional de autobuses: 2300 en total. No hubo congestión ni limitaciones del transporte ordinario. Los delegados tenían además una

credencial con su nombre transcrito fonéticamente en ruso, su nacionalidad y su dirección en Moscú, con la cual podían viajar gratis en cualquier vehículo de servicio. A nadie se le señaló una hora para dormir. Pero a la medianoche en punto se cerraban los establecimientos. A la una se suspendían los transportes y Moscú se convertía en una ciudad desierta.

Yo tuve la suerte de ver lo que sucedía después de esa hora. Una noche perdí el último metro. Nuestro hotel estaba situado a 45 minutos de la Plaza Roja, en autobús. Me dirigí a una muchacha que andaba por ahí —con un montón de tortuguitas de material plástico, en Moscú, a las 2 de la madrugada— y ella me indicó que tomara un taxi. Le hice ver que sólo tenía dinero francés y que a esa hora no valía la carta del festival. Ella me dio 50 rublos, me indicó donde podía encontrar un taxi, me dejó de recuerdo una tortugueta de material plástico y no la volví a ver jamás. Esperé un taxi durante dos horas en una ciudad que parecía desangrarse. Por último encontré un permanente de policía. Mostré mi credencial y me hicieron señas de sentarme en una hilera de bancas donde cabeceaban varios rusos bobos de la borrachera. El agente conservó la credencial. Un momento después nos subieron en una radiopatrulla que repartió durante dos horas, por todos los rincones de Moscú, a los borrachos concentrados en el permanente. Llamaban a la puerta de las casas. Sólo cuando salía una persona responsable le entregaban al borracho. Yo estaba profundamente dormido cuando oí una voz que me llamó por mi nombre, perfecto y familiar, como lo pronuncian mis amigos. Era el agente de la policía. Me devolvió la credencial —donde estaba mi nombre transcrito fonéticamente en ruso— y me indicó que estábamos en el hotel. Yo le dije: «Spat-siva». Él se llevó la mano al kepis, se puso firme y me respondió en seco: «Proyauslta».

Había un orden perfecto dirigido por una autoridad invisible. El estadio tiene capacidad para 120 000 personas. La noche de la clausura del festival los delegados en masa asistieron a un espectáculo de una hora. Durante el día la multitud callejera regaló globos de colores. Los delegados se paseaban encantados con sus globos y como la clausura tuvo lugar antes de la comida se fueron con ellos al estadio. Las graderías empezaron a llenarse a las siete, el espectáculo empezó a las ocho y a las diez el estadio estaba otra vez vacío y cerrado. No hubo un segundo de confusión. Los intérpretes se abrían paso a través de la multitud abigarrada, de una disciplina ejemplar, sin cordones de policía y decían a los delegados: «Por aquí». Los delegados seguían por allí con sus globos de colores. El espectáculo estuvo a cargo de 3000 gimnastas. Al final, una banda de 400 músicos tocó el himno de la juventud y desde las

graderías de las delegaciones soviéticas empezaron a soltar los globos. Todo el estadio hizo lo mismo. El cielo de Moscú, iluminado con reflectores antiaéreos desde los cuatro extremos de la ciudad, se llenó de globos de colores. Más tarde supimos que aquel hermoso espectáculo —que nosotros mismo habíamos hecho sin saberlo— estaba previsto en el programa.

Ese sentido de lo colosal, de la organización multitudinaria, parece ser un aspecto importante de la psicología soviética. Uno termina por acostumbrarse a la cantidad. Los fuegos artificiales en una fiesta de 11 000 invitados en los jardines del Kremlin duraron dos horas. Las explosiones hacían temblar la tierra. No llovió: las nubes habían sido previamente bombardeadas. La cola frente al Mausoleo —donde se conservan los cadáveres de Lenin y Stalin— tiene dos kilómetros cuando se abren las puertas a la una de la tarde. El movimiento es continuo: nadie puede detenerse frente a las urnas. A las cuatro se cierran las puertas y la cola tiene todavía 2 kilómetros. Inclusive en invierno, bajo la borrasca de nieve, la cola frente al Mausoleo tiene 2 kilómetros. No es más larga porque lo impide la policía.

En un país así es inconcebible el teatro de cámara. La Opera Nacional representó «El Príncipe Igor» en el teatro Bolchoi, tres veces al día durante una semana y en cada función intervinieron 600 actores diferentes. Ningún actor soviético puede representar más de una vez al día. En una escena participa todo el conjunto y además media docena de caballos de carne y hueso. Ese espectáculo monumental —que dura 4 horas— no puede salir de la Unión Soviética. Sólo para transportar los decorados se necesitan 60 vagones de ferrocarril.

En cambio los soviéticos se enredan en los problemas pequeños. Las pocas veces que nosotros nos incorporamos al gigantesco mecanismo del festival vimos una Unión Soviética en su ambiente: emocionante y colosal. Pero cuando andábamos como ovejas descarriadas, metiéndonos en la vida ajena, encontrábamos una Unión Soviética atascada en minúsculos problemas burocráticos, aturdida, perpleja, con un terrible complejo de inferioridad frente a los Estados Unidos. Las circunstancias de nuestra llegada nos permitieron empezar por allí. Nadie nos esperaba porque llevábamos casi una semana de retraso. Una mujer que parecía estar en la estación por casualidad y que hablaba el francés corrientemente nos condujo a una sala de espera. Allí había otras ovejas descarriadas: tres africanos negros. Varios hombres despelucados hicieron muchas llamadas telefónicas sin resultado aparente. Yo tenía la impresión de que en la central de teléfonos había un nudo de líneas que nadie podía desenredar. Por último uno de los hombres nos indicó en un

inglés aproximativo que nos separáramos por idiomas. Franco se hizo conmigo para que nos llevaran al mismo hotel.

Micha —nuestro intérprete inolvidable— llegó un cuarto de hora después con una camisa ucraniana, un mechón rubio entre los ojos y un cigarrillo aromático sostenido entre los dientes. Esa manera de fumar le permitía mostrar su espléndida sonrisa sin soltar el cigarrillo. Me dijo algo que no entendí. Yo creí que estaba hablando ruso y le pregunté si hablaba francés. Él hizo un esfuerzo de concentración para decirnos, en español, que era intérprete de español.

Más tarde Micha nos contó muerto de risa cómo aprendió el español en seis meses. Era un matarife de 30 años. Estudió nuestro idioma con el objeto de participar en el festival. El día de nuestra llegada todavía se le empastelaba la lengua y confundía sistemáticamente el verbo «despertar» con el verbo «amanecer» pero sabía de América del Sur mucho más que un suramericano corriente. Durante nuestra permanencia hizo progresos alarmantes. En la actualidad es el único especialista soviético en la jerga de los chóferes de Barranquilla.

La circunstancia de haber estado en Moscú en un momento excepcional fue sin duda un obstáculo para el conocimiento de la realidad. Yo sigo creyendo que la gente había sido preparada con consignas muy precisas. Los mocovitas —de una espontaneidad admirable— manifestaban una resistencia sospechosa cuando se insistía en visitar su casa. Muchos cedían: el hecho es que ellos creen que viven muy bien y en realidad viven mal. El gobierno debió prepararlos para que los extranjeros no viéramos el interior de las casas. En el fondo muchas de las consignas debían ser tan insignificantes y académicas como ésa.

Había en cambio una extraordinaria ventaja: el festival fue un circo que se le montó al pueblo soviético, desconectado del mundo durante 40 años. La gente tenía deseos de ver, de tocar un extranjero para saber que estaba hecho de carne y hueso. Nosotros encontramos muchos soviéticos que no habían visto un extranjero en su vida. A Moscú vinieron curiosos de todos los rincones de la Unión Soviética. Aprendieron los idiomas al galope para hablar con nosotros y nos dieron así la oportunidad de viajar por todo el país sin movernos de la Plaza Roja. Otra ventaja era que en la confusión del festival, donde el control policivo individual era materialmente imposible, los soviéticos debieron hablar con mayor libertad.

Yo debo admitir honestamente que en aquel barullo de 15 días, sin hablar ruso, no pude sacar en claro nada definitivo. Pero en cambio creo haberme

dado cuenta de muchas cosas fragmentarias, inmediatas, superficiales, que de todos modos tienen más importancia que el hecho cuadrado de no haber estado en Moscú. Tengo la manía profesional de interesarme por la gente. Y creo que en ninguna parte puede verse gente más interesante que en la Unión Soviética. Un muchacho de Mursmansk, que tal vez había ahorrado un año para hacer el viaje de cinco días en tren, nos detenía en la calle y preguntaba:

—*Do you speak english?*

Era lo único que sabía de inglés. Pero nos agarraba por la camisa y nos seguía hablando en un ruso desesperado. A veces aparecía un intérprete providencial. Entonces se iniciaba un diálogo de muchas horas con una multitud ansiosa de que le contáramos el mundo. Yo refería historias sencillas de la vida colombiana y la perplejidad del auditorio me hacía creer que eran historias maravillosas.

La sencillez, la bondad, la franqueza de la gente que andaba por la calle con los zapatos rotos no podía ser una consigna de festival. Yo pregunté muchas veces, con una crudeza deliberada, nada más para ver qué ocurría: «¿Es cierto que Stalin era un criminal?». Ellos respondían imperturbables con pedazos del informe Krutchev. No hubo un solo indicio de agresividad. Por el contrario siempre encontré la intención deliberada de que nos lleváramos un recuerdo grato del país. Eso es lo único que me permite pensar que los soviéticos —de una manera general— son leales a su gobierno. No era una multitud cargante. No se apresuraban a decirnos las cosas. Nos miraban pasar con su timidez aldeana, con su parsimonia de ganso, sin atreverse a perturbarnos. Cuando uno tenía deseos de conversar le decía a la multitud, sin dirigirse a nadie en particular: «Drushva. —Es decir—: Amistad». Entonces nos asaltaban con insignias y monedas a cambio de autógrafos y direcciones. Es un pueblo que está desesperado por tener amigos. Nosotros preguntábamos cuál es la diferencia entre el presente y el pasado. Una respuesta se repetía con notable frecuencia: «Que ahora tenemos muchos amigos». Ellos quieren tener más. Desean escribirse, privadamente, hablando de cosas de la gente, con gente de todo el mundo. Yo tengo aquí en el escritorio un montón de cartas de Moscú, que ni siquiera puedo entender, enviadas por esa multitud anónima a quien íbamos dejando la dirección por salir del paso. Sólo ahora me doy cuenta de nuestra irresponsabilidad. Era imposible controlar las direcciones. Si un delegado se detenía frente a la catedral de San Basilio, a firmar autógrafos, media hora después la multitud de curiosos no cabía en la Plaza Roja. No es una exageración: en Moscú, donde las cosas aplastan por

sus dimensiones colosales, la Plaza Roja —el corazón de la ciudad— desilusiona por su pequeñez.

Al poco tiempo de estar en Moscú un turista honesto se da cuenta de que se necesita un sistema de pesas y medidas diferente al nuestro para valorar la realidad. Nosotros tenemos nociones elementales que a los soviéticos no les caben en la cabeza. Y al contrario. Un grupo de curiosos que me detuvo una noche frente al parque Gorki, me permitió darme cuenta de eso, tres días después de estar en Moscú. Una muchacha —estudiante del Instituto de Idiomas de Leningrado— me propuso en perfecto español —y esto quiere decir que no cometió un solo error en una discusión de tres horas—: «Nosotros le respondemos lo que usted quiera a condición de que nos responda con la misma franqueza». Acepté. Ella me preguntó que me disgustaba de la Unión Soviética. A mí me estaba dando vueltas en la cabeza la idea de no haber visto perros en Moscú.

—Me parece atroz que se hayan comido todos los perros, dije.

La intérprete se quedó perpleja. La traducción de mi respuesta ocasionó una ligera conmoción. Conversaron confusamente en ruso. Luego una voz femenina, en el fondo, gritó en español: «Ésa es una calumnia de la prensa capitalista». Yo expliqué que era una comprobación personal. Ellos negaron seriamente que se los hubieran comido pero admitieron que había muy pocos perros en Moscú.

Cuando me correspondió el turno de preguntar recordé que el profesor Andrés Toupolev, inventor de los turbo-reactores soviéticos TU-104, es un multimillonario que no sabe qué hacer con la plata. No puede invertirla en la industria ni comprar casas para alquilar. Cuando muera, sus baúles atestados de rublos muertos volverán al estado. Pregunté:

—¿Un hombre puede tener cinco apartamentos en Moscú?

—Naturalmente, —me respondieron—. Pero ¿cómo diablos puede hacer un hombre para vivir en cinco apartamentos a la vez?

—Los soviéticos —que han viajado mucho por los mapas y se saben de memoria la geografía universal— están increíblemente mal informados de la actualidad periodística. Así como los aparatos de radio no tienen sino un solo botón, los periódicos —que son de propiedad del estado— tienen una sola onda: «Pravda». El sentido de la noticia es rudimentario: sólo se publican los acontecimientos extranjeros muy importantes y en todo caso orientados y comentados. No se venden revistas ni periódicos del exterior, salvo algunos de los partidos comunistas europeos. Es indefinible la sensación que produce hacer un chiste sobre Marilyn Monroe y que la concurrencia se quede en las

nubes. Yo no encontré un soviético que supiera quien es Marilyn Monroe. En cierta ocasión vi un kiosco empapelado con la «Pravda» y en primera página un titular a ocho columnas. Pensé que había estallado la guerra. El título decía: «Texto completo del informe sobre la agricultura».

Es natural que inclusive los periodistas se formen un embrollo en la cabeza cuando les explico nuestro sentido de la actualidad periodística. Un grupo de empleados que vino a la puerta de nuestro hotel con un intérprete me preguntó cómo funciona un periódico en Occidente. Yo les expliqué. Cuando se dieron cuenta de que había un propietario de por medio hicieron comentarios de incredulidad.

—En todo caso —dijeron— debe ser un señor muy raro.

Me explicaron su pensamiento: «Pravda» le cuesta al estado mucho más de lo que produce. Yo repliqué que en occidente es lo mismo pero que las pérdidas se compensan con los anuncios. Hice dibujos, cuentas y ejemplos, pero ellos no entendieron la noción de avisos de publicidad. En la Unión Soviética no existen porque no hay producción privada ni competencia. Los llevé a la pieza del hotel y les mostré un periódico con anuncios. Había dos avisos de dos diferentes marcas de camisas.

—Estas dos empresas fabrican camisas, expliqué. Ambos dicen al público que sus camisas son mejores.

—¿Y la gente qué hace?

Yo traté de explicar cómo influye la publicidad en el público. Ellos escucharon con mucha atención. Luego uno preguntó: «¿Y cuando la gente sabe cuáles son las mejores camisas por qué permiten que él otro siga diciendo que las tuyas son las mejores?». —Yo expliqué que el anunciante tenía derecho a hacer su publicidad—. Además —dije— hay gente que sigue comprando las otras camisas».

—¿Aunque sepan que no son las mejores?

—Probablemente, admití.

Ellos contemplaron los avisos largo rato. Me di cuenta de que estaban discutiendo sus primeros conocimientos de la publicidad. De pronto —nunca pude saber por qué— se sentaron a torcerse de risa.

IX

EN EL MAUSOLEO DE LA PLAZA ROJA STALIN DUERME SIN REMORDIMIENTOS

Los chóferes del festival tenían orden de no moverse sin los intérpretes. Después de buscar inútilmente a los nuestros tratamos una noche de convencer por señas al chófer de que nos llevara al teatro Gorki. Él se limitó a mover su cabezota de mulo y a decir: «Pirivoschji. —Es decir—: Intérprete». Una mujer —que ametrallaba cinco idiomas a la perfección— nos saco del apuro: convenció al chófer de que la aceptara como intérprete. Ella fue el primer soviético que nos hablo de Stalin.

Tenía 60 años y un inquietante parecido físico con Jean Cocteau. Estaba empolvada y vestida como Cucarachita Martínez: abrigo muy ajustado, con cuello de zorro, y un sombrero de plumas oloroso a bolas de naftalina. Una vez instalada en el autobús se inclinó hacia la ventanilla y nos mostró la interminable cerca metálica de la Exposición Agrícola: un perímetro de 20 kilómetros.

—Este hermoso trabajo se lo debemos a ustedes, dijo. Lo hicieron para lucirse con los extranjeros.

Ésa era su manera de hablar. Nos reveló que era decoradora de teatro. Consideraba que la construcción del socialismo era un fracaso en la Unión Soviética. Admitió que los nuevos gobernantes son buenos, capaces y humanos, pero que se pasarían la vida corrigiendo los errores del pasado. Franco le preguntó quién era el responsable de esos errores. Ella se inclinó hacia nosotros con una sonrisa de beatitud y nos dijo:

—*Le moustachu.*

En español: «El bigotudo». Toda la noche estuvo hablando de Stalin con ese apodo, sin nombrarlo una sola vez, sin la menor consideración, sin reconocerle ningún mérito. Según ella la prueba definitiva contra Stalin era el festival: en su época no habría podido hacerse. La gente no habría salido de su casa. La temible policía de Beria habría fusilado en la calle a los delegados.

Aseguro que si Stalin estuviera vivo ya habría estallado la tercera guerra. Nos habló de crímenes espantosos, de procesos acomodados, de ejecuciones en masa. Aseguro que Stalin era la figura más sanguinaria, siniestra y ambiciosa de la historia de Rusia. Yo nunca había escuchado relatos aterradores expresados con tanto candor.

Era difícil situar su posición política. Consideraba que los Estados Unidos son el único país libre del mundo pero que ella sólo podía vivir en la Unión Soviética. Durante la guerra conoció muchos soldados americanos. Pensaba que son unos muchachos inocentes, saludables, pero de una ignorancia pavimentada. No era anticomunista: estaba feliz de que la China hubiera entendido el marxismo. Pero acusaba a Mao Tse Tung de haber influido para que Krutchev no demoliera por completo el mito de Stalin.

Nos habló de sus amigos del pasado. La mayor parte —gente de teatro, escritores, artistas honestos— habían sido fusilados por Stalin. Cuando llegamos frente al teatro Gorki —un pequeño teatro de una reputación muy antigua— nuestra confidente ocasional lo contempló con una expresión radiante. «A éste le decimos el Teatro de las Patatas, —dijo, con una sonrisa plácida—. Sus mejores actores están bajo tierra».

No tengo ninguna razón para creer que aquella mujer estaba loca, salvo el hecho lamentable de que lo parecía. Es verdad que ella vive en un medio desde donde se ven las cosas con mayor claridad. Parece cierto que el pueblo no sufrió el régimen de Stalin cuya represión sólo se ejerció entre las esferas dirigentes. Pero no puedo tomar ese testimonio, —expresado con muy poca seriedad— como una síntesis de la personalidad de Stalin, porque no pude encontrar otros que siquiera se le aproximaran. Los soviéticos son un poco histéricos cuando expresan sus sentimientos. Se alegran con saltos de Cosacos, se quitan la camisa para regalarla y lloran a lágrima viva para despedir a un amigo. Pero en cambio son extraordinariamente cautelosos y discretos cuando hablan de política. En ese terreno es inútil conversar con ellos para encontrar algo nuevo: las respuestas están publicadas. No hacen sino repetir los argumentos de «Pravda». Los materiales del XX congreso —que según la prensa occidental eran una documentación secreta— fueron estudiados y criticados por la nación entera. Ésa es una característica del pueblo soviético: su información política. La escasez de noticias internacionales está compensada por un asombroso conocimiento general de la situación interna. Aparte de nuestra atolondrada intérprete ocasional no encontramos nadie que se pronunciara rotundamente contra Stalin. Es evidente que hay un mito del corazón que frena la cabeza de los soviéticos.

Parecen decir: «Con todo lo que se tenga contra él, Stalin es Stalin. Punto». El retiro de sus retratos se está haciendo de una manera muy discreta sin sustituirlos por retratos de Krutchev. Sólo queda Lenin, cuya memoria es sagrada. Uno tiene la sensación física de que puede permitirse contra Stalin la actitud que quiera, pero que Lenin es intocable.

Yo hablé de Stalin con mucha gente. Me parece que se expresan con mucha libertad procurando que se salve el mito detrás de un análisis complejo. Pero todos nuestros interlocutores de Moscú, sin excepción, nos dijeron: «Ahora las cosas han cambiado». A un profesor de música de Leningrado que encontramos al azar le preguntamos cuál era la diferencia entre el presente y el pasado. Él no vaciló un segundo: «La diferencia es que ahora creemos». Ése es el cargo más interesante que escuché contra Stalin.

Los libros de Franz Kafka no se encuentran en la Unión Soviética. Se dice que es el apóstol de una metafísica perniciosa. Es posible sin embargo que hubiera sido el mejor biógrafo de Stalin. Los dos kilómetros de seres humanos que hacen cola frente al Mausoleo van a ver por la primera vez el cadáver de un hombre que reglamentó personalmente hasta la moral privada de la nación y que pocos vieron jamás en vida. Ninguna de las personas con quienes hablamos en Moscú recuerda haberlo visto. Sus dos apariciones anuales en los balcones del Kremlin tenían por testigos los altos jerarcas soviéticos, los diplomáticos y algunas unidades de élite de las fuerzas armadas. El pueblo no tenía acceso a la Plaza Roja durante la manifestación. Stalin sólo abandonaba el Kremlin para pasar vacaciones en Crimea. Un ingeniero que participó en la construcción de las represas del Dnieper nos aseguró que en cierto momento —en la cúspide de la gloria staliniana— se puso en duda su existencia.

No se movía una hoja del árbol sin la voluntad de ese poder invisible. En su calidad de secretario general del partido comunista, jefe del consejo de gobierno y comandante supremo de las fuerzas armadas, concentró en sus manos una cantidad de poder difícil de imaginar. No volvió a convocar el congreso del partido. En virtud de la centralización que él mismo impuso al sistema administrativo concentró en su cerebro hasta los resortes más sutiles de la nación. Durante 15 años no pasó un día sin que los periódicos mencionaran su nombre.

No tenía edad. Cuando murió había pasado de los 60 años, tenía la cabeza completamente blanca y empezaban a revelarse los síntomas del agotamiento físico. Pero en la imaginación del pueblo Stalin tenía la edad de sus retratos. Ellos impusieron una presencia intemporal hasta en las remotas aldeas de la tundra. Su nombre estaba en todas partes: en las avenidas de Moscú y en la

humilde oficina de telégrafos de Cheliuskin, una aldea situada más allá del círculo polar. Su imagen estaba en los edificios públicos, en las habitaciones privadas, en los rublos, en los sellos de correo y aún en las envolturas de las cosas de comer. Su estatua de Stalingrado tiene 70 metros de altura y medio metro de diámetro cada botón de su guerrera.

Lo mejor que se puede decir a su favor está esencialmente ligado a lo peor que se puede decir en contra suya: no hay nada en la Unión Soviética que no haya sido hecho por Stalin. Desde su muerte no se ha hecho otra cosa que tratar de desembrollar su sistema. Él controló personalmente las construcciones, la política, la administración, la moral privada, el arte, la lingüística, sin moverse de su oficina. Para asegurar el control absoluto de la producción centralizó la dirección de la industria en Moscú con un sistema de ministerios que a su vez estaban centralizados en su gabinete del Kremlin. Si una fábrica de Siberia necesitaba un repuesto producido por otra fábrica situada en la misma calle, tenía que hacer el pedido a Moscú a través de un laborioso engranaje burocrático. La fábrica que producía los repuestos tenía que repetir los trámites para efectuar los despachos. Algunos pedidos no llegaron jamás. La tarde en que me explicaron en Moscú en que consistía el sistema de Stalin yo no encontré un detalle que no tuviera un antecedente en la obra de Kafka. (Una revista de Alemania Oriental acaba de publicar las cartas de Franz Kafka —empleado de una compañía de seguros— a sus patrones. La misma publicación anuncia una carta inédita en la cual Kafka asume la defensa de los trabajadores frente a «los tiburones de los seguros»).

Al día siguiente de su muerte empezó a fallar el sistema. Mientras un ministerio estudiaba la manera de incrementar la producción de papa —pues tenía informes de que no era satisfactoria— otro ministerio estudiaba la manera de producir derivados de papa, pues tenía informes de que había superproducción. Ése es el nudo burocrático que Krutchev está tratando de desembrollar. Es posible que contra el Stalin mítico y omnipotente él represente para el pueblo soviético un retorno a la realidad de carne y hueso. Pero yo tengo la impresión personal de que en Moscú la gente no atribuye a Krutchev tanta importancia como la prensa occidental. El pueblo soviético —que en 40 años hizo la revolución, la guerra, la reconstrucción y el satélite artificial— se siente con derecho a un nivel de vida mejor. Cualquiera que lo hubiera prometido habría tenido su apoyo. Krutchev lo hizo. Supongo que se le tiene confianza porque es un hombre aterrizado. Él no gobierna con retratos. Se presenta a las granjas colectivas, verde de vodka y apuesta con los campesinos a que es capaz de ordeñar una vaca. Y la ordeña. Sus discursos —

con más sentido común que especulaciones doctrinarias— están expresados en un ruso plano y populachero. Para cumplir su promesa Krutchev necesita primero hacer dos cosas: el desarme internacional —que descargue el presupuesto de guerra en favor de artículos de consumo— y la descentralización administrativa. Molotov —que compró sus anteojos en los Estados Unidos— se opuso a la descentralización. Yo llegué a Moscú una semana después de su descalificación y me pareció que los soviéticos estaban tan despistados como nosotros en relación con esa medida. Pero el pueblo soviético —con una larga paciencia y una buena madurez política— ya no hace tonterías. De Moscú están saliendo trenes cargados de archivos, funcionarios y material de oficina, ministerios enteros trasladados en bloque hacia los centros industriales de Siberia. Sólo si las cosas mejoran podrá saberse que Krutchev tenía razón contra Molotov. Por lo pronto ya hay en la Unión Soviética un insulto gravísimo: «Burócrata».

«Se necesita que pase mucha historia para saber en realidad quién era Stalin, —me decía un joven escritor soviético—, lo único que yo tengo contra él es que hubiera querido administrar el país más grande y complejo del planeta como si fuera una tienda». Ese mismo informador opinaba que el mal gusto que impera en la Unión Soviética no puede ser desvinculado de la personalidad de Stalin, un aldeano de Georgia perplejo frente a las riquezas del Kremlin. Stalin no vivió nunca fuera de la Unión Soviética. Se murió convencido de que el Metro de Moscú era el más hermoso del mundo. Es eficaz, confortable y muy barato. Es de una extraordinaria limpieza, como lo es todo Moscú: en los almacenes GUM un equipo de mujeres pule durante todo el día los pasamanos, pisos y paredes que ensucia la multitud. Lo mismo ocurre en los hoteles, cines, restaurantes y aun en la calle. Con mayor razón en el Metro que es el tesoro de la ciudad. Con lo que costaron sus corredores, sus mármoles, frisos, espejos, estatuas y capiteles se habría resuelto en parte el problema de la vivienda. Es la apoteosis de lo rastacuero.

En el seminario de arquitectura del festival, arquitectos de todo el mundo discutieron con los responsables de la arquitectura soviética. Uno de ellos —Joltosky— tiene 91 años. El más joven del estado mayor —Abrassinov— tiene 59. Ésos fueron los arquitectos de Stalin. Frente a las críticas occidentales ellos se descargaron con un argumento: la arquitectura monumental corresponde a la tradición rusa. En una intervención particularmente brillante los arquitectos italianos demostraron que la arquitectura de Moscú no está en la línea de la tradición. Es una falsificación, engrandecida y adornada, del neoclasicismo italiano. Joltosky —que estudió y

vivió 30 años en Florencia y que ha vuelto varias veces a recalentar sus ideas — terminó por reconocerlo. Entonces ocurrió algo inesperado: los jóvenes arquitectos soviéticos mostraron sus proyectos rechazados por los responsables de la arquitectura estaliniana. Eran admirables. Desde la muerte de Stalin la arquitectura soviética está recibiendo un soplo de renovación.

Tal vez la falla mayor de Stalin fue su deseo de meterse en todo: hasta en los más recónditos intersticios de la vida privada. Supongo que a eso se debe ese ambiente de mojigatería aldeana que se respira en la Unión Soviética. El amor libre —nacido en los excesos de la revolución— es una leyenda del pasado. De una manera objetiva nada se parece tanto a la moral cristiana como la moral soviética. Las muchachas, en sus relaciones con los hombres tienen las mismas vueltas, los mismos prejuicios, los mismos recovecos psicológicos que son proverbiales en las españolas. Se comprende a simple vista que manejan los asuntos del amor con esa simplicidad conflictiva que los franceses llaman ignorancia. Se preocupan del qué dirán y hacen noviazgos regulares, largos y vigilados.

Nosotros preguntamos a muchos hombres si pueden tener una concubina. La respuesta fue unánime: «Se puede, a condición de que nadie se dé cuenta». El adulterio es una grave causal de divorcio. La unidad familiar está defendida por una legislación férrea. Pero los problemas no tienen tiempo de llegar a los tribunales. La mujer que se sabe engañada denuncia su marido ante un consejo obrero «No sucede nada, —nos decía un carpintero—. Pero los compañeros miran con desprecio al hombre que tiene una querida». Ese mismo obrero nos declaró que si su mujer no hubiera sido virgen no se hubiera casado con ella.

Stalin sentó las bases de una estética que los críticos marxistas —entre ellos el húngaro Georges Lukacs— empiezan a demoler. El director de cine más famoso en los medios especializados —Sergio Eisenstein— es desconocido en la Unión Soviética: Stalin lo acusó de formalista. El primer beso de amor del cine soviético se dio en la película «El 41» producida hace 3 años. De la estética staliniana quedó —inclusive en occidente— una frondosa producción literaria que la juventud soviética no quiere leer. En Leipzig los estudiantes rusos se salen de las clases para leer por la primera vez las novelas francesas. Las muchachas de Moscú —que se volvieron locas con los boleros sentimentales— están devorando las primeras novelitas de amor. Dostoiewski —que Stalin acusó de reaccionario— está siendo editado de nuevo.

En una rueda de prensa con el encargado de las ediciones soviéticas en español pregunto si estaba prohibido escribir novelas de policía. Se me

respondió que no. Se me hizo caer en la cuenta de que en la Unión Soviética no existe un medio delictivo donde se inspiren los autores. «El único gángster que hemos tenido ha sido Beria, —nos dijeron en cierta ocasión—. Ahora ha sido expulsado inclusive de la enciclopedia soviética». Ese juicio contra Beria es general y rotundo. No se admite discusión. Pero sus aventuras no figuraron en la crónica roja. En cambio la literatura de anticipación —que Stalin condenó por perniciosa— fue autorizada apenas un año antes de que el satélite artificial la convirtiera en el más crudo realismo socialista. El escritor nacional que más se vende este año es Alexis Tolstoi (no: ni siquiera son parientes), autor de la primera novela de anticipación. Se espera que el libro extranjero mejor vendido sea «La Vorágine», de José Eustasio Rivera. El dato es oficial: 300 000 ejemplares en dos semanas.

Necesité nueve días para entrar al Mausoleo. Era preciso sacrificar una tarde, esperar un turno de media hora y permanecer dentro del santuario, sin detenerse, nada más que un minuto. En la primera tentativa el agente encargado de controlar la cola pidió una boleta especial. Las credenciales del festival no sirvieron. En el curso de esa semana, en la Plaza del Manege, Franco dirigió mi atención hacia un teléfono público: dos muchachas muy jóvenes dentro de una cabina de vidrio con espacio para una sola persona utilizaban por turnos el mismo teléfono. Una de ellas podía expresarse en inglés. Le dimos a entender que nos sirviera de intérprete para entrar al Mausoleo. Las dos trataron de convencer al agente de que nos permitiera entrar sin boletas pero fueron rechazadas con cierta dureza. La que hablaba un poco inglés nos dio a entender avergonzada que los policías soviéticos no eran buenas personas. «Very, very, very bad», repetía, con una profunda convicción. Nadie estaba de acuerdo en relación con las boletas y nosotros conocíamos muchos delegados que habían entrado con las credenciales del festival.

El viernes hicimos una tercera tentativa. Esta vez llevamos una intérprete de español: una estudiante de pintura de 20 años notablemente discreta y cordial. Un grupo de agentes —sin hablar de boletas especiales— nos informó que era demasiado tarde para entrar: la cola se había cortado un minuto antes. La intérprete insistió con el superior del grupo y éste se limitó a negar con la cabeza y a mostrarnos el reloj. Una multitud de curiosos se interpuso entre nosotros y la intérprete. De pronto, oímos su voz furibunda, desconocida, gritando una andanada rusa sistemáticamente martillada por una misma palabra: «Burokratz», Los curiosos se dispersaron. Entonces vimos a la intérprete, todavía gritando, en la actitud de un gallo de pelea. El superior

de los agentes le respondió con igual violencia. Cuando logramos arrastrarla hasta el automóvil la muchacha rompió a llorar. Nunca logramos que nos tradujera la disputa.

Dos días antes de abandonar a Moscú sacrificamos un almuerzo para arriesgar una última tentativa. Nos instalamos en la cola sin decir nada y el agente encargado de ella nos hizo una seña cordial. Ni siquiera nos pidió las credenciales. Media hora después penetramos al pesado bloque de granito rojo del Mausoleo, por la puerta principal sobre la Plaza Roja. Es una puerta estrecha y baja, con portones blindados, guardada por dos soldados en posición firme y bayoneta calada. Alguien me había dicho que en el vestíbulo se encontraba un soldado con un arma misteriosa escondida en el cuenco de la mano. Allí estaba. El arma misteriosa era un aparato automático para contar los visitantes.

El interior, completamente cubierto de mármoles rojos, estaba iluminado por un resplandor difuso, espectral. Descendimos por una escalera hasta un punto situado evidentemente bajo el nivel de la Plaza Roja. Dos soldados guardaban un conmutador telefónico y un tablero rojo con media docena de teléfonos. Entramos por otra puerta blindada y seguimos descendiendo la escalera lisa, brillante, del mismo material y el mismo color de las paredes desnudas. Por último —en una última puerta blindada— pasamos entre dos guardias firmes, rígidos y nos sumergimos en una atmósfera glacial. Allí estaban las dos urnas.

Era un recinto cuadrado, pequeño, con paredes de mármol negro e incrustaciones de mármol rojo, en forma de llamaradas. En la parte superior, un poderoso sistema de renovación del aire. En el centro, sobre una plataforma elevada, las dos urnas de cristal estaban iluminadas desde abajo por un intenso resplandor rojo. Entramos por la derecha. En la cabecera de cada urna había otros dos guardias firmes con bayoneta calada. No estaban sobre la plataforma elevada, de manera que sus cabezas no llegaban hasta la altura de las urnas y me pareció que a causa de ese desnivel tenían la nariz pegada contra ellas. Creo que a los pies de los guardias había dos coronas de flores naturales. Pero no estoy seguro. En ese momento yo estaba absorbido por la intensidad de la primera impresión: en aquel recinto helado no había absolutamente ningún olor.

La cola dio la vuelta en torno a las urnas, de derecha a izquierda, tratando de acumular en aquel minuto fugaz hasta los últimos matices de la visión. Es imposible. Uno recuerda aquel minuto y se da cuenta de que nada es evidente. Yo asistí a una discusión entre un grupo de delegados pocas horas después de

haber visitado el Mausoleo. Unos aseguraban que la chaqueta de Stalin era blanca. Otros aseguraban que era azul. Entre los que aseguraban que era blanca había uno que estuvo dos veces en el Mausoleo. Yo creo que era azul.

Lenin está en la primera urna. Lleva un sobrio vestido azul profundo. La mano izquierda —paralizada en los últimos años— está apoyada sobre el costado. Sufrí una desilusión: parece una figura de cera. Después de 30 años están apareciendo las primeras manifestaciones de momificación. Pero la mano produce todavía la impresión de parálisis. No se ven los zapatos. Desde la cintura el cuerpo desaparece bajo una cobertura de paño azul, igual al vestido, sin forma ni volumen. Lo mismo ocurre con el cadáver de Stalin. Es imposible eludir la suposición macabra de que sólo se conserva la parte superior de los cadáveres. A la luz natural deben ser de una palidez impresionante pues aún a la luz roja de las urnas son de una lividez sobrenatural.

Stalin está sumergido en un sueño sin remordimientos. Tiene tres barras de condecoraciones sencillas en el lado izquierdo, los brazos estirados de una manera natural. Como las condecoraciones tienen pequeñas bandas azules, se confunden con la chaqueta y a primera vista se tiene la impresión de que no son barras sino una serie de insignias. Tuve que hacer un esfuerzo para verlas. Por eso sé que la chaqueta es del mismo azul profundo que el vestido de Lenin. El cabello —completamente blanco— parece rojo al resplandor de las urnas. Tiene una expresión humana, viva, un rictus que no parece una simple contracción muscular sino el reflejo de un sentimiento. Hay un asomo de burla en esa expresión. A excepción de la papada, no corresponde al personaje. No parece un oso. Es un hombre de una inteligencia tranquila, un buen amigo, con un cierto sentido del humor. El cuerpo es sólido, pero ligero, con vellos suaves y un bigote apenas staliniano. Nada me impresionó tanto como la fineza de sus manos, de uñas delgadas y transparentes. Son manos de mujer.

X

EL HOMBRE SOVIÉTICO COMIENZA A CANSARSE DE LOS CONTRASTES

En un banco de Moscú me llamó la atención que los empleados, en vez de atender a la clientela, parecían extasiados en contar las bolitas de colores de un bastidor. Más tarde había de ver empeñados en la misma tarea a los administradores de los restaurantes, a los funcionarios de las oficinas públicas, los cajeros de los almacenes y aún a los encargados de vender las entradas en los cines. Había tomado nota de ese detalle, dispuesto a averiguar el nombre, el origen y las características del que creía era el juego más popular de Moscú, cuando el administrador del hotel donde vivíamos nos hizo la aclaración: aquellas bolitas de colores, iguales a los ábacos que se usan en las escuelas para que los niños aprendan a contar, son las calculadoras de que se sirven los soviéticos. Esa comprobación era más sorprendente, cuanto que en unos folletos oficiales que se repartían en el festival, se decía que la Unión Soviética tiene 17 modalidades distintas de calculadoras electrónicas. Las tienen, pero no las producen en escala industrial. Aquella explicación había de abrirme los ojos en relación con los dramáticos contrastes de un país donde los trabajadores viven amontonados en un cuarto y sólo tienen derecho a comprar dos vestidos al año, mientras engordan con la satisfacción de saber que un proyectil soviético ha llegado a la luna.

La explicación parece radicar en que la Unión Soviética, en 40 años de revolución, decidió dedicar todos sus esfuerzos, toda su potencia de trabajo, al desarrollo de la industria pesada, sin prestar mayor atención a los artículos de consumo. Así se entiende que hayan sido los primeros en lanzar al comercio de la navegación aérea internacional el avión más grande del mundo, mientras la población tiene problemas de zapatos. Los soviéticos que se esforzaban por hacernos entender estas cosas, hacían un énfasis especial en el hecho de que aquel programa de industrialización en grande escala había sufrido un accidente colosal: la guerra. Cuando los alemanes invadieron la Unión

Soviética, el proceso de industrialización estaba llegando a su punto culminante en Ucrania. Por allí entraron los nazis. Mientras los soldados se encargaban de frenar la invasión, la población civil, en una de las grandes movilizaciones de la historia, desarmó pieza por pieza el sistema industrial de Ucrania. Fábricas enteras fueron transportadas a Siberia, el gran traspasio del mundo, donde se les reconstruyó apresuradamente, y se les puso a producir a marchas, forzadas. Los soviéticos piensan que aquella mudanza espectacular retrasó en 20 años la industrialización.

No cabe duda de que el esfuerzo nacional exigido por esta enorme aventura del género humano, tuvo que pagarlo una sola generación, primero en las jornadas revolucionarias, después en la guerra y por último en la reconstrucción. Es ese uno de los cargos más duros que se hacen contra Stalin, a quien se le considera como un gobernante despiadado, sin sensibilidad humana, que sacrificó una generación entera en la construcción apresurada del socialismo. Para impedir que la propaganda occidental llegara a los oídos de sus compatriotas, cerró por dentro las puertas del país, forzó el proceso, y logró un salto histórico que tal vez no tenga precedentes. Las nuevas generaciones, que indudablemente empiezan a madurarse con un sentimiento de revuelta, pueden ahora darse el lujo de protestar de sus zapatos.

El férreo aislamiento en que Stalin tuvo a la nación, es la causa más frecuente de que los soviéticos, sin saberlo, hagan el ridículo frente a los occidentales. En nuestra visita a una granja colectiva tuvimos ocasión de pasar un amargo rato, por cuenta del orgullo nacional soviético. Nos transportaron por una carretera trepidante, a través de aldeas embanderadas cuyos niños salían cantando al paso del autobús, y nos lanzaban por la ventanilla tarjetas postales con sus direcciones escritas en todos los idiomas occidentales. A 120 kilómetros de Moscú estaba la granja colectiva, un enorme feudo del estado, rodeado de aldeas tristes de calles embarradas y casitas de vivos colores. El administrador de la granja, una especie de señor feudal socializado, completamente calvo y con un ojo sin luz tapado con un parche, como los piratas de las películas, nos habló durante dos horas de la producción masiva de las tierras. El intérprete se limitó, casi exclusivamente, a traducirnos cifras astronómicas. Después de un almuerzo al aire libre, en el que un coro escolar nos roció los alimentos con canciones antiguas, nos llevaron a conocer las instalaciones de ordeño automático. Una mujer muy gorda, excesivamente saludable, parecía preparada para mostrarnos la ordeñadora hidráulica que se consideraba en la granja como el paso más

avanzado en el proceso de tecnificación de la industria lechera. Era, ni más ni menos, un caucho de lavativa conectado a una cantina. En el extremo del caucho, un dispositivo de succión que funcionaba conectándolo de un lado al pezón de la vaca, y del otro lado al grifo. Bastaba con abrir el grifo para que la fuerza del agua realizara el oficio que en la Edad Media hacían los ordeñadores. Todo eso, naturalmente, en la teoría, En la práctica, aquél fue uno de los momentos más incómodos de nuestra visita. La saludable experta en ordeñadoras automáticas no logró asegurar el dispositivo al pezón, después de intentarlo durante un cuarto de hora, y de haber cambiado por último a la vaca. Cuando por fin logró su propósito, todos estábamos dispuestos a aplaudir sin crueldad, sinceramente alegres de haber salido victoriosos del atolladero.

Un delegado norteamericano, con una cierta exageración pero con bastante fundamento en el fondo, le contó al administrador de la granja que en los Estados Unidos meten la vaca por un lado, y por el otro sale la leche pasteurizada, y hasta la mantequilla en latas. Muy cortesmente, el administrador manifestó su admiración, pero con una cara de no haberse tragado el cuento. Más tarde nos confesó que, en realidad, estaba convencido de que antes de la ordeñadora hidráulica de los soviéticos, el género humano no había concebido un sistema mecánico de extraer la leche de las vacas.

Un profesor de la Universidad de Moscú, que había estado varias veces en Francia, nos comentaba que en general, los obreros soviéticos estaban convencidos de haber inventado muchas cosas que se encuentran en servicio desde hace muchos años en occidente. El viejo chiste norteamericano de que los soviéticos se atribuyen la invención de las cosas más simples, desde el tenedor hasta el teléfono, tiene en realidad su explicación. Mientras la civilización occidental se abría paso a través del siglo xx, con los espectaculares progresos de la técnica, los soviéticos trataban de resolver solos sus problemas elementales, a puertas cerradas. Si alguna vez un turista occidental se encuentra en Moscú con un muchacho nervioso y despelucado que dice ser el inventor del refrigerador eléctrico, no debe tomarlo por un embustero o por un loco: muy probablemente, es cierto que ese muchacho inventó el refrigerador eléctrico en su casa, mucho tiempo después de que era un artículo de uso corriente en occidente.

La realidad de la Unión Soviética se comprende mejor cuando se descubre que el progreso se desarrolló en sentido contrario. La preocupación primordial de los gobernantes revolucionarios fue alimentar al pueblo. Hay que creer, con la misma buena fe con que hemos creído las cosas desfavorables, que en

la Unión Soviética no hay hambre ni desempleo. Al contrario, es una especie de obsesión nacional la falta de mano de obra. La oficina de investigación del trabajo, recientemente creada, se encarga de establecer científicamente cuánto cuesta el trabajo de un hombre. En una rueda de prensa que tuvimos con los encargados de esa dependencia del Ministerio del Trabajo, se nos dijo que algunos gerentes de fábrica ganaban menos que ciertos obreros especializados, no sólo porque invertían una cantidad menor de fuerza de trabajo, sino porque requerían una menor responsabilidad. Yo pregunté por qué en la Unión Soviética las mujeres trabajan a pico y pala en las carreteras y ferrocarriles, hombro a hombro con sus hombres, y si eso estaba bien desde el punto de vista socialista. La respuesta fue terminante: las mujeres realizan trabajos fuertes, porque hay una dramática escasez de mano de obra, y el país está desde la guerra en una especie de situación de emergencia. El director de la dependencia fue enfático en que, por lo menos en el trabajo físico, había que reconocer una enorme diferencia entre el hombre y la mujer; dijo que de acuerdo con sus investigaciones, las mujeres ofrecen un mejor rendimiento en trabajos que requieren paciencia y atención, y aseguró que cada día hay menos mujeres trabajando a pico y pala en la Unión Soviética. Insistió muy seriamente en que una de las mayores preocupaciones de su oficina es resolver ese problema.

Así, mientras las mujeres trabajan en las carreteras, se desarrolló una alta industria que hizo de la Unión Soviética una de las dos grandes potencias del mundo en 40 años, pero se descuidó la producción de los artículos de consumo. Cuando los soviéticos revelaron que tenían armas termonucleares, quien hubiera visto las escuetas vitrinas de Moscú no habría podido creerlo. Pero había que creerlo justamente por eso: las armas termonucleares soviéticas, sus proyectiles espaciales, su agricultura mecanizada, sus fabulosas instalaciones de transformación y la posibilidad titánica de convertir los desiertos en campo de cultivo, son el resultado de 40 años de zapatos ordinarios, de vestidos mal cortados; casi medio siglo de la más férrea austeridad. El proceso de desarrollo al revés ha ocasionado algunos desequilibrios que hacen torcerse de risa a los americanos. Por ejemplo, el poderoso TU-104, considerado como una obra maestra de la ingeniería aeronáutica, al cual no se le concedió licencia para aterrizar en el aeródromo de Londres porque los psiquiatras ingleses conceptuaron que podría ocasionar trastornos psicológicos al vecindario, y que tiene servicio telefónico entre sus diferentes pisos, está sin embargo dotado de los más primitivos inodoros de cadenita. También, por ejemplo, un delegado sueco, que se había tratado de

una eczema persistente, con los más notables especialistas de su país, aprovechó el viaje a Moscú para someter su caso al médico de turno más cercano a su delegación. El médico le formuló una pomada que le borró hasta el último vestigio de la eczema en cuatro días, pero el farmacéutico que se la despachó la sacó del tarro con el dedo y se la envolvió en un pedazo de periódico. En materia de higiene, tal vez el episodio extremo fue el que presenciamos de regreso de la granja colectiva, cuando nos detuvimos a tomar un refresco en un establecimiento al aire libre, en los suburbios de Moscú. El instinto nos llevó a los servicios sanitarios. Era una larga plataforma de madera, con media docena de huecos, sobre los cuales media docena de respetables ciudadanos hacían lo que debían hacer, acucillados, conversando animadamente, en una colectivización de la fisiología no prevista en la doctrina.

La juventud que llegó al uso de la razón en un país donde las bases estaban echadas, se está rebelando contra los contrastes. En la Universidad se llevan a cabo debates públicos y se plantea al gobierno la necesidad de que la Unión Soviética se incorpore al ritmo del confort occidental. Recientemente, las muchachas del Instituto de Lenguas de Moscú provocaron un escándalo, al salir a las calles vestidas a la moda de París, con cola de caballo y tacones altos. Algo había pasado: algún funcionario imprevisivo había autorizado al Instituto de Lenguas para recibir revistas occidentales, donde los aspirantes a intérpretes pudieran familiarizarse con el lenguaje diario y las costumbres del occidente. La medida dio resultado. Pero las muchachas aprovecharon las revistas para cortarse sus propios trajes y modernizar su peinado. Al verlas en la calle, como en todas partes y en todos los tiempos, las gordas matronas soviéticas se llevaban las manos a la cabeza, escandalizadas, y exclamaban: «La juventud está perdida». Pero mucho tiene que ver la sistemática presión de esa juventud en los cambios de la política soviética. Cuando murió en París el modisto Christian Dior, acababa de recibir propuestas del gobierno soviético para que lanzara sus colecciones en Moscú.

Mi última noche en la ciudad, habría de cerrarse precisamente con un episodio que refleja bastante el espíritu de esa juventud. En la avenida Gorki, un muchacho no mayor de 25 años me detuvo para preguntarme por mi nacionalidad. Estaba, según me dijo, preparando una tesis de grado sobre la poesía infantil universal. Quería datos de Colombia. Le hablé de Rafael Pombo, y él, con un rubor ofendido, me interrumpió: «Naturalmente, tengo todos los datos sobre Rafael Pombo». En torno a una cerveza, recitó hasta la

medianoche, con un fuerte acento pero con una fluidez admirable, una antología de la poesía infantil latinoamericana.

48 horas después Moscú había vuelto a su vida normal. Las mismas multitudes densas, las mismas vitrinas polvorientas y la misma cola de dos kilómetros frente al Mausoleo de la Plaza Roja, pasaron como una visión de otra época por la ventanilla del bus que nos condujo a la estación. En la frontera, un intérprete voluminoso, que parecía hermano gemelo de Charles Laughton, subió trabajosamente al vagón. «Vengo a pedirles excusas, —nos dijo—. ¿Por qué?», le preguntamos. «Porque nadie ha venido a traerles flores» respondió. Casi al borde las lágrimas, nos explicó que era el encargado de organizar las despedidas de los delegados en la frontera. Esa mañana, creyendo que ya habían pasado todos, ordenó por teléfono que no se mandaran más flores a la estación, y dispuso que los niños que salían a cantar himnos al paso de los trenes regresaran a la escuela.

XI

YO VISITE HUNGRÍA

***H**ace un año en octubre la tragedia del levantamiento húngaro estremeció al mundo entero. Sofocada la revuelta, el país quedó literalmente aislado de Occidente, hermético para los periodistas, inaccesible, nadie pudo romper el misterio de Budapest. Hace algunas semanas, por primera vez las puertas de Hungría se abrieron para dejar entrar a un grupo minúsculo de observadores extranjeros. Entre ellos iba García Márquez, joven pero famoso periodista corresponsal de MOMENTO. García quería saber la verdad. Fuera de toda propaganda intencionada en uno u otro sentido. García estuvo en la misma tribuna con Kadar; rompió el cerco tendido a su llegada para hablar con las gentes en las calles y tabernas, habló con líderes comunistas. Al regresar dijo: «Voy a escribir en forma cruda y destapada». Éste es su relato:*

Janos Kadar —Presidente del consejo de gobierno de Hungría— hizo una aparición pública el 20 de agosto, frente a los 6000 campesinos que se concentraron en el terreno de fútbol de Ujpest, a 132 kilómetros de Budapest, con motivo del aniversario de la constitución socialista. Yo estaba allí, en la misma tribuna de Kadar, con la primera delegación de observadores occidentales que llegó a Hungría después de los sucesos de octubre.

Durante diez meses Budapest había sido una ciudad prohibida. El último avión occidental que salió de su aeródromo —el 6 de noviembre de 1958— fue un bimotor austríaco contratado por la revista «Match» para evacuar a su enviado especial Jean Carlos Pedrazzini, herido de muerte en la batalla de Budapest. Hungría se cerró desde entonces y sólo volvió a abrirse para nosotros diez meses después por influencias del Comité preparatorio del festival de Moscú que logró del gobierno húngaro una invitación a Budapest para una delegación de 16 observadores. Había dos arquitectos, un abogado alemán, un campeón de ajedrez noruego y solamente otro periodista: Maurice

Meyer, belga, de bigotes rojos, endiabladamente simpático, bebedor de cerveza y contador de chistes tontos, que inició su carrera en la guerra civil española y fue herido en Liege durante la ocupación alemana. Yo no conocía a ninguno de ellos. En la frontera húngara, después de que las autoridades de aduana examinaron nuestros papeles durante tres horas, un intérprete nos concentró en el vagón restaurante, hizo las presentaciones y pronunció un discurso breve de bienvenida. Luego leyó el programa para los próximos quince días: museos, almuerzos con organizaciones juveniles, espectáculos deportivos y una semana de reposo en el lago Balaton.

Maurice Mayer agradeció la invitación en nombre de todos pero dio a entender que las experiencias turísticas nos interesaban muy poco. Nosotros queríamos otra cosa: saber qué pasó en Hungría, a ciencia cierta y sin mistificaciones políticas, y darnos cuenta de la situación actual del país. El intérprete respondió que el gobierno de Kadar haría todo lo posible por complacernos. Eran las tres de la tarde del 4 de agosto. A las 10:30 de la noche llegamos a la desierta estación de Budapest, donde nos esperaba un grupo de hombres aturridos, enérgicos, que nos escoltó durante 15 días e hizo todo lo posible para impedir que nos formáramos una idea concreta de la situación.

No habíamos acabado de bajar las maletas cuando uno de esos hombres —que se presentó como intérprete— leyó la lista oficial con nuestros nombres y nacionalidades y nos hizo responder a ella como en la escuela. Luego nos invitó a subir al autobús. Dos detalles me llamaron la atención: el número de nuestros acompañantes —once, para una delegación tan reducida— y el hecho de que todos se hubieran presentado como intérpretes a pesar de que la mayoría no hablaba sino el húngaro. Atravesamos la ciudad por calles sombrías, desiertas, entristecidas por la llovizna. Un momento después estábamos en el hotel «Libertad» —uno de los mejores de Budapest— sentados a una mesa de banquete que ocupaba todo el comedor. Al otro lado, silenciosos y lúgubres, comían los intérpretes. Algunos de ellos tenían dificultades para manejar los cubiertos. El comedor con espejos, grandes arañas y muebles forrados en peluche rojo, parecía hecho de cosas nuevas pero con un gusto anticuado.

En el curso de la cena un hombre desgreñado con un cierto desdén romántico en la mirada pronunció un discurso en húngaro que fue traducido simultáneamente a tres idiomas. Fue una bienvenida breve, absolutamente convencional, y enseguida una serie de instrucciones concretas. Se nos recomendó, no salir a la calle, llevar siempre el pasaporte, no hablar con

desconocidos, restituir la llave en la recepción cada vez que abandonáramos el hotel y recordar que «Budapest está en régimen marcial y está por tanto prohibido tomar fotografías». En ese momento había siete intérpretes más. Se movían sin ningún objeto en torno a la mesa, conversaban en húngaro en voz muy baja, y yo tenía la impresión de que estaban asustados. No estuve solo en esa apreciación. Un momento después, Maurice Mayer se inclinó hacia mi y me dijo: «Esta gente se está muriendo de miedo».

Antes de acostarnos recogieron nuestros pasaportes. Cansado del viaje, sin sueño y un poco deprimido, yo traté de ver un pedazo de la vida nocturna de la ciudad desde la ventana de mi pieza. Los edificios grises y rotos de la avenida Rakoszi parecían deshabitados. El alumbrado público escaso, la llovizna sobre la calle solitaria, el tranvía que pasaba rechinando entre chispas azules, todo contribuía a crear una atmósfera triste. En el momento de acostarme me di cuenta de que las paredes interiores de mi pieza mostraban todavía impactos de proyectiles. No pude dormir estremecido por la idea de que aquel cuarto forrado en colgaduras amarillentas, con muebles antiguos y un fuerte olor a desinfectante, había sido una barricada en octubre. De esa manera terminó mi primera noche en Budapest.

Más colas para la lotería que para el pan.

En la mañana la visión era menos sombría. Dispuesto a burlar la vigilancia de los intérpretes —que llegarían hasta las diez— me eché las llaves al bolsillo y descendí al vestíbulo por las escaleras. No utilicé el ascensor porque estaba situado justamente frente a la recepción y no hubiera podido salir sin ser visto por el administrador. La puerta de vidrios giratorios daba directamente sobre la avenida Rakoszi. No sólo el hotel sino todos los edificios de la avenida —desde el frontón con flores de la estación hasta las riberas del Danubio— estaban cubiertos de andamios. Es indescriptible la sensación que produce una avenida comercial cuya multitud se mueve entre esqueletos de madera. Una sensación fugaz, pues apenas di dos pasos fuera del hotel alguien me puso una mano en el hombro. Era uno de los intérpretes. De una manera cordial, pero sin soltarme del brazo, me condujo de nuevo al interior del hotel.

El resto de la delegación bajó a las diez como estaba previsto. El último fue Maurice Mayer. Entró al comedor con un espléndido saco deportivo, con los brazos abiertos, cantando el himno internacional de la juventud. Con una efusividad exagerada, sin dejar de cantar, abrazó uno por uno a todos los intérpretes, que le correspondieron con un júbilo desconcertante. Luego se

sentó a mi lado, se ajustó la servilleta al cuello y me hizo una seña con la rodilla por debajo de la mesa.

—Se me había ocurrido desde anoche, dijo entre dientes. —Todos estos bárbaros están armados.

A partir de ese momento supimos a qué atenernos. Nuestros ángeles guardianes nos acompañaron a los museos, a los monumentos históricos, a las recepciones oficiales, impidiendo celosamente que entráramos en contacto con la gente de la calle. Una tarde —la cuarta en Budapest— fuimos a ver la hermosa panorámica de la ciudad desde la Torre de los Pescadores. Allí cerca hay una iglesia antigua convertida en mezquita por los invasores turcos y todavía decorada con arabescos. Un grupo de delegados nos desprendimos de los intérpretes y penetramos a la iglesia. Era enorme y destartalada, con pequeñas ventanas elevadas por donde penetraba a chorros la luz amarilla del verano. En uno de los escaños de adelante, sentada en una actitud absorta, una vieja vestida de negro comía pan con salchichón. Dos intérpretes entraron a la iglesia un momento después. Nos siguieron en silencio a través de las naves, sin decirnos nada, pero hicieron salir a la mujer.

Al quinto día la situación se había vuelto insostenible. Estábamos hasta la coronilla de visitar cosas viejas, mamotretos históricos, y de sentir que la ciudad, la gente que hacía colas para comprar el pan, para subir a los tranvías, parecían objetos inalcanzables detrás de los vidrios del autobús. La decisión la tomé después de almuerzo. Pedí la llave en la recepción donde advertí que estaba muy cansado y pensaba dormir toda la tarde, luego subí por el ascensor y descendí inmediatamente por las escaleras.

En la primera parada tomé un tranvía sin dirección. La multitud apretujada dentro del vehículo me miró como a un emigrante de otro planeta, pero no había curiosidad ni asombro en su mirada, sino un hermetismo desconfiado. Junto a mí, una anciana que con un viejo sombrero de frutas artificiales leía una novela de Jack London, en húngaro. Me dirigí a ella en inglés, luego en francés, pero ni siquiera me miró. Descendió en la primera parada, abriéndose paso a codazos, y yo me quedé con la impresión de que no era allí donde debía descender. También ella estaba asustada.

El conductor me habló en húngaro. Yo le di a entender que ignoraba el idioma y él a su vez me preguntó si hablaba alemán. Era un viejo gordo con nariz de cervecero y anteojos remendados con alambres. Cuando le dije que hablaba inglés, me repitió varias veces un frase que no pude entender. Él pareció desesperado. Al término de la línea, en el momento de descenderme

entregó al pasar un papelito con la frase escrita en inglés: «Dios salve a Hungría».

Casi un año después de los sucesos que conmovieron al mundo, Budapest seguía siendo una ciudad provisional. Yo vi extensos sectores donde las líneas del tranvía no han sido repuestas y continúan cerradas al tránsito. La multitud mal vestida, triste y concentrada, hace colas interminables para comprar los artículos de primera necesidad. Los almacenes que fueron destruidos y saqueados están aún en reconstrucción. A pesar de la bulliciosa publicidad que los periódicos occidentales dieron a los sucesos de Budapest, yo no creí que los estragos fueran tan terribles. Muy pocos edificios centrales tienen sus fachadas intactas. Después supe que el pueblo de Budapest se refugió en ellos y combatió durante cuatro días y cuatro noches contra los tanques rusos. Las tropas soviéticas —80 000 hombres con orden de aplastar la revuelta— emplearon la táctica simple y efectiva de emplazar los tanques frente a los edificios y destruir las fachadas. Pero la resistencia fue heroica. Los niños salían a la calle, subían a los tanques y lanzaban adentro botellas de gasolina en llamas. Las informaciones oficiales indican que en esos cuatro días hubo cinco mil muertos y veinte mil heridos, pero la envergadura de los estragos permite pensar que el número de víctimas fue mucho mayor. La Unión Soviética no ha suministrado cifras de sus pérdidas.

El alba del cinco de noviembre se levantó sobre una ciudad destrozada. El país estuvo literalmente paralizado durante cinco meses. La población sobrevivió a esa época gracias a los trenes de abastecimiento que enviaron la Unión Soviética y las democracias populares. Ahora las colas son menos largas, los almacenes de víveres empiezan a abrir sus puertas, pero el pueblo de Budapest sufre aún las consecuencias de la catástrofe. En los expendios de lotería —que constituyen una fuente de ingreso del régimen de Kadar— y en las casas de empeño —de propiedad del estado— las colas son más largas que en las panaderías. Un funcionario oficial me decía que, en efecto, la lotería es una institución inadmisibile en un régimen socialista. «Pero no podemos hacer otra cosa, —explicaba—. Eso nos resuelve un problema todos los sábados». Lo mismo ocurre con las casas de empeño. Yo vi frente a una de ellas una mujer haciendo cola con un carrito de niño lleno de trastos de cocina.

La desconfianza y el miedo aparecen por todas partes, tanto en el gobierno como en la población. Hay una cantidad de húngaros que vivieron en el exterior hasta 1948 y tanto ellos como sus hijos hablan todos los idiomas del mundo. Pero es difícil que hablen con los extranjeros. Ellos piensan que en esta época no puede haber en Budapest un extranjero que no sea invitado

oficial y por eso no se atreven a conversar con él. Todo el mundo, en la calle, en los cafés, en los plácidos jardines de la isla Margarita, desconfía del gobierno y de sus invitados.

El gobierno, por su parte, siente que la inconformidad continua. En los muros de Budapest hay letreros escritos a brocha gorda: «Contrarrevolucionario escondido: temed al poder del pueblo». En otros se acusa a Imred Nagy de la catástrofe de octubre. Ésa es una obsesión oficial. Mientras Imred Nagy padece un destierro forzoso en Rumanía, el gobierno de Kadar embadurna las paredes, edita folletos y organiza manifestaciones contra él. Pero todas las personas con quienes logramos hablar —obreros, empleados, estudiantes, o incluso algunos comunistas— esperan el retorno de Nagy. Al atardecer —después de haber recorrido toda la ciudad— me encontré en el Danubio, frente a las ruinas del puente Elizabeth dinamitado por los alemanes. Allí estaba la estatua del poeta Pitofi separada de la Universidad por una plazoleta llena de flores. Diez meses antes —el 28 de octubre— un grupo de estudiantes atravesó la plaza pidiendo a gritos la expulsión de las tropas soviéticas. Uno de ellos se encaramó en la estatua con la bandera húngara y pronunció un discurso de dos horas. Cuando descendió, la avenida estaba colmada por hombres y mujeres del pueblo de Budapest que cantaban el himno del poeta Pitofi bajo los árboles pelados por el otoño. Así empezó la sublevación.

Un kilómetro más aliá de la isla Margarita, en el bajo Danubio, hay un denso sector proletario donde los obreros de Budapest viven y mueren amontonados. Hay unos bares cerrados, calientes y llenos de humo, cuya clientela consume enormes vasos de cerveza entre ese sostenido tableteo de ametralladora que es la conversación en lengua húngara. La tarde del 28 de octubre esa gente estaba allí cuando llegó la voz de que los estudiantes habían iniciado la sublevación. Entonces abandonaron los vasos de cerveza, subieron por la ribera del Danubio hasta la plazoleta del poeta Pitofi y se incorporaron al movimiento. Yo hice el recorrido de esos bares al anochecer y comprobé que a pesar del régimen de fuerza, de la intervención soviética y de la aparente tranquilidad que reina en el país, el germen de la sublevación continúa vivo. Cuando yo entraba a los bares el tableteo se convertía en un denso rumor. Nadie quiso hablar. Pero cuando la gente se calla —por miedo o por prejuicio— hay que entrar a los servicios sanitarios para saber lo que piensa. Allí encontré lo que buscaba: entre los dibujos pornográficos, ya clásicos en todos los orinales del mundo, había letreros con el nombre de Kadar, en una protesta anónima pero extraordinariamente significativa. Esos

letreros constituyen un testimonio válido sobre la situación húngara: «Kadar asesino del pueblo», «Kadar traidor», «Kadar, perro de presa de los rusos».

Una prostituta me dice: «Yo era estudiante comunista».

Durante la cena confié mis experiencias a Maurice Mayer. Él se rió. Hacía tres noches que no dormía en el hotel y había logrado una abundante documentación sobre la vida nocturna de Budapest. Estaba deprimido por el espectáculo de la prostitución, por la manera desesperada cómo las mujeres se emborrachan hasta el amanecer, y un poco excitado por la sensación de peligro que se experimenta en los bares nocturnos. Esa noche me llevó a vivir sus experiencias.

En Hungría, como en todos los países socialistas, la prostitución está prohibida. Pero yo no había visto en ninguna parte una prostitución más triste, más dramática y menos productiva que la de Budapest. Una muchacha de 18 años —Natalia Tardos— se extasió en el recuento de su vida, de sus experiencias eróticas, con una impudicia que parecía tener mucho de masoquismo. No lo hizo de balde. «Qué quieren ustedes, —explicó—. Yo pierdo tiempo hablando y es justo que cobre algo por perder el tiempo». El precio lo impuso ella misma de antemano y se hizo pagar por adelantado de acuerdo con la mejor tradición: cinco florines, es decir, cincuenta centésimos de dólar.

María Tardos era estudiante de filología. Habla corrientemente el inglés, el francés y el ruso. Antes de los sucesos de octubre formaba parte de la juventud comunista, lo mismo que su hermano mayor, ahora refugiado en Austria. Su padre era obrero en una fábrica de confecciones y miembro del partido comunista. Todos ganaban bien, pero la situación económica era dura y María Tardos empezó a prostituirse desde los quince años con sus compañeros de Universidad. Era un medio fácil de procurarse ciertos artículos en el mercado negro. El 23 de octubre su padre empuñó las armas contra el régimen y manifestó que había ingresado al partido porque los comunistas tenían ciertos privilegios bajo el gobierno de Rakoszi. Fue muerto en la batalla de Budapest. Sola con su madre, sin control y sin perspectivas. María Tardos cambió definitivamente la vida universitaria y las concentraciones políticas por la azarosa vida nocturna de Budapest.

Ése no es más que un caso. Nosotros conocimos varios entre las pocas muchachas —ninguna mayor de 25 años— que podían expresarse en inglés, español o francés. Algunas son obreras, viven con su familia, y arreglan el escaso salario con la prostitución ocasional. A partir de la medianoche seles

encuentra en esos bares brumosos donde una orquesta de violines toca una música nostálgica hasta el amanecer. Nosotros vimos un grupo de muchachas mezclado en una de esas espectaculares reyertas con la policía, incapaz de controlar un pueblo amargado y sin perspectivas.

Esa noche consideré terminadas mis experiencias en Budapest. Regresamos al hotel a las cuatro. Sentados en el vestíbulo, esperándonos, había dos falsos intérpretes y un intérprete verdadero. Completamente sereno Maurice Mayer les contó lo que habíamos visto. Yo puse algo de mi parte. Entonces los tres hombres —por primera vez desde nuestra llegada— no parecieron asustados sino tristes. Al día siguiente los ángeles guardianes no vinieron a desayunar. No volvieron jamás. Volvió en cambio el intérprete del desdén romántico en la mirada —que más tarde se reveló como teórico del marxismo— y pronunció un discurso de desagravio. Nos dio una excusa válida por la escolta de civiles armados. «Ustedes comprenden nuestra situación» explico: «En Budapest hay una situación difícil y nosotros nos sentimos obligados a proteger a nuestros huéspedes».

A partir de ese día la atmósfera se transformó. Los intérpretes se humanizaron y pudimos actuar con absoluta libertad. Se constituyó una comisión oficial de la cual hicieron parte dos miembros del comité central del partido comunista, que durante once horas —en el plácido marco del lago Balaton— respondió a nuestras preguntas y discutió con nosotros los aspectos más delicados de la situación. Ellos nos presentaron a Janos Kadar y nos condujeron a escuchar su discurso. He aquí por qué estaba yo el 20 de agosto en la misma tribuna de Kadar.

Kadar: «Yo sé que muy pocos quieren a mi gobierno».

Ujpest es una importante región agrícola que desempeñó un papel significativo en los sucesos de octubre. El primer día se pronunció contra el régimen, pero cuando los antiguos terratenientes capitalizaron el movimiento y trataron de recuperar las tierras expropiadas, los campesinos de Ujpest, apoyaron a Kadar y no opusieron resistencia alguna a los tanques soviéticos. Es por eso por lo que Kadar —que busca en los campesinos el apoyo que no tiene en los obreros— recorrió los 132 kilómetros tortuosos que separan a Ujpest del palacio de gobierno para celebrar el aniversario de la constitución socialista.

Encontramos una aldea en domingo adornada con flores, banderas y numerosos letreros de propaganda oficial, pero fuertemente custodiada por la policía. En la carretera dejamos atrás las caravanas de camiones oficiales

cargados de campesinos y los modernos automóviles de fabricación rusa de los funcionarios públicos. En la placita sin estatua, con casas de colores alegres, los niños campesinos comían helados en torno a una banda rural que ejecutaba vales sentimentales. Al fondo de una calle angosta con ventorrillos de cerveza, salchichas, y sándwiches de jamón, estaba el terreno de fútbol sin graderías. Habían construido una tribuna de madera con las sillas de la escuela pública y tres micrófonos conectados a un sistema de altoparlantes distribuidos por toda la aldea. Para entrar al terreno de fútbol se necesitaba una credencial especial. El resto de la población escuchó los discursos desde las tiendas donde se repartían gratis alimentos y bebidas sin alcohol. Nosotros subimos a la tribuna junto con el cuerpo diplomático de los países socialistas. Un momento después la banda militar inició el himno de Hungría y los miembros del gabinete, en mangas de camisa, resoplando de calor, entraron precedidos por un hombre como de 49 años, de una calvicie incipiente, con un ordinario vestido de paño color crema, una modesta corbata verde tejida en hilos de seda y una conmovedora apariencia de hombre doméstico y bueno: Janos Kadar. Un grupo de la primera fila inició la ovación. El resto de la concurrencia lo secundó sin entusiasmo. Eso fue así durante el curso de la manifestación y aún en los momentos más dramáticos del discurso.

Yo no tenía una idea muy precisa de cómo podía ser un auténtico obrero en el poder antes de conocer a Kadar. Su modestia natural, su absoluta falta de apetito oficial, su aspecto de hombre que va los domingos al jardín zoológico a tirar cacahuets a los elefantes, son simplemente estremecedores. Cuando le correspondió el turno se quitó el saco y se acercó a los micrófonos. Había perdido el gemelo de la manga derecha de la camisa y lo buscó con la mirada a su alrededor sin perder un átomo de su dignidad. Luego se enrolló la manga hasta el codo, tomó agua y pronunció un discurso breve, directo, muy bien organizado, del cual lo más sincero y lo único que me pareció realmente importante fue la amarga verdad de la primera frase: «Yo sé que muy poca gente quiere mi gobierno».

Aquel discurso, nuestra agotadora conferencia con la comisión oficial — que nos dio una versión franca pero atenuada de la situación—, las numerosas conversaciones con la gente de Budapest, el contacto directo aunque fugaz con el jefe del gobierno, el estudio concienzudo y desapasionado de la realidad húngara, me permitieron llegar a una conclusión: en otras circunstancias, Janos Kadar hubiera sido el hombre de Hungría. Yo creo que es inteligente, capaz y honesto y notablemente humano, pero que está metido en un atolladero, atado de pies y manos a una situación política sin salida y en

circunstancias de una dificultad colosal. El pueblo no le perdona —y él lo sabe— que hubiera llamado a las tropas soviéticas. Pero si no lo hubiera hecho, ni Kadar, ni el partido comunista, ni nada que se parezca a la democracia estuviera ahora en el poder. Un dirigente comunista me decía: «Kadar se sacrificó. Cuando las cosas estén consolidadas tendremos que hacerlo a un lado para ganarnos la confianza del pueblo. En ese sentido, y desde nuestro punto de vista, Kadar es un héroe».

Todo hombre con zapatos amarillos, fue linchado.

Es increíble pero cierto: Janos Kadar está haciendo el mismo juego que hace cinco años criticó violentamente al régimen Kakoszi. Ésa es la contradicción en que lo han colocado las circunstancias y debe ser ésa su amargura. En 1952 —cuando el nivel de vida había subido en un 50% en relación a los años anteriores a la guerra— los codiciosos y atolondrados dirigentes de la época, entusiasmados con el éxito del primer plan quinquenal, decidieron forzar la maquinaria del socialismo y realizar en tres años el segundo plan quinquenal. Se impusieron gravámenes imposibles a los campesinos para hacer enormes inversiones en la industria. Se decretó la colectivización forzosa de la tierra. La maquinaria agrícola se paralizó en los campos porque la mano de obra especializada fue requerida por el colosal estómago de la industria. En un año la población obrera de Budapest aumento en un 8%, pero el gobierno no había previsto ese aumento, de manera que no pudo resolver el problema inminente: la superpoblación y la escasez de viviendas. La producción de artículos de consumo fue descuidada en beneficio de la industria pesada. Los obreros que habían apoyado con entusiasmo el primer plan quinquenal, asfixiados por la situación, amontonados en un cuarto, sin ropa, sin zapatos y con una conciencia política que el mismo régimen les había inculcado, empezaron a reventar. Dos miembros del partido comunista comprendieron la gravedad de la situación y dieron la voz de alarma. Uno era un dirigente político: Imred Nagy. El otro era de la base, hijo de un modesto obrero y él mismo obrero especializado en el montaje de maquinaria pesada, veterano de la resistencia, autodidacta, doctrinario, aficionado a los crucigramas e intérprete de canciones populares en las fiestas de sus amigos: Janos Kadar. Ellos dijeron que el gobierno de Rakoszi estaba haciendo un disparate y el régimen no les respondió con un discurso sino con un hecho concreto: los mandó a la cárcel. El círculo se cerró: los intelectuales marxistas proclamaron las mismas ideas de Nagy y de Kadar y corrieron la misma suerte. Los estudiantes fueron amenazados con la

pérdida de sus derechos. Los obreros que trataron de protestar fueron denunciados por sus compañeros comunistas, expulsados y conducidos a prisión. La policía política impuso el orden por el terror. En el exterior, la emisora «Europa libre» prometía un paraíso que el pueblo húngaro desesperado tomó al pie de la letra. Solapados, al acecho, los viejos terratenientes en sus residencias otoñales, el cardenal Miszensky en la cárcel, la poderosa reacción húngara infiltrada por todas partes esperó el momento de saltar al cuello de sus enemigos. El 28 de octubre de 1956 había tantos obreros en las cárceles como en las fábricas. Estimulados por la valiente voltereta de Polonia, un grupo de estudiantes de Budapest organizó un homenaje al poeta nacionalista Pitofi y aprovechó la oportunidad para pedir la reforma de la cátedra del marxismo y de la enseñanza del ruso, el retiro de las tropas soviéticas, la revisión del pacto de Varsovia, la reversión de las minas de uranio de Hungría que son explotadas por la U. R. S. S., la pluralidad de los partidos políticos, la abolición de la estrella roja de la bandera, el escudo y los edificios públicos y la eliminación de la policía política. Eran las 11.25 de una espléndida mañana del perfumado otoño de Budapest.

La gente salió a la calle pidiendo a gritos que se fueran las tropas soviéticas y las tropas soviéticas se fueron. Las cárceles fueron abiertas para liberar las víctimas de la represión y con ellos salieron los delincuentes comunes. Por la frontera austríaca salieron 100 000 húngaros. Gente honesta, trabajadores asfixiados, adolescentes seducidos por la promesa de la radio «Europa libre», pero también todos, absolutamente todos los delincuentes comunes.

Un funcionario comunista me dijo: su reportaje nos perjudica. Pero tal vez nos sirva.

La acción violenta se orientó en primer término contra la policía política. La policía ordinaria, de vigilancia y de tránsito —húngaros comunes y corrientes empleados de policías— abrieron sus cuarteles y repartieron sus armas entre la multitud. El resto lo suministraron los soldados. Las tropas soviéticas, que habían convivido con los húngaros de la calle en ocho años de ocupación, de comprensión de sus problemas humanos, les dejaron muchas armas e incluso dos tanques antes de retirarse de Budapest. La policía política fue ejecutada. Pocos meses antes la policía secreta había liquidado la producción de calzado de un tipo y una calidad especiales. Eran zapatos amarillos. Entre la multitud insurrecta corrió el rumor de que todos los que llevaban zapatos amarillos eran detectives. Se despecharon por la derecha:

ejecutaron a todo el que llevaba zapatos amarillos y en esa forma liquidaron al 42% de la policía secreta.

Los almacenes fueron saqueados y el pueblo se vistió con ropa nueva y organizó succulentas comilonas en la calle. Era una cuestión de apetitos atrasados que un partido comunista sano hubiera podido capitalizar. Pero en la práctica el partido comunista no existía. Los militantes honestos estaban en la cárcel. Los otros, hastiados de dogmatismo, de sectarismo, de persecuciones internas, se sumaron a la insurrección. Otros —como el padre de María Tardos— manifestaron que se habían afiliado al partido por conveniencia. Una minoría se encerraron en su casa hasta cuando volvieron las tropas soviéticas y lucharon con ellas hombro a hombro. Esos constituyen ahora el mejor soporte de Kadar. Algunos comunistas sinceros pero engañados se quedaron con la boca abierta. «El gobierno nos había convencido —me decía uno de ellos— de que el pueblo estaba con nosotros y en octubre nos dimos cuenta de que no era cierto». Un militante comunista que ahora ocupa una posición destacada me explicó por qué no salió a defender el régimen: «Mi mamá estaba muy asustada y no me dejó salir a la calle».

El pueblo no estaba definitivamente contra el socialismo sino contra el régimen de opresión. Por eso, con una buena memoria asombrosa, llamó al poder a Imred Nagy. En su gabinete figuró Janos Kadar, quien en la noche del 1.º de noviembre dirigió a los insurrectos un discurso que es inolvidable a pesar de que ahora el mismo Kadar ha querido olvidar.

En ese instante, la reacción —más fuerte, más identificada en sus intereses, con más experiencia política que el partido comunista— había capitalizado el movimiento. Budapest era un caos. La frontera austríaca estaba abierta. El régimen de Nagy perdió el control de la situación y en un discurso atolondrado pidió el auxilio de occidente para sostenerse en el poder. En dos días se constituyeron 14 partidos políticos, entre ellos uno desaparecido desde los tiempos de Horty. Una asociación de *boy-scouts* se creyó con suficiente autoridad para solicitar un ministerio. El cardenal Miszensky pidió la restitución de las tierras expropiadas a la Iglesia y los antiguos terratenientes se prepararon a recobrar las suyas a mano armada. Convencido de que ya no tenía autoridad, de que la insurrección había sido canalizada por la reacción y de que él mismo sería expulsado del gobierno, Imred Nagy hizo una maniobra desconocida hasta ahora en occidente y que conozco de fuente oficial húngara: se reunió con sus amigos políticos en su residencia de Budapest y fundó el partido comunista clandestino con un

programa de oposición que empezaría a aplicarse desde la mañana siguiente. Janos Kadar estaba en esa reunión. Su decisión irreflexiva, atropellada, fue un golpe de estado: se separó de Nagy, organizó el partido obrero campesino con 17 miembros y llamó por teléfono a la embajada soviética. Tuvo que insistir dos veces: el embajador no quería pasar al teléfono porque estaba en la cama con un resfriado.

De cada cien obreros, diez llevan ametralladoras.

El problema es sacar a Kadar del atolladero. Es seguro que tanto él como la Unión Soviética aprovecharían la oportunidad de una retirada decorosa. Pero el occidente no ha propuesto una fórmula que les permita salvar la cara y es el pueblo húngaro quien está pagando las consecuencias. El país está en una situación desesperada. Hungría no tiene una industria independiente. Ellos importan el hierro, fabrican la maquinaria y la exportan para ganarse las divisas. Las minas de uranio continúan en poder de la Unión Soviética. «Nosotros no podemos hacer nada, —se nos dijo—. Hungría no tiene capital suficiente para explotar esas minas». Todo el peso de la reconstrucción reposa sobre los campesinos y la Unión Soviética tiene demasiados problemas internos para enderezar a Hungría.

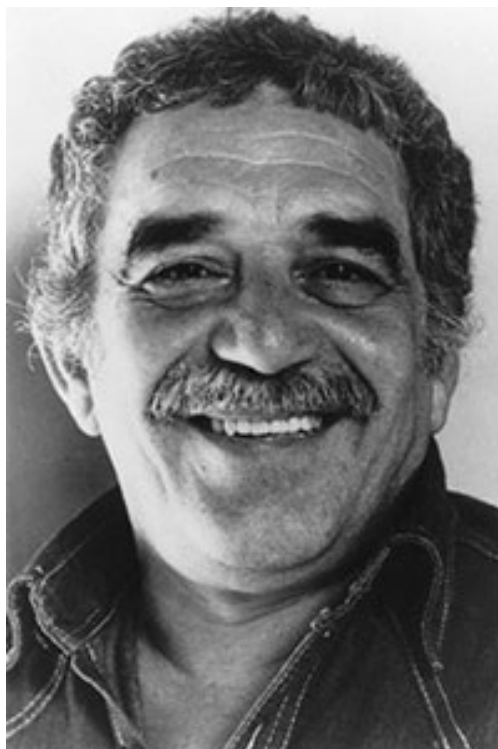
La primera medida del régimen de Kadar fue un alza general de salarios. Durante cinco meses esos salarios fueron pagados a pesar de que todas las fuerzas de producción del país estaban paralizadas. Ahora empieza a moverse, pero los salarios no corresponden a la realidad económica, el gobierno no se atreve a reducirlos de nuevo y los obreros no creen en la reconstrucción. La desconfianza reina en las fábricas. Los trabajadores sabotean la economía. El partido comunista —que antes de octubre tenía 800 000 miembros— está reducido a 350 000. El régimen sostiene el orden a través de los trabajadores de confianza y cada uno de ellos está recibiendo un fusil-ametralladora para que defienda el poder. Pero aún en esa repartición de armas se advierte la desconfianza. Es imposible saber si muchos de esos trabajadores no volverán a utilizar las armas contra el régimen. En una fábrica de Budapest que visitamos dos días antes de abandonar el país hay 200 obreros. Veinte de ellos son miembros del partido. El gobierno sólo se ha atrevido a armar a siete. Ésa es la proporción de la confianza.

Como es difícil establecer quién está con quién, qué piensa cada cual del régimen; como la falla principal de un régimen que se dice popular es que no tiene nada de popular, el gobierno confía —y lo pide en proclamas, discursos y folletos— que los ciudadanos adictos al gobierno denuncien a la oposición

clandestina. El ambiente creado por ese sistema de delación de espionaje, de emboscada psicológica, es sencillamente monstruoso. En Budapest nadie tiene confianza de nadie. La semilla está en la Universidad. Antes de octubre la juventud comunista tenía 750 000 miembros. Ahora tiene 150 000. La minoría gobiernista tiene poder para denunciar a quienes se oponen al régimen. La cátedra de marxismo, que había sido abolida, fue restablecida hace dos meses. Un grupo de estudiantes marxistas, que siguen siendo marxistas pero que están contra Kadar, nos explicaban en esta forma la razón de su inconformidad. «Nosotros somos marxistas porque hemos estudiado por nuestra propia cuenta. Participamos en la revuelta de octubre porque una cosa es el marxismo y otra cosa es la ocupación rusa y el régimen de terror de Rakoszi. Las clases de la Universidad no tienen nada que ver con el marxismo: el texto oficial es la historia del partido comunista soviético».

Kadar no sabe qué hacer. Desde el momento en que hizo su precipitada llamada a las tropas soviéticas, comprometido hasta los tuétanos con una patata caliente entre las manos, tuvo que renunciar a sus convicciones para salir adelante. Pero las circunstancias lo empujan hacia atrás. Se embrolló en la campaña contra Nagy a quien acusó de vendido al occidente porque es la única manera de justificar su propio golpe de estado. Como no puede subir los salarios, como no hay artículos de consumo, como la economía está destrozada, como sus colaboradores son inexpertos e incapaces, como el pueblo no le perdona que haya apelado a los rusos, como no puede hacer milagros, pero como tampoco puede soltar la patata y salirse por la tangente, tiene que meter la gente a la cárcel y sostener contra sus principios un régimen de terror más atroz que el anterior que él mismo había combatido. La noche de nuestra despedida en el comedor del hotel, hablando con un dirigente comunista de la forma cruda y destapada en que pensaba escribir este reportaje, él se sintió un poco desconcertado, pero luego reflexionó.

—Eso nos ocasionará un grave perjuicio, —dijo. Pero tal vez nos ayude a bajarnos del potro.



GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ, nacido en Colombia, es una de las figuras más importantes e influyentes de la literatura universal. Ganador del Premio Nobel de Literatura en 1982, es además cuentista, ensayista, crítico cinematográfico, autor de guiones y, sobre todo, intelectual comprometido con los grandes problemas de nuestro tiempo, en primer término con los que afectan a su amada Colombia y a Hispanoamérica en general. Máxima figura del llamado «realismo mágico», en el que historia e imaginación tejen el tapiz de una literatura viva, que respira por todos sus poros, es en definitiva el hacedor de uno de los mundos narrativos más densos de significados que ha dado la lengua española en el siglo XX. Entre sus novelas más importantes figuran *Cien años de soledad*, *El coronel no tiene quien le escriba*, *Crónica de una muerte anunciada*, *La mala hora*, *El general en su laberinto*, el libro de relatos *Doce cuentos peregrinos*, *El amor en tiempos de cólera* y *Diatriba de amor contra un hombre sentado*. En el año 2002 publicó la primera parte de su autobiografía, *Vivir para contarla*.